



Karla Zárate

RÍMEL

Lectulandia

Lissa: solitaria, sumida de forma permanente en sus propios pensamientos, escucha todo el tiempo música. Pone pestañas postizas a domicilio.

Kin: amante de la piel y de la soledad en el bosque, escucha *rock gótico*. Es cirujano plástico y mantiene relaciones ocasionales con sus pacientes.

Lissa y Kin lo comparten todo, hasta un nivel insospechado. Ella está obsesionada con él; Kin le teme y le rehúye, aunque al mismo tiempo la necesita. Desde pequeños construyeron una intensa complicidad, que los llevó a formarse un mundo aparte de los demás y a forjarse una realidad propia. Con el paso de los años, esa realidad compartida se vuelve cada vez más inquietante y peligrosa, en especial cuando empiezan a desaparecer, sin dejar rastro, algunas de las mujeres con las que se relacionan.

Lectulandia

Karla Zárate

Rímel

ePub r1.0

Titivillus 16.05.16

Título original: *Rímel*
Karla Zárate, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Lo que es arriba es abajo
HERMES TRIMEGISTO.

LISSA

... Y estás sentada a la derecha del padre,

a la izquierda tu madre, seguida de dos hermanas mayores. El portarretratos descansa sobre la mesa, inerte. Está recargado de tal forma que, según la perspectiva, a veces se puede percibir con claridad la fotografía; otras, tan solo se el reflejo de quien observa. Es el único retrato en toda la casa que parece pertenecer a una familia funcional.

Tomas el marco y lo acercas a ti. La imagen no es tan distinta a lo que ves en el espejo a diario: pelo rojizo, abundante. Frente amplia, nariz fina. Barbilla triangular. Ojos cafés y, a su alrededor, pequeñas arrugas que saludan cuando sonríes. Dudas de si lo que estás viendo es un acercamiento del rostro o tu propio reflejo. Antes de averiguarlo, alejas el óvalo de madera y, como si abrieras un diafragma, la escena completa regresa: sala con tres juegos de sillones. Mesa con libros gruesos de arte. Al centro, un platón vacío que sirve de adorno. Un cuadro con un paisaje de Sorolla que abarca toda la pared. Todos están sentados, menos M., la segunda hija, la única que posó. Con rostro de niña, ojos rasgados y el pelo envuelto en una pañoleta roja, sonrío ante la cámara. J., la mayor, sostiene un cigarrillo que humea parte del lado izquierdo de su cara, lo que hace que salga un poco difuminada. Kin, el más pequeño, no aparece, como es costumbre. Su nombre significa Sol pero él es tan oscuro como el halo que rodea a la luna. Padre y madre sentados juntos. Él arquea las cejas y frunce los labios; ella inmóvil y con los brazos cruzados sobre las rodillas. Tú, con la mirada perdida. La boca semiabierta. Los labios secos.

No te reconoces. No por las pestañas ni el corte de pelo. Es otra expresión, ni mejor ni peor. Vuelves a mirar. Pareces distinta a lo que imaginabas. Como si tú y la fotografiada fueran diferentes. Como si escucharas tu voz en un estéreo; después de varios minutos caerías en cuenta de que fuiste grabada. Resulta extraño verte desde afuera. Quisieras mirarte directamente a los ojos.

—¿Eres tú?

—Sí, soy yo. ¿Quién eres?

—Yo. ¿Y tú?

—Tú.

Regresas el portarretratos a su lugar.

La sirena de una ambulancia. El perro de la vecina. ¿Un suspiro? Un avión. Agradeces que estos sonidos distraigan. En estos momentos no quieres pensar. Solo recordar.

Esa tarde estaban reunidos por casualidad. De pronto, M. sacó la Nikkon de su bolsa. En silencio, la colocó estratégicamente sobre los pesados libros de la mesa, caminó hacia ustedes y fingió seguir con la plática. Willie Nelson cantaba *Blue eyes cryin in the rain/ Now my hair has turned to silver/ All my life I've loved in vain...* Se escuchó

el *click*, sonido sin nombre propio ni apellido, peculiar e instantáneo aviso del abrir y cerrar del lente que ruega por un segundo estático. Kin huyó. Nadie miró directamente a la cámara. Después lo hicieron, sorprendidos, y el eco de un ataque de risa general quedó flotando en el ambiente.

—¿Qué fue eso?

—M., ¡no estoy arreglada!

—Kin, ¿a dónde te fuiste?

La imagen no captó la esencia de la charla. ¿Hablaban del clima? ¿De la nueva receta de J.? ¿De las preferencias de Kin? La tarde tibia daba lugar una plática serena, sin lanzas directas al corazón ni al orgullo.

Ibas solamente a saludar a tus padres. Primero llegó J., a recoger un platón. Luego tú. No sabes qué estaba haciendo allí M., desde temprano, con su cámara. Kin llegó sin avisar. Estaban juntos de nuevo.

Sabías que era la última reunión. Siempre has sido «la que sabe». Algo que viene o alguien que se va, alguien que sufre o se enamora. Y las cosas suceden. Estabas ahí, nada más. Sentada, sin tener idea de que había una cámara escondida que registró lo que los ojos trataban de decir entre líneas, los movimientos de aquellos seres que, a pesar de ser familia, no tienen nada que ver el uno con el otro.

Despiertas. Hay una pestaña en tu mejilla, cerca del ojo, y otra sobre la almohada. Las colocas juntas. Hacen contraste con la sábana blanca.

La ciudad está en silencio. Hoy es uno de esos días en los que amaneces pasiva. Contenta. Como si flotaras entre nubes (te engañas con ese *cliché*, es tu edredón de plumas). Un trago de agua, la garganta lo agradece. ¿Qué soñaste? Hace un segundo lo recordabas.

Caminabas por un bosque con Kin de la mano. Podías escuchar el crujir de las hojas secas a cada pisada. Crish, crash, crish, crash... Kin no hacía ruido, levitaba a quince centímetros del suelo. Tampoco hablaba.

—¿Por qué no dices nada?

Él te apretaba la mano. Dolía.

Bajas de la cama, te estiras. Vas directamente al espejo. En la esquina está pegada una fotografía tamaño pasaporte de Kin cuando tenía nueve años.

Él, tu tesoro ajeno. Si a veces crees que eres extraña, él definitivamente viene de otro mundo. Leonard Cohen, con *The Future*. Zapateas con el pie derecho. Te burlas de ti misma. Un baño. Crema en abundancia. Rímel, *jeans*, blusa blanca, tenis. Perfume de cítricos.

Deseas caminar sola. No mirar a las personas a los ojos. Sentirlas como ráfagas de viento. Brisa que apenas toca las mejillas, que acaricia el cuerpo, que no despeina. Quisieras que fueran fragmentos de aire. A veces, con ese imperceptible roce, o choque de corrientes, percibes su olor. Aroma de fragancia, a sexo, a cigarro, a

comida chatarra. Los sentidos te funcionan por separado. Uno a la vez. Cuando no observas, escuchas. Cuando no hueles, pruebas. Cuando tú decides, sientes.

En medio de la imposibilidad urbana, caminas. La Ciudad. La que te recibe a diario. Ella te escucha aunque la música de los audífonos impide que la oigas. También te observa. Te habla. Y tú interpretas los suspiros, secos, empolvados, húmedos a veces. Siempre has vivido aquí y no sabes si saldrás de esta esfera de asfalto que te recubre y, en cierta forma, te protege.

Pestañas postizas. Servicio a domicilio. Ambos sexos. Conoces las diferentes formas de los ojos y párpados, la curva exacta de las pestañas postizas, su consistencia. Has estudiado el impacto que tienen si son largas y tupidas y convences de ello a tus clientes. Hay que bañarlas con una mezcla de aceites de ricino, almendras y oliva para que luzcan hidratadas. Elegir el extremo más grueso, colocar luego el minúsculo vello en la yema del dedo índice y acariciarlo para que tome la curvatura deseada. Primero pones cada pestaña en el párpado inferior y después en el superior. El interesado no debe cerrar los ojos. Abundantes o no, el trabajo es arduo. Disfrutas la delicadeza de tu oficio. Pides de antemano que no hablen. Si no lo logras, recurras a tus audífonos con canciones adecuadas para el momento.

Eres buena y te enorgulleces de que seas la única en tu *métier*. Tal vez sería más cómodo ir a una oficina todos los días, ganar un sueldo fijo y contar con por lo menos un título universitario. Pero así no fue y así es la vida: las decisiones más importantes las tomas sin pensar y sin darte cuenta. Por el contrario, puedes pasarte horas pensando qué pantalones ponerte o qué sabor de helado elegir.

El primer cliente no es el más grato. Aún permanecen lagañas que debes quitar con algodón y agua tibia. Ofreces siempre chicles de hierbabuena, no soportas el aliento de los que no tienen consideración con quien va a estar a diez centímetros de su cara. Y así comienza el ritual de todos los días, ese proceso de embellecer miradas ajenas. Unas se desvían, otras evaden; algunas retan y otras están apagadas como un foco viejo.

De niña, peinabas y maquillabas muñecas. El salón de belleza era tu escenario favorito. Analizabas sus rostros por horas. No entendías por qué a veces venían, directamente de la fábrica, con vulgares sombras azul metálico inapropiadas para su edad, o por qué si la muñeca era rubia platinada sus pestañas eran negras azabache. Peor aún: no podías aceptar que algunas carecieran del atributo de las pestañas. Entonces recortabas pelo de gato, perro o hasta el tuyo, y lo pegabas sobre los párpados. Tus hermanas se sorprendían del buen trabajo. Las mujercitas plastificadas quedaban más lindas después de tus intervenciones.

Era un buen plan para ganar dinero en el verano. Pareció mucho más interesante que vender limonadas o dulces que algunas señoras comprarían por ternura. Más redituable, sobre todo. Entre los cuatro hermanos se organizaron. M. llevaba una charola con ojos de diferentes muñecas que Kin logró extraer sin remordimiento, hasta con placer, te atreverías a decir. A J., M. y a ti les aterró verlas con las órbitas vacías. Parecían salidas de una película de espantos, que luego cobrarían vida para sacarles los ojos a ustedes cuatro, que se atrevían a lucrar con ellas. Pero eran absolutamente necesarias para la demostración.

La bandeja parecía un muestrario de canicas. El tamaño variaba, pero los colores no. Azules, marrón y verdes solamente. Nunca encontraron una muñeca con ojos

negros. Aún desconoces la razón. La forma de las pestañas era algo más complejo: rizadas, rectas o de aguacero. Resultaba evidente que elegirían siempre las rizadas, pero había que dar opciones.

A dos casas vivía una anciana gruñona, con dientes postizos y pelo blanco, de la que se decía fue alguna vez una actriz famosa. El objetivo perfecto. Cuando los demás vecinos notaran la diferencia en su mirada, sobre todo cuando el viejo de enfrente le sonriera a esos luceros parpadeantes, el negocio de verano adquiriría fama.

Tocaron el timbre, tímidos. Se abrió lentamente la puerta y la señora B. asomó su nariz puntiaguda. A J. se le facilitaba la cordialidad con los mayores, y fue la encargada de convencerla del novedoso servicio a domicilio. La promesa era que sus ojos quedarían como los de una muñeca y que durarían un mes, con todos sus días y sus noches. Además, podría olvidarse del trabajo de poner máscara a sus pestañas diariamente, que por su escasa visión le era complicado.

Sonaba *Je ne vais pas travailler*, de Edith Piaf. Un mueble de madera, con infinidad de cajones y un espejo ovalado eran los anfitriones. Parecía el tocador del camerino de una estrella de televisión, lleno de labiales, lápices para cejas, peinetas, pasadores y laca para el pelo. Kin se robó un delineador negro. Mientras las tres atendían a la señora, él aprovechó para pintarse los párpados. Esa oscuridad que enmarcaba sus ojos resaltaba el azul de las pupilas. Casi podías ver a través de ellas.

La señora B. elogió la suavidad de las pestañas. No sabía la procedencia del pelo, por supuesto. Eligió el del perro, con un tono entre negro y gris. J. y tú reían a sus espaldas. Funcionó el mismo adhesivo que utilizaste con las muñecas. No fue igual el resultado con piel humana, pero no estuvo mal. Sus ojos crecieron dos veces su tamaño. La señora B. estaba encantada. Más aún, sorprendida de que unos niños le hubieran devuelto algo de belleza.

—¿Se aplica rímel sobre las pestañas postizas? —preguntó.

Antes de irte, con tu primer ganancia en la bolsa, quisiste corroborar tu trabajo. No fuera a ser que el pegamento hubiera humedecido de más el fino pelo y la señora B. se llevara una sorpresa al sentir que los grumos le cerraban los ojos. Cuando corregiste la única falla, un pelillo necio que iba contracorriente, la viste dormida a través de su pupila izquierda. Siete días después llegaste a su casa y nadie abrió.

Recuerdas el moño negro que colgaba de la puerta.

A oscuras en tu cuarto. *Watermelon in Easter Hey*. La guitarra eléctrica de Frank Zappa apenas se escucha. Si respiras fuerte la música se deja de oír. Es el volumen justo para descansar.

Tu cabello, todavía húmedo, se sujeta en un chongo. Lo desatas. No son punzadas en la cabeza ni en el cuero cabelludo. Te molesta la materia gris, blanca, roja o azul de lo que sea que tienes ahí dentro. No es que estés meditando todo el día en temas

complicados, o realizando ecuaciones matemáticas que efectivamente podrían causar un trastorno neuronal. Es dolor de pensar, nada más. Cavilar en muchos si hubiera, en ayer, en hace quince años. En futuros potenciales, en pasado mañana, en veinte días. En Kin. En tus pecas o en las

*Moscas de todas las horas,
de infancia y adolescencia,
de mi juventud dorada,
de esta segunda inocencia
quedando creer en nada
en nada.*

Se detiene la voz de Serrat cantando los versos de Machado. Das un masaje a tus sienes con los ojos cerrados. Recorres el dedo índice por el tabique de la nariz. No es respingada ni aguileña, ni grande ni chica. La imaginas representada en un Larousse Ilustrado en el que se definen, sin ahondar en detalles, las partes del cuerpo y se muestra un ejemplo nasal. Sin adjetivos calificativos, simplemente «una nariz», como la del cuento de Gogol. Una parte del cuerpo puede ser un referente histórico, como la protuberancia de Cleopatra, la joroba de Cuasimodo, el cerebro de Einstein; o bien, algo mutilado, como en el manco de Lepanto.

Las mejillas, suaves y con la misma redondez que tenías a los quince años. Sin embargo, la piel es delgada y con facilidad sientes los pómulos actuales. Cuello largo. 34-A. Los pezones erguidos, rojos y puntiagudos. Sobresalen con el color de tu piel blanquísima, fresas con crema. Abdomen. Dependiendo de la hora se abulta o no. Cuando estás boca arriba es plano como un mar sin olas. Ombligo. Insertas el dedo índice. Rugosidad en el interior, suavidad en el borde. Después de nacer, ¿para qué nos sirve? Para dividir nuestro cuerpo a lo largo y a lo ancho. Para recordar a nuestra madre. Para decir «rascarse el ombligo». En algunas culturas acostumbran enterrar los de los varones en las milpas, a fin de augurar buenas cosechas, y los de las mujeres dentro de la casa o cerca del fogón, de modo que sea diestra en las labores domésticas. ¿Dónde habrá quedado tu cordón umbilical? En el bote de basura, envuelto en una gasa con melcocha.

La mano derecha dentro de los calzones. Vello del pubis depilado. El láser ha dejado un minirectángulo. En cada sesión lo ibas reduciendo más y más, y sin darte cuenta quedó así de pequeño. De artista porno. Irreversible.

Una vez lo teñiste de negro. Te cansaste de que tantos hombres curiosos te preguntaran si era del mismo color que tu pelo. ¿No saben que es similar al de las cejas? Y si las tuyas son claramente pelirrojas, ¿qué esperaban? Más que acostarse contigo, querían descubrir si debajo de tus *jeans* escondías una sensual pelusa roja jamás antes vista. Podrías jurar que algún día apostaron para ver quién podría corroborarlo.

Fin de semana. Sol. Alberca. Compañeros de secundaria. Un día antes fuiste al súper a comprar una caja de tinte. Negro ébano ultraoscuro.

—Señorita, disculpe que me entrometa. ¡No vaya usted a pintarse el pelo! ¡Su color es hermoso!

—Es para mi madre. Nunca lo he pintado y así se quedará.

Llegando a casa tu vello púbico dejó de ser virgen.

Bikini blanco. El más transparente que pudiste encontrar. Después de la alberca, sin secarte, te paseaste por el jardín con la seguridad de una modelo en pasarela. Repetías en silencio: «Vean, muchachos, vean». No sabes qué llamó más la atención: el pelambre negro artificial o la urticaria alrededor de la zona del bikini. Sorpresa para unos, decepción para otros.

Tus piernas. Largas; dos palillos de pan blanco. Su continuación, unos pies planos, como plataformas de aterrizaje. El derecho, un poco más grande que el izquierdo.

Nunca habías practicado una sesión tan concienzuda de las partes del cuerpo. Disfrutaste el ejercicio. Aprendiste las dimensiones. Los atributos y defectos. Las curvas y rectas. Las texturas. Sabes cuánto espacio ocupas en el espacio.

Regresas a la boca. Labios resecos. Tomas un chapstick que tienes a la mano en tu buró y lo untas con cuidado. Insertas el dedo índice. Recorres tus dientes, derechos y blancos como las teclas de una computadora. Te viene a la mente Kin.

Kin tenía la intención de nacer en el décimo mes del año, pero llegó el último día del noveno. La misma noche en que se estrenó *La novia ensangrentada*, de Vicente Aranda. Tu madre dice que fue el parto más doloroso, a pesar de los menos de tres kilos del bebé. Nació con los ojos abiertos. El color de sus pupilas era un azul eléctrico, extrañísimo. La recién parida no dejó de pegarse el bebé al pecho por un año, a pesar del sufrimiento. El niño mordisqueaba los pezones de tu madre hasta hacerlos sangrar. Pareciera que disfrutaba de esa mezcla de sangre y leche.

Miras el reloj. Pasaron cuarenta minutos. El tiempo se estira o se encoge conforme a las necesidades del usuario. Como una liga que se alarga o no, dependiendo del estiramiento. Como un chicle, según se mastique.

Cuarenta minutos. ¿Qué son dos mil cuatrocientos segundos? Casi la mitad de una película. De aquí al norte de la ciudad en horas de tráfico leve. La espera a una consulta del siempre impuntual doctor. Un baño de tina con burbujas. El berrinche de un niño. Una profunda siesta.

Tiempo: inevitable tema desde que las palabras se leen.

El aire mueve las hojas del eucalipto que cubre casi por completo el sol que entra a tu habitación. El aroma fresco y mentolado se mete por el pequeño orificio que has dejado para ventilar. Suenan cascabeles que cuelgan del árbol. Se te eriza el cuerpo. En la ventana, una carta.

9:25 pm

Ayer soñé que me llevabas por una vereda, en medio del campo, hacia el azul de las sierras, hacia los montes. Era una mañana tranquila. Siento angustia últimamente. Angustia de que ya somos mayores y se nos va la vida. Sabrás de mí con mensajes o señales. Seguro me perderé de nuevo pero si buscas bien, verás que aún estoy. Pujnam quenk nemiaf.

Kin creció bajo el cuidado de las hermanas. Era el menor, el juguete favorito. Lo arrullaban, cobijaban, disfrazaban, alimentaban. Él se dejaba consentir y disfrutaba vivir entre mujeres, lo que luego agradecería. Siempre mostró preferencia por el color negro. Era extraño ver a un niño envuelto en tonos oscuros que palidecían su piel y lo hacían verse enfermizo. Nunca te pareció algo fuera de lo común, sobre todo viniendo de Kin. Podías esperar todo o nada de él.

Te deja cartas de vez en cuando. En ellas explica lo que le pasa. Y te lo escribe. A ti, su única aliada. Él te eligió. La complicidad solo se da entre dos.

12:07 am

Eres el bosque que acaricia mis sentimientos, que devora mis emociones, que crece a lo largo de los años. Ufde paquin lekten walf. Las hojas caen como sueños mientras que las semillas crecen como algo real.

Profesión: Cirujano plástico. Especialidad: Mujeres. Fama: la minuciosidad con la que trabaja. Tal es su éxito que ejerce solo nueve meses del año, el resto viaja. En el quirófano disfruta cortar, jalar, quitar grasa, poner implantes, drenar, coser. No hiere los cuerpos; los cuida, los protege. La dedicación es inusual, el trabajo impecable y el resultado invariablemente exitoso.

J. es ama de casa. M. fotógrafa. Kin y tú se dedican a un oficio similar: embellecen diferentes partes del cuerpo humano que requieren paciencia y tolerancia. Nunca ha intervenido tu piel.

4:52 am

Yo sé que tú también naciste un día que no querías. Estabas destinada a ser Capricornio y no Acuario. Aún hoy titubeas cuando te preguntan tu signo zodiacal, como si siempre hubieses sido Capricornio pero obligadamente contestas Acuario. Los signos zodiacales son solo un recurso para llenar la última página de las revistas. Los códigos, las señales, son lo que importan.

Yo sé que tú sabes.

Ind hamenlof yuktin per.

Kin

Ascendentes

Sagitario	Capricornio
Humano, sincero, idealista	Práctico, cauteloso y prudente
Inteligentes, claros y lógicos	Con sentido del humor, paciente y reservado
No entregan su alma fácilmente	Persisten hasta conseguir su objetivo
Preocupación por el bien de la humanidad	Exige mucho de sus empleados, familiares y amigos
Signo de aire	Signo de tierra
Zafiro, ópalo	Zafiro
Uranio	Plomo
Símbolo: portador de agua	Símbolo: cabra de mar

Su rostro es blanco. ¿Cómo es posible que, siendo hermanos, él no tenga pecas y tú tantas? La nariz es recta, delgada y un poco aguileña. Carece de carne en los pómulos. La barbilla, igualmente afilada. El pelo abundante y oscuro tiene una caída perfecta, como si hubiera pasado horas frente al espejo peinándose. Los ojos, grandes y un tanto rasgados, son lo que definen su expresión, complicada de captar. Solamente tú la conoces a detalle; si fueras pintora podrías hacer un retrato perfecto. Tiene un tic: casi no parpadea. Es difícil darse cuenta de ello. Algo especial tendrá que no se le resecan las pupilas. El hábito de tocarse la oreja derecha cuando está nervioso no ha sido superado. Miles de intentos fatales por no denunciarse ante el

otro. Su boca roja. Cuando no tiene qué decir parece que sonríe. Prefiere estar callado. Aún no sabes cómo hace para articular siempre las palabras o frases atinadas.

Odia sus rodillas. Dos manzanas superpuestas a la mitad de las piernas. Tiene una pequeña cicatriz en el brazo izquierdo. Se cayó de un columpio.

En vez de lunares, tiene tatuajes. Más de trece. No le gusta que indaguen sobre ellos. ¿Qué significan esas rayas, círculos, frases? Kin y sus objetos sagrados. Te enoja no saber qué son o por qué se los hace. Entre los hermanos no debe haber secretos.

Se talla los ojos y aún ve borroso. Somnoliento, se dirige al vestidor. Pantalones de mezclilla en su mayoría, camisas blancas o azules y sacos casuales. Una decena de suéteres. Jamás usa traje y corbata, ni en las más importantes reuniones del hospital. Hay una sección específica donde cuelgan las batas de doctor, blancas todas. Dos zapatos cafés, de piel suave, y unos tenis negros. Sus *jeans* favoritos son los ya desgastados, tu regalo en un cumpleaños. Guarda una sudadera gris, que solo se pone para estar en casa cuando hace frío. Se viste sin mirarse al espejo porque no hay. Ni uno en toda la casa. *Copulation and mirrors are abominable*, según Borges.

Sobre una mesa con cajones donde guarda calcetines y camisetas, hay una caja de madera, grande y resistente. Del último calcetín de la fila izquierda, saca una llave. Sonríe al ver sus pequeños mundos impenetrables. Tesoros que recolecta al azar: un tejido de hilo transparente, un origami en forma de pájaro, un puñado de tierra dentro de una *ziploc*, un cuervo disecado, unas llaves antiguas, una fotografía de una cicatriz, una muñeca hentai, un marco antiguo sin foto, una navaja. De cuando en cuando guarda nuevos objetos. Se acerca a la caja y la huele. Vuelve a cerrarla y guarda la llave en su lugar.

Sus grandes posesiones, que tú sepas, son el departamento, el consultorio, el coche medianamente lujoso, los fugaces amoríos. Y tú. No pone demasiada atención en las adquisiciones económicas; la suficiente para dar una imagen de alguien que vive sin carencias y con gustos refinados. No corresponde a la profesión que ejerce, sumamente lucrativa. Ha de tener una cuenta millonaria o una infinidad de billetes bajo el colchón.

Abre el refrigerador. Se para frente a él con su figura de 1.75 metros, desnuda y encorvada. Sale un ligero vapor helado. Piel de gallina. Botellas de agua Evian, cervezas Carlsberg, M&M's de cacahuete, vino tinto Protos —al degustar, es exigente en las marcas—. Saca la botella de tinto y una bolsita de los chocolates fríos. Se dirige a la cama. Ordena cada M&M en líneas de colores: café, roja, amarilla, naranja y verde. Por cada bocado, un pequeño trago de vino. Lo disfruta. Y después, una hora de sueño profundo.

Desconoces si tiene un pasatiempo u otra actividad aparte de la cirugía plástica. ¿Sabrás algún día qué hace durante sus meses de sabático?

Kin casi no duerme. Las pesadillas no lo dejan descansar. Ignoras desde cuándo. Todos los hermanos compartieron habitación por varios años. La Cama de Kin estaba en medio de la tuya y la de M. A oscuras, sentías su respiración agitada. Al despertar, te abrazaba y contaba el sueño. Para tranquilizarlo, utilizabas la estrategia de narrarlo al revés: no era una bruja sino un hada; no era un dragón malvado sino un unicornio mágico, no era el sol sino la luna.

El hombre crea a Dios, o bien, el chango proviene del hombre.

La mujer es cazadora y el varón recolector.

Los griegos imitan a los romanos.

Marco Polo descubre América.

Los aztecas conquistan a los españoles.

La cumbre económica de los años treinta.

El Papa beatifica a Hitler.

El surco de Berlín.

John Lennon resucita y perdona a su fan.

Imagine there's no Heaven

It's easy if you try

No hell below us

Above us only sky

Pastillas para dormir. El doctor insiste en sus beneficios. No entiende que el problema de Kin no es la falta de sueño, sino el miedo a soñar.

A veces, él está en tus pesadillas.

Siempre quisiste hablar una lengua extranjera. No inglés ni francés, sino un idioma que nadie entendiera, por lo menos en tu país. En miles de ocasiones Kin y tú querían decirse algo y, por prudencia o educación, les era imposible. «Vámonos de aquí ya»; «El cara de sapo dice puras tonterías»; «A esta vieja le huele la boca»; «¿Cómo nos zafamos?».

Juntos crearon su propio idioma. Un código secreto. Inventaron palabras que no se parecían al original, fáciles de aprender, de pronunciar, de escribir. Hicieron un listado de lo básico y de uso diario. Jugaron con los sonidos, con las letras.

—*Isduas koid cund mafed gefgedy tueto iso.*

—*Kolush sid venpeirt af dabadu umk cemionvag.*

—*¿Paqui?*

—*Ansted tigov cuedtek ma quontja.*

—*Um.*

Un centenar de palabras en su nuevo idioma. Tal vez, algún día, decidan que nunca es tarde para aprender polaco, checo, suahili o hindi. Sería más sencillo.

Pero las palabras les quedaron cortas. Con solo escucharlo puedes anticipar su estado de ánimo. Si pisa fuerte es que tiene que contarte algo. Si camina rápido es que el hambre lo está matando. De puntitas y melódicos, viene de mal humor. Cuando no se escucha algo, cuando parece que vuela, cuando las pisadas son más sordas que el viento en una noche de luna, sabes que viene o se va por una larga temporada. Y cada vez que esto sucede no hay que preguntar. Solo escucharlo, aunque lo único que quiera decir sea alguna insignificancia. Nunca dirá las cosas de forma directa. En sus meses de ausencia, no sabes si estuvo en Puebla, China, Egipto o en un centro comercial. Si viaja solo o acompañado. De placer o de trabajo.

Kin y tú viven con esa extraña forma de comunicación, sea con palabras inventadas o reales, con gestos o señas. Con silencios o gritos ahogados.

Suena el repertorio de tres canciones que no ha dejado de sonar en tu cabeza en modo aleatorio.

Ángel eléctrico. Un ángel caído en la tempestad. Guitarra con acordes ácidos. Kin en la ciudad, solo y cansado. Sol. Sombra. Enredado en los cables de su mente.

Something in the Air. Cambios. Revolución. Una palmada en tu hombro, todo está bien.

Amsterdam Blue. Un saxofón que exhala, casi habla. Canción para estar sola. Silencios. Quietud.

Cuatro citas por la mañana, tres por la tarde.

Ideas que dan vueltas, sin derecho ni revés.

—La sobrepoblación mundial no permite la telequinesia. Vasos, libros, manzanas, teléfonos, escobas y computadoras chocarían entre sí.

—Kin sabe dónde queda la isla desierta y desconocida. Marilyn Monroe, J.F. Kennedy, Elvis, John, Yoko y George, El Rey Lagarto, Diana y Dody, Janice Joplin, Kurt Cobain, Michael Jackson viven ahí.

—Deberían de existir chips de conocimiento para insertar en la cabeza, sin dolor alguno, y así poder aprender Geometría, Alemán y Lógica en unos minutos.

—¿Y si les pusieras pestañas a las momias de Guanajuato?

11:59 pm

Tu vida recorre mis venas.

Me repites una y mil veces que eres de carne y hueso. Eres de carne y hueso.

Quiero inhalarte. ¿A qué sabe tu olor?

Vivir lejos de ti sería desperdiciar mi vida. Insoportable, como vivir en tinieblas aunque no tolere la luz.

Tu mirada me desnuda. Me deja expuesto, indefenso, vulnerable y rendido a tus pies.

Seuf idmekan peint delok.

Te conozco y reconozco. Te memorizo; cada rincón, cada curva. Podría dibujarte una y mil veces sin omitir ningún detalle.

No se parecen en nada. Crees que tu nariz es diferente, más ancha tal vez. Si a tus ojos les salpicaran un poco de verde, tal vez serían idénticos. Lo consideras mucho más alto y delgado que tú. Pelo negro versus rojo. La blancura de las pieles es similar. Excepto tus pecas.

Kin jamás va a operarte. No te quitaría ni un lunar benigno. No te cambiaría ni un ápice. No quiere verte sangrar.

Kin es un casanova. Sale con una paciente, se acuesta con otra. Juega con todas. Vive en un penthouse, no muy lejos de ti. El espacio es amplio, abierto, con ventanales por los que se puede ver parte de la ciudad. Un colchón en el suelo es el mueble principal. Un solo cuadro de Munch descansa sobre la pared. Pegado al muro, un librero. Y sus diarios. Uno por año.

Sobre el suelo, en hilera, alrededor de todo el departamento, sus libros favoritos.

Kostova, sin portada y con *post-its* de colores.

Faulkner, *El sonido y la furia*. Aún huele a nuevo.

Edgar Allan Poe en un compendio, con las páginas viejas y delgadas, casi amarillas.

El libro de Nietzsche que le regalaste, *Humano, demasiado humano*, deshojado e incompleto. Le gusta repetir sus frases de memoria.

Como el agua que fluye, Yourcenar. Casi todo subrayado.

Stephen King con *The Shining*, que compró en el aeropuerto para matar el tiempo de un vuelo retrasado.

Llegas sin invitación.

Tocas el timbre durante varios minutos. Nadie abre. Insistes. Sabes que está ahí. No hay ningún pretexto para ir, solamente quieres verlo. Vuelves a tocar, ahora con los puños golpeas la puerta. Sale despeinado y con los párpados hinchados. Se toca la oreja. Echas un vistazo hacia adentro. No dice nada. Ni tú a él. Se miran en silencio. Él no parpadea y tú sí. Las pupilas están tan grandes que casi no dejan ver el iris. Te da miedo. Por primera vez en la vida Kin te asusta. Parecía una competencia de ver quién aguantaba más sin parpadear. No sabes cuánto tiempo pasó. Solo recuerdas que hacía frío. Perdiste y bajaste la cara. Media vuelta hacia el elevador. Detrás de ti escuchaste que cerró la puerta. Con llave.

Supiste que al día siguiente se fue de viaje.

Caminar rápido sin saber a dónde ir. Morder las uñas sin saborearlas. Deseos de saber algo que nunca sabrás. Mirar sin ver lo que tienes frente a ti. Escuchar voces que no dicen nada. Tapar los oídos cuando no hay ruido afuera.

Vuelves a tu casa. A pesar del cansancio, no duermes durante el resto de la noche. No recuerdas quién la canta pero sí la letra.

Ansiedad...

Tal vez esté llorando

al recordarme

y estreches mi retrato con frenesí

y hasta tu oído llegue

la melodía salvaje del eco con la pena

de estar sin ti

Impaciencia

(Del lat. impatientia)

1. f. Intranquilidad producida por algo que molesta o que no acaba de llegar.

Kin se ha puesto como regla no salir con las pacientes hasta después de operadas. Una vez satisfechas con la cirugía, enciende la luz verde.

Has aprendido a no hablar aún cuando lo deseas. Y más viviendo con él. Antes de independizarte, le pediste asilo. Aceptó. Salía temprano a la primera cirugía en el hospital, que programaba generalmente a las siete de la mañana. Desde medio día hasta la noche, en su consultorio, cita tras cita. Llegaba a casa poco después de las diez. Y tú con tan solo dos o tres clientes al día, el resto del tiempo, esperándolo. Le preparaste cenas que se quedaron hasta la mañana siguiente; justo esas noches no llegó a dormir. Dejaste listos desayunos, y daba la casualidad que en tales ocasiones tenía prisa. Querías pertenecer a su territorio, pero la señora del aseo consideraba el lugar como de su propiedad; no te quedaba más que salir y buscar algo en qué entretenerte.

Los fines de semana te recompensaba. Algunos sábados dormía hasta pasadas las once, en la tarde iban al cine o al teatro, para regresar, cenar, beber vino y dormir temprano. Entre trago y trago, platicaban sobre lo que hicieron durante la semana. Los ojos a media asta y la conversación fluía de forma deliciosa. Como si pensarán en voz alta. No recuerdas bien los temas; eran cosas sin importancia, tal vez. De tus padres o hermanas nunca hablan. De pronto solo se preguntan si han visto a alguien, pero no profundizan más. Para ambos, el círculo familiar se reduce a dos.

Parecía que las charlas no tenían fin. Había un momento en el que, por un minuto o menos, Kin y tú se quedaban callados, mirándose con esa sonrisa placentera propia del efecto de varias copas.

Otros sábados le daba por invitarte a recorrer la ciudad: mercados de antigüedades, restaurantes escondidos y exclusivos, tiendas pequeñas de objetos extraños, museos, cafés y librerías.

Los domingos siempre han sido sagrados para Kin. Los dedica al encierro y al descanso. No abre las cortinas, no sale, no se baña, come solamente fruta y bebe agua natural, ve películas y, sobre todo, lo dedica a la lectura. Te pidió que le leyeras en voz alta, recostada junto a él.

El tiempo, mientras leías a Paul Auster, se anulaba. Tu voz tenía un efecto de hipnosis sobre Kin.

Sospecha que la última interpretación es la correcta, pero aún así le da las gracias por recordarle su cita, y entonces, justo cuando va a abrir la puerta para marcharse de la minúscula habitación, en un impulso le dice a Margot que la quiere.

Pasaron treinta días, cuatro fines de semana sagrados y cumpliste tu palabra. Partiste de casa de Kin. Te hubiera gustado permanecer ahí, rellenar su ausencia, cuidar sus cosas, habitar su espacio.

Ser él en versión tú.

Harías también de los domingos un ritual para recordarlo, mientras un tal Ryan Adams cante

*I remember lyin' on the bedroom floor
You were holding me, little honey, kissin' my soul...*

Esteticista

1. adj. Perteneiente o relativo al esteticismo.

2. com. Persona que profesionalmente presta cuidados de embellecimiento a sus clientes.

—Que no soy «esteticista», papá.

—Entonces, ¿qué eres?

—Pongo pestañas postizas.

—Cuando alguien me pregunte «¿Qué estudió Lissa?, ¿a qué se dedica?», ¿qué se supone que debo contestar?

—La verdad: que no estudié: Que pongo pestañas postizas a domicilio. Que si se les ofrece puedo ponerles unas y que no doy descuentos.

Te fuiste de casa de tus padres a los veinticinco. El lugar lo encontraste por casualidad. En la mansión de la familia G. viste el anuncio de «Se renta habitación». La señora G. aceptó rentártelo a cambio de tus servicios profesionales para a ella y sus hijas, además de una cuota mensual.

En el tocador: tus labiales en tonos rosados, maquillaje *pale beige* en polvo; sombras translúcidas; perfume Anaïs que jamás usas; protector solar para el rostro F30; rubor en crema; *spray* ultrafijador para cabello rebelde; brochas de cerdas finas, gruesas, naturales y sintéticas; ligas de colores, pasadores del mercado, bandas elásticas color negro.

Kin te regaló un sillón morado, de tela suave. Con tu dinero compraste una mesa

para la cocina con cuatro sillas, dos lámparas de piso y un tapete. Un colchón matrimonial.

En tu librero: *Las metamorfosis* de Ovidio que te regaló una maestra en preparatoria; Baudelaire y *Las Flores del mal*, el favorito de Kin; *El Quijote* que nunca terminaste; Kerouac, con notas en pluma verde; *La doble llama* en inglés; *Cómo aprender a ser feliz*, regalo de M. en la Navidad del 2009; Vargas Llosa con la portada de la gorda en *Elogio de la madrastra*; *Una habitación propia* de Woolf en segunda mano y *La mujer rota* de Beauvoir; *Lo bello y lo triste*, Kawabata, qué ganas de leerlo en su idioma original.

Los álbumes azules. Estuvieron siempre en la biblioteca. Cada uno abarcaba varias etapas y entre todos los hermanos, los domingos por lo general, se dedicaban a llenarlos. Fotografías, invitaciones, dibujos, papeles. Una especie de documentación familiar que duró hasta que la pereza que caracteriza a la adolescencia hizo una pausa permanente.

Nunca los volviste a revisar. Ni siquiera cuando fuiste por ellos. Para qué hacer reinterpretaciones. No sabes si los recuerdos son fidedignos a los hechos reales o recreaciones maquinadas por la mente.

La memoria también envejece y se va acomodando a conveniencia de cada individuo. Se reconstruye. Al paso de los años nadie sabe a ciencia cierta lo que pasó, confiamos ciegamente en lo que se guarda detrás de nuestros ojos.

Los álbumes azules son ahora cenizas.

Uno a uno los fuiste quemando. Se prendían, ardían en llamas. Sepia, anaranjado, rojo intenso, gris claro, gris oscuro casi negro. El humo bailaba, con *El aprendiz de brujo* de Paul Dukas. Imaginaste una hoguera india liberando algún espíritu. Decidiste no sentir pero sí mirar: los restos se iban deshaciendo hasta que el chorro del agua los dispersaba. Quedó la nada.

Y en nada se convirtió lo que no quisiste recordar.

Las fotos que guardas se reducen a varias de Kin y a una familiar de quién sabe cuándo, en un cajón de tu buró. No rescataste ninguna otra. Tu vida, de ahora en adelante, será todo menos un inventario de imágenes impresas. Tu mente es la encargada de guardarlas en blanco y negro o a colores. Y de repasarlas cuando decida.

Paredes blancas. Estás en medio de cuatro muros que te susurran que este es el lugar correcto. Pantalón caqui, blusa de botones blanca. Tesis cafés. Ni una gota de maquillaje. El pelo suelto, aún húmedo, hace que sientas frío. A pesar de ello, te desvistes. Cada prenda se desliza con facilidad. Caen al suelo, ligeras. Contrastan con la solidez de tu cuerpo, firme sobre el concreto. Quieres estar desnuda para sentir el lugar, habitarlo, comenzar a hacerlo tuyo. Tocas las paredes. Caminas en círculos, cuadrados y rectángulos en el espacio vacío. Con los pies en punta semejas una

bailarina reconociendo el escenario. Disfrutas tu fragilidad. Ningún peso oprimiendo el pecho, ningún nudo marinero apachurrando tu garganta. Así es como quisieras estar el resto de tu vida. Pero, ¿serías la misma? La liviandad de cuerpo y alma es solo pasajera. Si durara siempre, podrías volar.

Baja aún más la temperatura. Comienzas a vestirte. Te asomas a revisar el clima por la ventana que da hacia la cocina. Ves que alguien huye. No distingues si es hombre o mujer. Sientes que el calor sube a tus mejillas. La figura se pierde entre el jardín que divide tu nuevo hogar y el de la familia G.

A propósito adoptas la trillada representación: overoles de mezclilla, brochas y botes de pintura blanca. Te sientes ridícula, como si fueras el personaje de una de tantas películas norteamericanas en la que se pintan paredes. Faltaría el hombre con el que jugarías a embarrarte pintura, ambos riendo a carcajadas con manchas blancas por brazos y cara y terminando en lo ya previsto. Al demonio esas imágenes hollywoodenses. En ellas no se escenifica el agotamiento posterior. No puedes caminar, te duelen el cuello y los brazos. Un baño de tina. La pintura no se quita. Envías un correo a Kin con tu nueva dirección. Lo lea o no, él sabrá encontrarte.

Una cerveza, un sándwich y la cama te abraza hasta pasadas las ocho del día siguiente.

Algo se escucha: el sonido de una respiración. Te arrulla.

Aire fresco de la mañana. Cubierta solamente con la sábana, un frío agradable te despierta. Kin estaba a un lado.

—¿No te enseñaron a tocar la puerta?

—Ya olvidé todo lo aprendido.

—¿Cómo te fue? ¿Dónde estabas?

—Tú pláticame. ¿Qué tienes? Te veo pálida. Háblame.

Te paraste atolondrada a hacer café. Se echaron en la cama y la mañana se fue en mirarse.

Kin cuenta las cosas a medias y no da detalles. Ya ni siquiera los pides. Entonces, la que siempre termina platicando eres tú, con descripciones y detalles de los hechos, por más simples que sean. Él te disfruta como a nadie. Mientras hablas, mascando tu usual chicle de hierbabuena, mueves los brazos y escenificas las situaciones; él solo te mira y esboza una sonrisa apacible.

Tu cerebro tiene la función de *remix*. Un largo repertorio de melodías habita en él y las maneja a su antojo, siempre y cuando haya luz allá afuera. De noche, las voces en tu cabeza quieren atención exclusiva. Egoístas: no dejan dormir. Las palabras suenan tan alto que hasta las lagunas mentales se agitan. Los recuerdos se remueven. Ya en la madrugada, gritan, hablan todas a la vez y aturden. Los murmullos recorren cada pasillo del cerebro, rompen los candados de las puertas vetadas, visitan cada habitación, cada esquina. Descubren los escondites secretos. Roban tesoros. A esas horas el mutismo sería, sin duda, el mejor aliado. Pero las voces nocturnas lo han secuestrado. Y no hay escudos de silencio, armas, estrategias para callarlas o un pozo donde ahogarlas. Cuando inicia el alba, las voces, agotadas, vuelven a sus celdas para dormir, para dejarte en paz durante el día.

Despiertas. Del sueño, solo te quedó la imagen de Kin, a los cinco años, esperando que regresara un papalote que vio pasar minutos antes, como en el poema de Germán Berdiales. Recostado sobre el pasto del jardín, boca arriba, se tapaba la cara con un brazo para poder abrir los ojos. El papalote era más largo de lo normal, con triángulos azules y amarillos y la cola roja.

Kin duerme. Al acercarte te cercioras de ello. El aliento es casi mudo y frío. Lo miras. ¿Cómo puede parecer tan joven? Ni una sola arruga rodea sus ojos. El pelo oscuro cae hacia atrás, la boca casi cerrada. Sueña. Las pupilas sobresalen tras la delgada piel de los párpados cerrados. Cuerpo tranquilo, mente agitada. Por las mejillas corre un par de lágrimas: agua salada, tal vez tristeza. Despierta con ojos cristalinos.

Sabes que sufre. Que le duele algo.

Quieres poder. Ser hechicera. O hada. Quieres quitar el dolor, la angustia, el miedo. «SUPR» su tristeza con un clic.

Repites a Hamlet.

Morir... quedar dormidos...

*Dormir... ¡tal vez soñar! ¡Ay! Allí hay algo
que detiene al mejor. Cuando del mundo
no percibamos ni un rumor, ¡qué sueños
vendrán en ese sueño de la muerte!*

4:29am

Estamos condenados a estar juntos. No tuvimos elección. El amor pasional es demandante y tiene la necesidad de integrarse, en cambio, el amor fraternal es absoluto, no termina y no pide nada a cambio. Estamos integrados por default.

Kin

Te creías una persona con convicciones. Intuyes lo que pasa con Kin pero no puedes juzgarlo. Ni siquiera opinar. Es como si votaras por un partido político que aseguras será una tiranía, pero un pariente o alguien muy cercano es el candidato y entonces sufragas a su favor. Cuando te platica lo que hace, lo que le pasa, tu resbaladilla ética se torna jabonosa y caes hasta un extremo. Acaba la conversación, cambias el escenario y tu moral vuelve a ser la misma.

Fuera, cantan los pájaros, rugen los autos. Los árboles platican entre sí. El viento murmulla. Las nubes suspiran. Después, la tormenta aúlla. Estás sola en casa. Vivaldi, Concierto No. 4 en D mayor. Pruebas la telepatía. Concentración. Voluntad. Ganas de verlo.

No funciona.

Los objetos inanimados callan. El sonido de su respiración se escucha siempre, aunque no esté. En la habitación, en la cocina, en la sala, en la tina. Unas veces lenta, con espasmos que duran casi treinta segundos. Otras, agitada, casi al ritmo de un corazón. El sonido no se marcha nunca. Inhalación, exhalación, inhalación, exhalación. Con la música se diluye, pero no se va. Él es eco. Ruido blanco y dulce, que te asusta. Y hace que lo extrañes.

En el baño, el único color es una franja azul. El WC, redondo como un huevo; el lavabo, un óvalo que se llena al enjuagarte las manos, está enmarcado por dos llaves que reflejan el entorno como si tuviese un lente ojo de pescado. Un espejo. ¿Qué quieres ver mientras te lavas los dientes? En la tapa del inodoro están cuatro velas que guardas desde hace ocho años. Te las regaló M. Nunca las encendiste.

Tus obsesiones. Kin las conoce bien. Encendió solo dos velas sin decir nada, para probarte. Fue lo primero que notaste al ir al baño. Las puntas del hilo encerado de dos de ellas estaban negras. Acercaste un cerillo hacia las restantes, para apagarlas enseguida y mantener la uniformidad.

—¿Qué hay con que dos estén nuevas y dos usadas?

—Nada, pero se ven mejor todas iguales.

—Ya sabía.

—¿Qué?

—Que ibas a prender las otras dos.

—Y yo supe que fuiste tú.

—Siempre descubres que soy yo.

Así eran los juegos que él te jugaba. ¿A tu mente o a tu paciencia? Daba igual.

Sentada en el suelo, cortas las uñas de tus pies. Las juntas en un montoncito. Te preguntas a dónde irán. Lo mismo pasa con el pelo que te cortan en los salones de belleza. Los restos de ti, ¿reposarán junto a latas, vidrio y comida en una montaña de desperdicios? ¿Se disuelven con la humedad o se pulverizan para fusionarse con el aire que respiramos? Residuos inútiles, pero contienen tu ADN y deberías tener el derecho a saber su paradero.

Madre

(Del lat. mater,-tris)

1. f. Hembra que ha parido.

2. f. Hembra respecto de su hijo o hijos.

3. f. Título que se da a ciertas religiosas.

4. f. En los hospitales y casas de recogimiento, mujer a cuyo cargo está el gobierno en todo o en parte.

5. f. Matriz en que se desarrolla el feto.

6. f. Causa, raíz u origen de donde proviene algo.

7. f. Aquello en que figuradamente concurren algunas circunstancias propias de la maternidad.

8. f. Cauce por donde ordinariamente corren las aguas de un río o arroyo.

¿Existirá otra definición? Hasta donde sabes, los humanos, a lo largo de la vida, tienen vivencias totalmente distintas con los seres que los rodean. A nadie le pasa lo mismo, nunca. ¿Quién habrá escrito esa entrada en el diccionario? ¿Un grupo de poder que decide qué son las cosas?

¿Podrías definir a Kin?

Tu madre y la televisión. Sentada frente al aparato la mayor parte del día. Gracias al suspenso de los viernes sobrevive los fines de semana. Se ha vuelto adicta a ese cosquilleo, al placentero morbo ante la espera por dos largos días. Las telenovelas son su referencia de vida. La existencia se le va a través de los personajes estelares, y sus hijos funcionan como extras. ¿Tu padre? El productor, tal vez. Te preguntas cuándo fue que ella se salió de la realidad para encerrarse dentro de las cuatro paredes de la pantalla de plasma de 42". Si le cuentas algo, enseguida lo relaciona con el drama y comienza a entretener tu historia con la de la artista en boga.

—¿Dónde estabas?

—En el tráfico, mamá.

—Casi atropellan a Roberto Alfonso, ¿verdad? Se lo merecía.

—Mamá, ¿quién es Roberto Alfonso?

—El exmarido de María Fernanda, el que la abandonó por otra, por su secretaria, ¿puedes creerlo?

En una ocasión, en un centro comercial, se encontró a la protagonista de un culebrón. Después de perseguirla, la enfrentó. A gritos, le reclamó que cómo era posible que tratara así a Francisco Armando, que tarde o temprano tendría su merecido. No dijiste

nada. No la desconociste. Solamente la miraste, analizando el porqué del desfase de realidades de quien te dio la vida.

Por eso no tienes tele en casa. Dicen que los patrones se repiten.

Nació en Lincoln County, un pequeño pueblo de Wyoming. Usaba pantalones de mezclilla con camisa a cuadros rojos y blancos, y vestidos de algodón en días de gala. Creció mirando el campo lleno de trigo dorado. Asistió a la escuela local. De adolescente, trasnochaba en pijamadas donde ella y sus amigas llevaban *baby dolls*, se ponían mascarilla azul en la cara y esmalte rosa en las uñas de los pies. Hablaban de música y de sexo. Chupaban paletas de caramelo y fumaban cigarrillos. Bebían refresco de naranja con *shots* de ron. Abrazaban osos de peluche y besaban el póster de James Dean en *Rebelde sin causa*. Seguían el coro de Pat Boone:

*Well, there's a strong best wind a-blowin'
And there's a big blue moon above
And, pretty baby, I've been knowing'
You need some heart-warmin' love.*

Tuvo una noche de graduación donde fue *su primera vez*. Como en las películas, acabó con un jugador de futbol americano, futuro dueño de una pequeña tienda miscelánea. Probablemente se hubiera casado con él tres años después, o uno y medio si se hubiera embarazado por un inevitable calentón en el *autocinema*, en el mirador de la montaña o en el granero. Hoy estaría sentada viendo *reality shows* en la TV, al lado de un hombre calvo y gordo que ronca en el sillón reclinable. Su semana giraría alrededor del jueves de Bingo y de lo que pasa en las veinte cuerdas de casas idénticas que rodearían la suya, lamentando no haber escapado de Lincoln County a tiempo.

Cuando se vio a sí misma dentro del escenario, se aterró. Anunció que se iba y en menos de un mes se despidió para siempre de los campos de trigo. Ni una explicación, ni una sola carta.

Ciudad de México. Años setenta. Ideal para recibir jóvenes extranjeros. Los rebeldes del *rock*. Los covers de los Teen Tops. Los locos del ritmo. Radio Capital con la «Ola inglesa»: Paul, John, George, Ringo.

La Universidad Nacional recibía a los estudiantes extranjeros quienes, una vez acreditados en Español Básico I, II y III, podían impartir clases de inglés, a cambio de un sueldo suficiente para vivir y pagar el resto de sus propios estudios.

Profesora de inglés y alumna de español. El programa de lenguas extranjeras incluía pasear a los alumnos por sitios en los que podían conocer la cultura mexicana: Teotihuacan, Taxco, Oaxaca, San Miguel de Allende, las grutas de Cacahuamilpa. El maestro de español más joven, bien parecido y por lo tanto popular, se encargaba de llevar a las estudiantes a recorridos extracurriculares donde el idioma era lo de

menos. Destino: Acapulco, invariablemente.

Satisfaction, con los Rolling Stones. En una combi sin aire acondicionado, cuatro norteamericanas más, tu madre y el amigo del profesor: tu papá. Estudiante de leyes. Futuro defensor de los derechos de los indígenas. Se enamoró a primera vista de aquella gringa despistada que no sabía qué es lo que estaba buscando en México.

Después de aquel viaje, la nueva pareja cambió las playas de moda por sitios arqueológicos. Los bares por museos. Los cafés por tertulias. Tu madre pasó a ser casi también una aficionada a la cultura prehispánica. Te sorprende que en vez de J., M. y Lissa, tú y tus hermanas no se llamen Xóchitl, Tonantzin y Malintzin. Kin era su última oportunidad y no se salvó de llevar un nombre orgullosamente indígena. Todo su conocimiento se fue por el túnel de la televisión.

Dice Kin que tu mamá elige cada día ser algún personaje de su telenovela. Hoy quisieras poder lograr eso. Y no ser tú.

1973. El jugador de americano vino a México a buscarla, varios años después de que ella partiera. ¿Cómo consiguió localizarla en una ciudad que empezaba a crecer sin medida? Se vieron a escondidas. Nada más eso sabes y nada más quieres averiguar. Pero algo hace que a tu madre le lloren los ojos cuando escucha las palabras «América», «noche de graduación» o «graneros».

Noviembre en sus mejores tiempos anuncia el frío de diciembre. Las calles están intransitables y tú con un hambre que no controlas. Piensas detenerte en algún *Vip's* cercano, pero el exceso de color naranja del lugar y la jaqueca no podrían estar juntos ni un solo minuto. Caminar es un buen remedio para despejar la mente. Espectaculares a lo alto. *Graffittis*, tatuajes de la ciudad. Tenis colgados en los cables de luz parecen rozar el cielo. Metes la mano en el bolsillo izquierdo de tus pantalones y encuentras un tesoro: un chicle sabor hierbabuena. Salivas en abundancia. El olor a lluvia y smog, el color gris y el sonido del tráfico te marean dulcemente. No con náusea, es un sopor que disfrutas. Inicia tu día. Revisas tu agenda en los minutos que dura un semáforo en rojo.

De lejos observas los rostros, decenas de cabezas andantes. Imaginas ver vapor saliendo del cuero cabelludo de cada una. Las ideas, si no brotan, hierven dentro.

Cámara~fotográfica

1. f. Aparato que sirve para hacer fotografías, y que consta de un medio óptico, el objetivo, y de un medio mecánico, el obturador.

2. f. Cinem. Rodaje acelerado de una película para producir un efecto de lentitud al proyectar la imagen a la velocidad normal.

3. f. Aparato óptico consistente en una caja cerrada y opaca con un orificio en su parte anterior por donde entra la luz, la cual reproduce dentro de la caja una imagen invertida de la escena situada ante ella.

4. f. Espacio comprendido entre el iris y el cristalino.

Para M., la cámara ha sido su compañera de los últimos siete años. Carga con ella todos los días. Se ha vuelto mejor persona desde que la incorporó a su vida. Más retraída, tal vez, pero menos pendiente de lo que le ocurre a los demás; prefiere analizarlos a través del lente y atrapar los gestos y las actitudes.

Decides llamarla. Centro comercial: lugar impersonal para simular que las personas conviven. Las actividades allí son furtivas; evitan conversar seriamente, mirarse a los ojos, enfrentar al otro. M. y tú recorren tiendas, manosean la ropa, comentan la moda. Se prueban las prendas mientras cada una se refleja, por separado, en los enormes espejos. A lo lejos, desde los altavoces, se escucha una selección musical propia de estos lugares. Suena Ennio Morricone.

No hubo un café posterior. No se sentaron en una banca a descansar. Ni un comentario sincero o un diálogo de más de cinco oraciones.

Se despiden con un «nos vemos luego». En la agenda de M., tu nombre ya está palomeado.

Lissa✓

Una vez cada dos meses, esto es lo que tiene reservado para ti.

Cinco años las separan. No es mucho, ni poco, y menos ahora que las diferencias de edad no resaltan. Lo que más conoces de ella son sus fotografías. Estas son fáciles de leer, de descubrir, de descifrar. Al observar con detenimiento el papel revelado, tienes charlas profundas con las imágenes que ella captura. Las que jamás han tenido entre ustedes.

Con J. es diferente. Está inserta en un mundo doméstico que la envuelve del todo. El marido le exige desayunos, comidas y cenas *gourmet*. Ella empezó a cocinar desde joven, por puro gusto. Ahora lo tiene que hacer todos los días de todos los años que le quedan de casada.

Conejo salvaje de caza a la cacerola con espinacas y hongos salteados

El conejo estará listo para cocinarse entre las ocho y las doce semanas de vida. No deberá dar comida al animal el día anterior a carnearlo. Ponga al conejo en una caja pequeña, de manera que esté contenido, o manténgalo quieto sobre una mesa. Mátelo con un golpe rápido y seco detrás de sus orejas. Para ello, utilice un tubo de metal o un trozo de madera. Con un cuchillo de carnicero grande o una cuchilla cercene la cabeza por detrás de las orejas. Tómelo por las patas traseras y dele vuelta inmediatamente hasta que la sangre escurra por completo. Corte las patas traseras. Haga un pequeño agujero en la parte interna posterior y tire cuidadosamente la piel hasta la mitad de la barriga. Con un movimiento fuerte pero constante, tire de la piel que ya se ha salido y sáquela por completo. Use unas tijeras para escindir el centro del vientre. Sea cuidadoso de no pinchar algún órgano o el ano. Saque las vísceras. No deseche el corazón, los riñones y el hígado, le serán útiles. Deshágase del resto de las tripas. Lávelo con agua corriente y luego remoje el cadáver en un baño de agua helada.

Ahora troce la carne, luego sazone las presas con sal y pimienta negra recién molida, páselas por harina y golpéelas suavemente para quitar el excedente. Pele la cebolla y las zanahorias. Córtelas en *brunoise*. Corte los puerros en rodajas al bias.

Pique las pencas de apio. Deseche la parte inferior de los hongos y córtelos por la mitad. Pele y corte los dientes de ajo. Corte la panceta en cubos pequeños.

Para la guarnición, corte los champiñones en láminas. En un sartén caliente con aceite de oliva y manteca saltee los champiñones, sazone con sal y pimienta, cuando comiencen a dorarse agregue las hojas de espinaca enteras y sazone nuevamente con sal y pimienta, saltee solo un par de minutos y retire. Sirva en un plato un colchón de la guarnición de espinacas y champiñones y encima acomode una porción de conejo, añada la salsa de la cocción.

Te parece una mujer de otra época. Su única distracción es ir al súper, a diario lo visita, ya sea porque falta jamón, pan o trapos de cocina. Siempre hay algo que comprar. Es ahí donde siente tener el control de su vida. Desde que entra, un poder extraño la domina. Agarra el carrito metálico con fuerza, se pasea por los pasillos como si estuviese en un concurso de patinaje en hielo a cámara lenta. Revisa los productos, compara precios, ingredientes y calorías. Prueba todas las muestras de comida que le ofrecen. Elige cuidadosamente lo que llevará. Si alguien, por mera confusión, toma su carrito, se lo arrebatara bruscamente y hasta insulta al ladrón de su mandado. Así es la vida de J., o es lo que tú supones. De vez en cuando les lleva a tus padres una probada de sus platillos. Tú, solo de oídas, sabes que son suculentos.

Alguien llama a la puerta. No es Kin.

Abres y saludas: es la Locura, apenas llegando.

—Bienvenida, pariente lejana. Hacía tiempo que no rondaba usted por estos rincones.

Te visita cada dos, tres meses. Le invitas un café. Se parece a ti, ¿o a Kin? Tiene algo de los dos. Charlan de una forma íntima, como en una relación psiquiatra-paciente o confesor-confesado y a veces desconoces quién es quién. Te pide algo de comer. ¿Cuáles son sus gustos? Le das galletas de chocolate o tostadas saladas. Siguen hablando. Se interrumpen constantemente y se disputan la palabra. Es un diálogo de sordos. Pasadas dos horas, se va sin despedirse, tal como llegó. No recuerdas cuándo fue la primera visita. ¿Desde que naciste? ¿A los doce años?

Siempre.

Locura

(De loco).

1. f. Privación del juicio o del uso de la razón.

2. f. Acción inconsiderada o gran desacierto.

3. f. Acción que, por su carácter anómalo, causa sorpresa.

4. f. Exaltación del ánimo o de los ánimos, producida por algún afecto u otro incentivo.

STOP

Hasta ahora tu historia parece común y corriente. Pero, nadie, ni tú misma, sabe lo que ocurre dentro de ti. ¿Quién eres? ¿Son una, dos o más entidades las que te habitan? Quisieras verte desde fuera. Tal vez así puedas reconocerte en tu inasequible condición.

El gusto por la música y «hacer música» son cosas diferentes. Habías tocado la flauta en clase —la que compartía babas de J., M., Kin y tuyas. Con tan solo soplar las siete notas o medio tocar *Martinillo*, pasabas el curso.

*Sol La Si Sol Sol La Si Sol Si do° re°
Si do° re° re° mi° re° do°
Si Sol re° mi° re° do° Si Sol La Re Sol La Re Sol*

A los doce años te atrapó una obsesión por el piano. Te imaginabas acariciando las teclas, creando melodías mágicamente. Había que aprender a leer partituras y estudiarlas. Tu padre no dejaría que fuera solo un capricho. Si lo ibas a intentar, debía ser bien hecho. El profesor que daba la clase de música en la escuela, se encargaría de ello. Llegaba puntual, cada lunes a las cuatro de la tarde. Pensaste que iba a poner algunos discos y tú, de oído, tratar de seguir tus canciones favoritas. Solfeo: supiste que a eso se refería tu padre. Era todo menos placentero. Nunca pudiste leer las notas, se confundían unas con otras. Do era la única sencilla: no se para sobre una línea ni la roza, y se encuentra hasta abajo del pentagrama. Tú sentías estar fuera de él. Cuando llegaba la hora de tocar algún trozo de partitura, no te daba tiempo de contar las líneas para saber dónde iba cada nota, por más lenta que fuera la tonada. Si acaso algo lograste, fue porque aprendiste de memoria un par de melodías, sencillas y repetitivas.

La clase nunca fue divertida. Si por la tarde no había nadie en casa lo dejabas tocando el timbre por varios minutos o mandabas a Kin a que le dijera que te encontrabas enferma. Por la ventana lo mirabas irse, resignado. Hacías planes fingiendo olvidar las horas reservadas para el piano: acompañar a M. al *ballet*, a tu mamá de compras; cualquier pretexto menos lidiar con la escala de Sol.

Había que reconocerlo: una excelente memoria, pero una pésima aptitud pianística. Y una verdadera afición por escuchar música.

Lo abandonaste. Compraste tu primer *walkman*.

Rock y música orquestal, 10538 Overture: tu primer *casette*.

Los centímetros entre el póster de la cabecera y tu almohada: la distancia más cercana que podías tener con él, tu estrella de *rock*.

Invitaste a W., tu amiga de siempre. Horas de maquillaje. Recuerdas haber cambiado de atuendo por lo menos cinco veces. Boletos en primera fila. ¿Sería posible que él te mirara a los ojos desde el escenario? ¿Que te señalara en tu canción favorita? El hábil coqueteo con el personal de seguridad las llevó a los camerinos después del concierto.

Era el guitarrista del grupo. Pelo largo, por supuesto, que siempre sujetaba con una liga. Pantalones y botas de cuero, arete en la oreja derecha, una cadena con una cruz de plata. Entraste al camerino. Él bebía una botella de agua. Cerró la puerta. W. no quiso entrar. Hacía calor.

Acabaron en el suelo, donde descubriste que no era agua, sino ron. Después, sin haber hablado casi, sin que supiera tu nombre, te pidió que lo siguieras. Esto no pasa en la vida real, pensaste. Decidiste actuar como si estuvieras en la pantalla grande — le hiciste honor a tu mamá—; las protagonistas no pueden tener miedo de escapar. Perderías por un tiempo a Kin. Pero algo ibas a ganar. Convenciste a W. para irse juntas. Tu padre tenía la ilusión de que iban a conocer parte del mundo y ver si, en seis meses, definían su futuro. ¿Acaso se puede precisar? Nunca. Y a los dieciocho, menos.

Un sexteto cantaba:

*Recorrer el camino de tu mano
es lo que quiero
ser el eco de tu voz
el agua de tu sed*

No lo consultaste con Kin. Esta vez, a él le tocó en el diccionario la palabra *abandono*.

La banda, W. y tú. Estados Unidos de arriba abajo. Recorrieron las largas y bien señalizadas autopistas. Vieron las bolas de paja rodar con el viento. Conocieron la nieve. Miraron hacia los rascacielos. Regalaron monedas a los veteranos sin hogar. Sudaron en los desiertos. Nadaron en los ríos. Se hartaron de hamburguesas y papas fritas. Se burlaron del *American Dream*.

¿Añoraste?

W. y tú, las inseparables *groupies*. La hierba se compartía, hombres iban y venían. Tú, casi siempre con el mismo, dos veces con el vocalista, un mes con el del bajo para regresar con el primero, el guitarrista.

Extrañas a Kin.

No le escribes ni lo llamas por teléfono. De lejos es mejor. Él, quién sabe dónde, y tú, en todos lados. Si escucharas su voz, te haría regresar. ¿Qué estará haciendo en tu ausencia? No puedes imaginarlo, por más que lo intentas. Te necesita. Él no es sin ti.

2:36 am

*Vivir lejos de ti sería desperdiciar mi vida. Como vivir en tinieblas.
Own deft lujtunt. Iquik Left.*

Kin

Te volviste parte del *staff* de la banda. Tu trabajo antes de las presentaciones o sesiones de fotos hacían la diferencia. Solo tú sabes el secreto: las pestañas postizas. En una ocasión, el guitarrista se las quemó con una inesperada flama prendiendo un cigarro. Jamás le volvieron a crecer.

Kin estuvo fuera durante tu ausencia. A su regreso, se puso mal. Cuentan tus hermanas que, desde que volvió, lo notaron enfermo, más pálido que nunca. Te sentiste culpable. Pasó días sin comer y automedicándose. Casi muere, literalmente. Y tú en Wichita o quién sabe dónde, persiguiendo a tu *rockstar*.

Volviste por él. A él. La cadena de tu grillete no fue lo suficientemente larga. W. se quedó un par de meses más.

Escuchaste las canciones, las veinticuatro horas por treinta días. Anotaste las letras una y otra vez.

Primero de mes. Nublado. Diez de la mañana. Te asomas por la ventana. Ni una carta. Tomas una de tus pestañas con el dedo índice. Un deseo. Soplas.

Oficio

(Del lat. officium).

1. m. Ocupación habitual.

2. m. Cargo, ministerio.

3. m. Profesión de algún arte mecánica.

4. m. Comunicación escrita, referente a los asuntos de las administraciones públicas.

5. m. Rel. oficio divino.

Las pestañas postizas vienen en diferentes tipos —largas, súperlargas, gruesas—, colores y tamaños. La primera vez que las pongas, compra varios pares, porque lo más probable es que debas intentarlo un par de veces.

Luego debes adquirir el pegamento apropiado, ya que es el componente crítico de todo el proceso. Si ya vienen con un tubo de pegamento, guárdalo para llevarlo en la bolsa, puedes usarlo para emergencias. Ahora necesitas un espejo. Lo primero que debes hacer es aplicar delineador. Saca las pestañas de su caja y colócalas en los párpados. Con unas tijeritas bien afiladas corta un poco en el extremo para que no moleste dentro del ojo. Sostenlas al nivel de las verdaderas para que sepas cuánto recortar. Luego corta las correspondientes al otro ojo. Asegúrate que queden iguales.

Coloca pegamento en el filo de las pestañas con una brochita o hisopo. Déjalas secar por un momento y luego ponlas en el párpado lo más cerca posible a la línea de las pestañas reales, utilizando el delineado que hiciste primero. Ahora, presiona desde el centro hacia los extremos. Posteriormente oprime los filos interiores y exteriores por unos segundos, para asegurar que se adhieran completamente.

Repite los pasos en el otro ojo.

Una vez que hayas aplicado las pestañas en ambos ojos utiliza un delineador líquido para pintar la línea de las postizas, completando a lo largo de las reales. Coloca una cucharita en la línea de las pestañas. Aplica rímel contra la superficie de esta, de modo que las pestañas reales se integren con las postizas para darle un efecto más realista. Aplica sombras y el resto del maquillaje. Cuando hayas terminado, examina las pestañas por última vez, si algún extremo se está soltando, utiliza un poco más de pegamento y aplica donde se necesite.

La cabeza está cubierta de una ligera capa blanca como algodón de azúcar. La pelusa amarillenta, que apenas cubre el cuero cabelludo, te hace recordar a Yoda. Tú y Kin podrían ser como Leah y Luke, envueltos en una historia de amor cósmico, a veces imposible, pero ineludible. Si se presentaran ante A., que parece un Yoda contemporáneo, ¿podría transmitirles la sabiduría para vencer las fuerzas del mal? En tu mente, la banda sonora de la *Guerra de las Galaxias*, de John Williams.

A. se negaba a usar peluca, pero aceptó pestañas postizas. Las quimioterapias la habían dejado sin un solo cabello en el cuerpo.

La primera vez que la visitaste estaba recostada en la cama. Sentada a su lado, el colchón se sentía como arena movediza. La habitación permanecía cerrada y con olor a medicamentos. Corriste las cortinas, los ojos de A. se abrieron como los de un recién nacido en su primer baño de sol. No te atreviste a preguntar cuál era el tono natural que alguna vez tuvo, y elegiste un color de pestañas que combinara con la piel. Había que poner pelo por pelo para llenar los huecos del párpado. Te contó, a detalle, el proceso de su enfermedad. Hablaba sin detenerse desde el inicio hasta el fin de la visita. Permanecías en silencio. No hay que hablar cuando no hay nada que decir. Sin duda aborrece los «lo siento mucho», «qué pena», «qué tragedia». Pensaste en ella el resto del día. En la muerte joven.

Al mes siguiente una historia similar. Y así sucesivamente. Ya no disfrutabas trabajar con A. Te dejaba agotada el resto del día. Música en tus audífonos, a un volumen alto, y a tararear como si nadie te oyera. Con otras personas te parecería grosero, pero no con ella. Elegías de antemano la lista de canciones alegres, contradictorias con la situación.

Evitas mirarla.

Que la fuerza te acompañe.

Tu voz. ¿Cómo les suena a los demás? ¿Te reconocerías? Realmente nadie se escucha cuando habla. El eco suena distinto, resultado del choque con materia sólida. En las grabaciones las voces se reproducen extrañas. En el viaje de las ondas sonoras de emisor a receptor, ¿se alteran? ¿Existe un sonido original?

Kin reconoce hasta tus susurros.

Boda de J.: Cinco vestidos idénticos. Predomina el color salmón; al final hay uno blanco. Peinados, *manicure* francés, una nube de *spray* que marea. Maquillaje: corrector, base, polvo, rubor, delineador labial y de ojos, sombras, lápiz labial, brillo. Lo único que les falta es el rímel. Y las pestañas. Observas la fila de las damas y te parece interminable. Primera y última vez que realizas un trabajo a tantas mujeres. Solo es un favor porque se trata de J.

1. Negras, abundantes, medio rizadas: Amenaza constantemente que es ella quien ganará el ramo.

2. Cafés, espaciadas, extra largas: No respira casi. El corsé se marca bajo el vestido.

3. Cafés, abundantes, cortas, rizadas: Una Barbie sin expresión. —Ken no va a llegar jamás, muñeca. Kin tampoco.

4. Negras, largas, gruesas: Innecesario el trabajo. No hace falta ver más allá de las pupilas para saber que esta noche terminará en la cama con alguien.

5. Café oscuro, exuberantes, muy rizadas: se retirará temprano.

6. J: Fijador especial para que duren toda la luna de miel. Le colocas una por una, con atención. Luce hermosa. El pelo castaño claro es idéntico al color de los ojos. Con el maquillaje, te resulta extraño ver su rostro sin la naturalidad de siempre. Está contenta. Como una niña que se sabe princesa.

Siempre lo miras, sobre todo de noche. Quieres adivinarlo. Cuando duerme junto a ti aprovechas para observarlo a través de la fina capa de piel que cubre sus ojos. R.E.M. *Rapid Eye Movement* o grupo de *rock*. ¿Qué sueña Kin? ¿Pesadillas? ¿Qué vuela? ¿Contigo? Pagarías lo que fuera por saberlo.

W. Tu única amiga. O por lo menos la que recuerdas.

Primero de secundaria, primer día de clases. Recreo. *Lipsticks*, brillos y todo tipo de maquillaje guardados en el estuche fue lo que la atrajo a ti. Tímida, cada día se acercaba un poco más, asombrada por tus utensilios. Notaste la falta de un juego de sombras color pastel. ¿Quién sino W. lo había hurtado?

No la acusaste del robo, pero a cambio practicarías con ella cuando lo desearas. Así fue como W. se convirtió en tu conejillo de indias: sobre ese rostro de tez morena experimentabas cualquier cosa que se te ocurriera, mezclabas colores y texturas, revolvías cremas con polvos. Hubiera sido más fácil tomar un espejo y pintarte a ti misma, sin necesitar de alguien. Pero no lo disfrutarías igual. Porque W. era más que imperfecta: cejas pobladas y desalineadas, nariz algo torcida y labios que apenas se dejaban ver. La maravilla fue descubrir que después de tu intervención lucía mucho mejor. Los ojos, coloreados con varios tipos de sombras; los labios, corregidos con delineador hasta ser emparejados; los pómulos, ideales para aplicar rubor. Se miraba de reojo en un espejo de bolsillo. Sin poder controlarlo, cara y cuello giraban para observarse en el pequeño artefacto que no medía más que la palma de una mano. La

curiosidad de seguir cada paso del procedimiento la vencía. Le sujetabas la cara con autoridad, con enojo tomabas su barbilla hacia donde te acomodara. Tú mandabas en este juego y ella era convicta de su propia falta.

En los descansos se sentaban bajo un árbol y comenzaba el ritual. Acomodabas tus utensilios en un orden perfecto que hacía lucir la variedad de colores brillantes, mate, traslúcidos, transparentes; los olores a cereza, uva y durazno flotaban alrededor.

Pronto tuviste un público de más de ocho niñas, por lo menos. Kin anotaba en una libreta los nombres de la larga lista de espera. Las niñas de preparatoria peleaban tus servicios, los viernes sobre todo.

Jugar a la esteticista en la escuela duró poco. Fuiste popular por tan solo un par de meses. La directora prohibió que las niñas usaran maquillaje dentro de las instalaciones. Te confiscaron el estuche de pinturas.

La familia G. Padre, madre, dos hijas. Tú puedes ver cuando van, vienen, entran o salen. Es probable que ellos ni siquiera noten tu presencia. La entrada a tu departamento anexo es independiente, pero desde la ventana puedes mirar la puerta principal de la casa.

La señora G. es una mujer de cincuenta y cinco, sesenta años. De mediana estatura, delgada, con apariencia juvenil. Las dos hijas son muy parecidas a ella. El padre nunca está. Algunas veces llega a dormir y se va temprano al día siguiente. Desconoces su oficio. Las hijas estudian durante la mañana.

Cuando trabajas con las tres mujeres no hacen preguntas sobre tu vida personal. Lo agradeces; no tener que hablar por hablar es un lujo.

¿Qué saben ellas de ti? ¿Que alguien te visita de vez en cuando?

Entre semana sales con la luz y regresas cuando ya es de noche. Sábado y domingo, sin horarios fijos. Ni tus papás ni hermanas conocen dónde vives. Solo Kin te ha visitado.

Las pecas te salieron un día en la playa. Después de haber pasado horas bajo el sol, tu nariz, mejillas, piernas y brazos estaban cubiertos de ellas; eran café claro. En todas partes salieron, así de rápido.

Antes, cuando no tenías ni una sola, tu piel era como la de Kin, sin marcas.
Hoy quisieras borrar cada una de ellas.

—¿Me dejas?

—Siempre te dejo.

Kin unió las pecas de todo tu cuerpo. Con marcador permanente color negro.

Recorrió todas las máculas y lunares. Podrías jurar que en su mente las estaba contando. ¿Ciento veintisiete? ¿Cuatrocientas dieciséis? ¿Cincuenta?

En silencio, tú y tu dibujante.

Tus pecas forman curvas en los muslos; líneas rectas en el antebrazo izquierdo, horizontales en el derecho; una serie en zig-zag en el abdomen; las que te parten en dos cruzando justo por el ombligo. Varias muy pegadas en los hombros crean estrellas; sin formas en el pecho; tres solitarias en triángulo en espalda baja; dos simétricas en las entrepiernas; círculos en los empeines de los pies; en la cara, conjuntos que parecen manchas.

No se detiene, trata de no levantar la mano. La punta gruesa parece rechinar al deslizarse por piernas, brazos y espalda. En las partes delicadas utiliza una pluma Bic del mismo color, punto fino, que se siente apenas, como el cosquilleo de un hilo delgado.

El aterrizaje: el lunar que tienes en el cuello. Lo marca con fuerza, girando la pluma en pequeños círculos. Duele pero no te quejas. Presiona tanto que abre tu piel y sale una gota de sangre que resbala hasta tu pecho. Kin desliza su dedo índice por las breves curvas del camino rojo. Luego se lo lleva a la boca. Regresa al pequeño surco. La gota de tinta que penetra hará la función de un tatuaje casero.

11:41pm

He memorizado cada rincón, cada curva. Podría dibujarla una y mil veces sin omitir ningún detalle.

—Parecen constelaciones o los signos del zodiaco en el cielo, Kin.

—Lo que tú quieras. Como cuando miras lo que deseas ver en las nubes.

—Elige una constelación y tatúatela.

—¿La de Géminis?

—La que quieras.

—¿Para qué?

—Para mí.

Anochece sin música de fondo. Te desconcierta que la realidad no la incluya.

Te duele la cabeza. Te duele dentro. Cuando fluyen los pensamientos, cuando van de prisa por las autopistas mentales. Sangran cuando chocan contra las neuronas. Te hieren porque no los dejas salir y estamparse contra una realidad que no percibes.

La mentira se convierte en verdad para quien no te conoce. Si estás con alguien que jamás habías visto, puedes decirle que tienes once hijos, que eres vendedora de libros o lo que quieras. Esa persona te creerá, porque los seres humanos son ingenuos por naturaleza. Y se acordará de ti como la «mujer de los once hijos» o «la vendedora de libros». Es curioso. Siempre has pensado que dices la verdad cuando platicas con tus clientes. Te gustaría saber su percepción sobre de las cosas cotidianas que les cuentas. Si no fueras «la pelirroja que pone pestañas postizas», ¿cómo te recordarían?

Tú no sabes cómo te recuerdas a ti misma.

El lobo marsupial va a morir. La tortuga marina también. Los tigres de Siberia están desapareciendo poco a poco.

—Kin, ¿quién va a morir primero?

—Tú. Y luego voy a embalsamarte.

De joven, Kin solía matar aves o animales pequeños y practicar la taxidermia con recursos caseros. Todos en casa se aterraban al ver los cuerpos disecados en su cuarto, colocados como si fuesen peluches. A través de la poca luz que entraba por las cortinas oscuras, se veían un cuervo, un colibrí, una ardilla, un pequeño gato negro, una zarigüeya. Te regalaba las pestañas de las criaturas.

Más adelante, su lugar favorito fue la sala forense en la Facultad de Medicina. Ahí se pasaba horas estudiando a los cuerpos, los observaba, abría, exploraba. Llegó a conocer la anatomía humana de forma profunda. Así decidió ejercer la cirugía plástica.

En una ocasión dijo que burló a la vigilancia de la facultad y se robó un cadáver de la morgue. Femenino. No pareció preocuparle que se descubriera el faltante y lo acusaran por el delito. Parecía muy seguro de su impunidad.

Lo llevó a lo que antes era el garaje de tu casa. El lugar lo había transformado en su área de trabajo, estaba siempre invadido de cajas y utensilios para sus experimentos. Nadie notaría la presencia de la difunta. Puso una sábana vieja sobre una mesa de madera y la recostó ahí.

—Mírala. Hermosa. ¿Podrías retocarle las pestañas?

—Parece que está viva —dices—. ¿Quién es? ¿Por qué no me avisaste que la traerías?

—No hables. Estoy disfrutando de su recuerdo.

Los ojos negros de la mujer se fijan en el vacío. Puedes verte reflejada en ellos. Cierras sus párpados cuidadosamente. La miras con detenimiento. Tendrá poco más de treinta años. Está pálida y tiene los labios secos. Descubres el lunar que tiene en la nariz, a pesar de ser minúsculo distingues su forma ovalada. Las orejas son pequeñas,

con lóbulos carnosos. No lleva aretes. La observas de nuevo. Te recuerda a alguien. ¿Acaso no es su compañera de la preparatoria, aquella que llevaba un profundo escote la noche de la graduación?

Kin, escultor de cuerpos. Amante de la piel. Conocedor de lo interno. Restaurador de la vida después de la muerte.

La mira. Fotografía mentalmente cada detalle.

Guantes de exploración. Anteojos. Cubrebocas. Minuciosidad. El cuerpo se sentía aún tibio. Lo deja enfriar. Drena la sanguaza.

Delinea con plumón donde van los cortes. Con un bisturí delgado realiza las incisiones. Líneas de sangre primero, un flujo rojo después. Debajo de la mesa, una docena de jergas absorbentes.

Lento copinado. Escucha un crujir al separar la piel; le parece un sonido armonioso. Fuera la carne, la grasa, el tejido fibroso. Se deleita al ver los músculos, nervios, huesos. No queda ningún resto de materia orgánica. Estira la piel sobre el suelo, después de remojarla en una solución salina. La deja reposar. Escurre más sangre y agua. La masajea con aceites.

Aparta el cráneo y lo limpia. A un lado esperan una peluca y uñas postizas de pies y manos. Toma medidas. Crea un cuerpo artificial con la exacta anatomía que tuvo antes. El molde queda perfecto: tiene consistencia. Alambres, varillas, mallas metálicas, poliéster. Curte la piel, hasta quedar totalmente limpia y seca. Existen secretos para lograr que quede suave y elástica.

Viste el molde, poco a poco. Une los pedazos con delicadas costuras invisibles.

Modela con arcillas los músculos, las curvas, los senos, los pómulos, las cejas, la barbilla. Pone en los rasgos faciales una expresión de placer. Los dientes originales regresaron a su lugar. La lengua es postiza. Los ojos de vidrio que introdujo en las órbitas parecen mirarlo. Aplica los pezones rosados, erguidos, trabajados a mano por él mismo. Son una verdadera obra maestra. Una línea de vello púbico sobre un monte protuberante. Es perfecta.

La posición final del cuerpo: acostada de lado izquierdo.

Segundos después de morir, el cuerpo pesa 21 gramos menos. ¿Son las ideas o el alma?

Dicen que la muerte es dolor y placer, que el último aliento, aquel que devuelve al ser vivo a su estado inanimado, es una exhalación exquisita. La boca se abre en agonía para parir a la doble deidad: Eros y Thanatos. La lucha y la cópula. Te preguntas si ocurre lo mismo en quien muere por vejez. Piensas en la señora B.

Bernini cinceló en mármol blanco la imagen Santa Teresa al momento del éxtasis. Con una flecha, un ángel le atravesó el corazón, lo que le produjo la experiencia necro-erótica. Ojos entrecerrados, labios semiabiertos, turbación, languidez.

La muchacha del garaje tenía esa misma expresión. Sonreía ligeramente, pero en el ceño se dibujaba un rastro de dolor. Quisieras saber la causa de su deceso, qué o quién fue lo último que vio.

Kin es la definición más completa de ti misma. Sin él, no puedes decir quién eres. Kin y tú son tan reales que parecen sacados de una película de ficción.

El cabello rubio platino cae sobre la espalda, a la altura del sostén. Mezclilla ajustada, que ya no es talla dos. Tacones de siete centímetros. Maquillaje espeso que tuviste que remover para comenzar. Dos líneas gruesas tatuadas de color marrón le enmarcan los ojos. Otra magenta contornea los labios, haciendo contraste con el resto de la tez de la cara, que es como papel de china blanco.

Madame O. fue bailarina. Se presentó en Bellas Artes y cautivó al público como pocas lo han hecho en la historia de la danza en México. Lo único que le queda son sus piernas firmes y un par de zapatillas agujeradas dentro de una caja de cristal colgada sobre su cama.

Mira atentamente, analiza. Tú a ella también.

Imaginas cómo serás de vieja. La gravedad, la textura rugosa de la piel, el busto caído, las arrugas, el pelo blanco, el crecimiento imparable de orejas y nariz. Lucha o resignación; pelea o dignidad contra el paso del tiempo.

—¿Has oído hablar de Isadora Duncan? No fuimos contemporáneas, pero la verdad es que yo fui mejor que ella.

Madame O. tiene una escuela de *ballet*. Con su figura gastada, dirige a niñas que sueñan con ser bailarinas. Toca el piano y aplaude con ritmo. Impone la misma disciplina con la que fue educada. Cada año te pide que les pongas pestañas a las estudiantes que hacen su presentación estelar. Unas pasan de nivel, otras reprueban. Su sueño es llegar a Londres. Tú estás durante todo el *show*, retocas y maquillas de acuerdo a las órdenes de la maestra, ayudas a hacer chongos que les restiran los ojos como chinas a las pobres chicas. Hacen que recuerdes a tus muñecas de niña, todo menos algo que se asemeja a lo real. Extremadamente delgadas, rostro pálido, círculos rosa marcados en el centro de las mejillas, pestañas que no van de acuerdo con la edad. Ella se pone un atuendo de bailarina joven, ridículo. Se luce en el festival, recordándoles a los padres que sus hijas están en el escenario debido a su rigor artístico.

Al aplicarle pestañas, no percibes nada en sus ojos. Ni una chispa. Solamente añoranza de juventud.

Kin tiene un consultorio en el hospital. Es blanco y pulcro, siempre suena algo de fondo: *rock* gótico o música clásica, a un volumen bajo que no llega a aturdir. Las pacientes que llegan ahí se sienten como en casa. Un rato en la sala de espera, un té, y en seguida las recibe el cirujano. Las examina minuciosamente, por arriba, abajo, al derecho, al revés, de cabeza. Ellas piden, él concede.

El lugar tiene un taburete en el que las pacientes se suben para ser analizadas a detalle. Ellas se quejan de esto y de lo otro. Él las toca, las mira, tomándose su tiempo.

—La imperfección es el reflejo de la naturaleza misma —piensa.

Nariz más recta, senos más grandes y simétricos, un abdomen restirado y plano, menos grasa en los glúteos y torso. Toxina botulínica cosmética para las arrugas faciales. Si supieran que es también una arma biológica o que con tan solo un picograma de botulina es posible matar a un ratón de laboratorio.

Quirófano. Luz blanca. El bisturí hace una incisión. El cuerpo sangra mientras duerme. Los ojos de Kin, el aliento a través del cubrebocas. Pupilas dilatadas. Éxtasis en la mirada. Inserta silicón, quita cartílago, extrae grasa, moldea curvas, cose texturas. Modifica anatomías, juega con la piel.

Pareciera que no solo transforma los cuerpos, sino también las mentes. Algo pasa con las recién operadas, que después ni ellas mismas reconocen sus propios pensamientos.

*Desvestir la piel
que se pierde
en medio de la noche.*

*Silencio:
hay sombras que hablan en secreto
y paredes que miran.*

*Es tiempo
de exhalar el miedo,
cortar la conciencia
tan larga
y desgarrada otra vez.*

*En lo oscuro
hay algo que me viene matando:
tú.*

—W. debería ir a una terapia, Kin. Cuando se mira en el espejo, no se reconoce.
No solo le cambiaste la talla de brassier, ¿verdad?

—Así lo pidió.

—¿Por qué aceptaste?

—¿Y por qué no?

Tu padre insistió en que estudiaras, por lo menos, algo relacionado con la cosmetología. Siempre has pensado que este tipo de cosas no se aprenden, sino que se adquieren solas, con la práctica y el talento innato. Ingresaste a una escuela donde te enseñaban todo tipo de artes de belleza: *manicure, pedicure*, peinado, corte, maquillaje. Disfrutaste los dos años que estuviste ahí y, lo aceptas, fue provechoso. Estás satisfecha de tu profesión, a pesar de que no requiere de mucho esfuerzo intelectual. Es simple habilidad, solo se necesita precisión y buen gusto. ¿Y si hubieras sido matemática? ¿Diseñadora gráfica? Tal vez astronauta.

W. fue a la universidad. Estudió medicina, como Kin, y luego psiquiatría. No supiste en qué momento escogió la especialidad, que realizó fuera del país. Porque, a decir verdad, jamás le viste cara de doctora de la mente.

Durante los años de la carrera no se frecuentaron. Tú enredada con las postizas y ella lidiando con los cuerpos de otros. Aunque Kin y ella acudían a diferentes universidades, supiste que a veces se veían. ¿Por qué no tenían tiempo para ti? Quizás solo hablaban de las experiencias relacionadas con la medicina. Cuando W. estuvo en el extranjero, apenas recibiste un par de cartas en las que vagamente te contaba sobre su vida.

Luego de unos años, regresó después de haber terminado la especialidad. Quedaron de verse para tomar un café. La encontraste con el semblante distinto. No era la misma. Te observaba seria, como si estuviera tomando nota mentalmente de cada palabra que decías o de cada movimiento. Siempre has pensado que los psiquiatras, inevitablemente, analizan a todo ser animado que los rodea, hasta las moscas. Ella era tu conejillo de Indias cuando la maquillabas de pequeña; ahora, tú parecías ser su objeto de experimentación.

Llueve. Pasas horas en la ventana viendo cómo el patio se va llenando de agua poco a poco. ¿Vendrá una inundación? En tal caso, tus lágrimas están contribuyendo al desastre.

Tienes miedo.

*El viento sopla con furia
carcome el pensamiento
Luego la noche
gris
envuelve
esta piel cada vez más blanca
Juegas con fantasmas
porque no te atreves
a hablarle a un verano sordo
lejos de olvidar
y no sabes si eres*

*pura o perversa
De pronto ya es mañana
y no quieres sentir
que hoy es la última vez.*

STOP

¿Ya ves? Tu historia no es común y corriente. Solamente tú misma podrías entender lo que ocurre dentro de ti. Eres ella o eres él. ¿O son lo mismo? No quieres verte desde fuera porque temes al reflejo del doble espejo que cuadruplica tu imagen. Todas son. Y ninguna es.

Desde que se volvió tu ayudante en la escuela, W. fue tu mejor amiga. Era hija única de una madre soltera que trabajaba de tiempo completo. Poco a poco se hizo parte de la familia. Tu madre estaba feliz de tener un personaje extra en el hogar. Lo que a ustedes les parecía aburrido, a W. le parecía novedoso. Las palomitas en la tarde, cocinar pasteles, el cine, las pijamadas. Tú eras una niña pasiva y ella brincaba, corría, bailaba por toda la casa. W. tenía la vitalidad de la que tú carecías.

Kin siempre jugaba con ustedes y tus hermanas. Las obedecía y las seguía. Ser atendido por ellas era lo que le gustaba.

Rubor rosa, *lipstick* rojo, *spray* fijador de melenas rebeldes. Kin estaba en medio de cuatro niñas mientras se arreglaban, escuchaban música, bailaban.

Lo mandaban a las fiestas con ustedes. Se sentaba en un rincón a observar a la concurrencia. Y luego funcionaba como un imán. Se le acercaban para mirarlo, como si fuera un objeto exótico traído de un planeta lejano. ¿Qué tenía tu hermano que no tuvieran los demás?

Llegaba de las fiestas con los bolsillos llenos de monedas. Por cada beso que Kin les daba, recibía una moneda.

¿Juego inocente o erótico? Ingenuidad o perversidad.

W., con su boca torcida, no opinaba al respecto. Sonaba Lou Reed.

Why can't I be good:

I don't want to be weak

I want to be strong

Not a fat happy weakling

With two useless arms

A mouth that keeps moving

With nothing to say

An eternal baby

Who never moved away...

—Júrame que a ti no te ha besado —le dijiste a W.

No contestó.

Te invitó W. a salir. El plan era verse en un bar de moda con unos amigos suyos de la universidad. Llegaron juntas al lugar y pasaron un rato bebiendo solas. Casi no hablaron. No te atreviste a sacar el tema de Kin. The Cure sonaba cuando los jóvenes llegaron. F., el que parecía más simpático, se sentó a tu lado. Te hizo las clásicas preguntas de reconocimiento: edad, profesión, pasatiempos.

—W., no me habías dicho que tu amiga era muda —dijo él en tono burlón.

El tequila se acabó y para entonces eras mucho más amigable. Tú y W. terminaron en tu departamento, sin inhibiciones.

El tipo te llamó por teléfono al día siguiente. A pesar de lo insoportable de tu actitud, ¿le habrás parecido interesante? Aceptaste su invitación. Se vieron cerca de

tu casa. Esta vez te pareció más interesante. El café se convirtió en una cena que duró hasta pasadas las once.

—Quiero verte de nuevo.

—Yo te llamo —prometiste.

2:21am

Dependo cada vez más de ti. Me absorbes. Te llevas mi energía y mi alma. Aunque es de forma inconsciente, me atormenta.

Kin

Madame O. no soporta la idea de ser una adulta mayor. Alguna vez le platicaste de la profesión de Kin. En seguida fue a verlo. Supiste que fue intervenida quirúrgicamente porque desde entonces canceló tus servicios.

Kin respeta la ética profesional contigo. No quiso decirte qué fue lo que le hizo a *Madame O.* ¿Qué más podría ser sino restirarle la cara, las rodillas, quitarle las bolsas de los ojos?

Semanas después fuiste a la escuela de *ballet* pero no te recibió. Regresaste otro par de veces pero siempre te decían que estaba ocupada. *Madame O.* no regresó tus llamadas. Una clienta menos.

Deja de llover. Sueñas que es una noche totalmente negra, de esas que reclaman en silencio la ausencia de la luna.

En tus ojos se refleja la metálica luz de la ciudad. No sabes a dónde vas pero conoces el camino. Después de recorrer un par de cuadras ves al final de la calle una puerta que parecía esperarte. Conforme te acercas, el sonido de las voces, la música y el tintineo de los vasos y copas se hacen más fuertes. Tropezas con un mendigo de cara quemada y opacas túnicas que lo cubren casi por completo. El hombre intenta decirte algo, pero sus palabras ininteligibles y su aguda voz solamente logran asustarte. Te alejas de él y entras rápidamente.

El bar está iluminado por un tenue color rojo que, con el humo de los cigarros y el vaho alcohólico, provoca un calor insoportable. No puedes reconocer la música. Solamente distingues guitarras y tambores sin melodía. El lugar está repleto y del techo gotea humedad; la gente está apretujada. Te diriges a la barra y te sientas en el único banco vacío. Limpias el sudor de tu frente con una servilleta. Estás temblando.

El sabor del ron te da náuseas. Se confunde con un olor a azufre que comienza a invadir el ambiente. Las voces se apagan y la puerta principal se abre. Todos, atentos, miran hacia allá.

—*There is She* —te dice Kin que aparece sentado a tu lado.

Con un traje púrpura y altísimos tacones negros, entra con aire arrogante. Rostro cadavérico, piel blanca, casi grisácea. De su cuello cuelgan vistosos collares de plata; sus dedos forrados de anillos terminan en puntiagudas uñas rojas en juego con su lápiz labial. No puedes definir su edad. Lentamente revisa el entorno y con mirada vacía observa a cada uno de los presentes. Evitas verla a los ojos.

Hombres y mujeres, entre ebrios y confundidos, buscan su atención con lascivia. Otros, desde lejos, brindan a su salud. Ella saborea de antemano su próxima conquista de la noche. Sonríe y tararea las canciones, sabiéndose el foco de interés.

A pesar de que te atrae quieres evadirla. Tratas de escabullirte entre el tumulto. No la ves detrás de ti, pero sientes que te sigue.

No recuerdas cuánto tiempo pasaste en el baño. Al salir la miras de reojo en el centro de la barra, como una abeja reina rodeada de zánganos adorándola mientras que a ella le son indiferentes. Sientes su presencia, te esfuerzas por no voltear y salir de inmediato.

Kin ya no está.

Por un segundo, te mira directamente a los ojos. Y tú la miras a ella.

—¡Maldita seas! —le gritas con todas tus fuerzas y toda tu rabia.

No te sorprende levantarte; lo haces de una forma casi automática y deprisa, como si fueras tarde a una cita. Tu reloj se detiene y no puedes ver la hora. Ves que Kin está sentado en el suelo.

—¿Qué me ves? Me despertaste. Otra vez llegas sin avisar.
—¿Tienes algo que contarme? Hueles a sexo —te dice.
—Te vas otros tres meses, ¿verdad?
—No me contestes con otra pregunta.
Luego no habla. Solamente te mira. Y sale por la ventana.

RESETÉAME

Tus pestañas son medianas y delgadas. Pálidas, del mismo color que tu pelo. La raíz y la punta son más claras que el resto. No enmarcan tus ojos ni los hacen más grandes, solamente realizan la función —a medias— de protegerlos de la luz en exceso. No existe un rímel que le dé al tono. Has mezclado el color café con negro y una gota de tinta naranja, pero no luce bien. Nunca las pintas. Las cejas y el cabello rojos no combinan con máscara negra, ultranegra o café. Ni hablar del morado, azul u otros colores exóticos que solo las modelos utilizan. No existe el tono pelirrojo. Está anulado. Los clientes han de preguntarse por qué no te aplicas postizas.

De pequeña las cortaste a la mitad. Estabas enojada, algo te había hecho Kin. Tomaste las tijeras sin filo, las mismas que usabas para recortar figuritas. Primero se doblaron. Intentaste de nuevo. La segunda vez lo lograste. Cayeron en el lavabo. Contrastaban el color naranja y el blanco. Abriste la llave. Se fueron rápidamente, empujadas por el chorro del agua. Y por ahí se fue tu disgusto también. Una práctica sencilla y eficaz, pero no estética. Tardaron meses en crecer. Volvieron a su tamaño normal.

El escenario predilecto de Kin es el bosque, lluvioso y con clima invernal. Tú, por el contrario, prefieres la ciudad, con todo el caos, el ruido y la contaminación que implica vivir rodeada de asfalto.

Es domingo; planeaste una sorpresa. Sabes que a veces quiere estar solo y no lo logra. La soledad sí puede ser un obsequio preciado. Aunque, bien adentro, sabes que también es el disfraz de un castigo. No puede volver a dejarte por tanto tiempo.

Kin sube a su automóvil, tú conduces. Le vendas los ojos y durante todo el trayecto escuchan una selección de música clásica. Glenn Gould tocando las *Partitas* de Bach. Kin está nervioso. Te pide que prendas el aire acondicionado, luego que lo apagues; que bajes el volumen, que le subas.

Si manejas hacia el sur, al límite de la ciudad, a treinta minutos encontrarás una carretera rodeada de paisajes boscosos. Orillas el coche, le ayudas a bajar y lo tomas de la mano, fingiendo saber el camino. Hay neblina y hace frío. Existe el riesgo de perderse entre los miles de pinos altísimos que rodean el lugar. Caminan por quince minutos. Es placentero ser el lazarillo de Kin, guiar sus pasos, someterlo a lo desconocido. Lo recargas en un árbol y le quitas la venda.

No llevas una maleta con una manta, ni nada que comer o beber. Tu intención es que Kin disfrute del entorno, lo huela, lo sienta.

Estás parada frente a él. Ninguno de los dos habla. Mira hacia arriba, tratando de reconocer el espacio. No sabes qué decirle y, como siempre, mejor te quedas callada.

Empieza a caminar bosque adentro. No se escucha ni un solo ruido, ni el crujir de las hojas que pisa. Va despacio pero no se detiene. Ni siquiera voltea hacia atrás para mirarte. Se confunde entre la niebla y lo verde. Se difumina y de pronto, se pierde.

Lo sigues. Algo pasa.

Él sabrá el camino de vuelta.

La ciudad se asoma lentamente. El radio apagado. Tú sola.

El teléfono te despierta. Esperabas la llamada de Kin. La voz es masculina y pregunta si eres tú quien pone pestañas postizas. Excepto el guitarrista, no has tenido clientes hombres. Quedas de verlo en su casa, esa misma tarde.

Es un señor de unos cincuenta años, calvo y probablemente lampiño del resto del cuerpo. Te dice que quiere resaltar sus ojos y que le han recomendado tus servicios. ¿Quién? *Madame O*. Sonrías ante el hecho de que alguien pasó la voz de lo que sabes hacer bien. Pero de pronto te angustia. Piensas que el oficio que realizas no será para siempre. Tal vez a los cincuenta o sesenta años la vista te falle o te dé mal de Parkinson. ¿Qué va a ser de ti entonces? Te viene a la mente tu papá insistiendo en que estudiaras una carrera. Tal vez tenía razón, esto no durará por siempre. Te imaginas viviendo en la miseria, rentando un cuarto y atendiendo a clientes en un salón de belleza malo y barato.

El señor parece amable. Te recuerda a Yul Brynner. Se le cayó el pelo desde que

tenía treinta y pico. Sin éxito, ha intentado cientos de tratamientos capilares y productos milagro que prometían una abundante cabellera. Al darse por vencido, decidió llamarte. Con las pestañas postizas, los ojos negros resaltarán aún más. Te cuenta que conoce a *madame O.* desde niño, que son grandes amigos. Se ha enamorado de una de las jóvenes bailarinas de la academia.

La amabilidad en demasía. Comienza a hablar a borbotones, a hacerte preguntas personales. Que por qué vives sola, que cuántos hermanos tienes, qué haces los fines de semana. Lo que debería importarle es cómo quedará después de tu intervención. Olvidaste tu música.

Cada cliente es un recuerdo, una canción, una película, un misterio. Curiosamente, más allá de las pestañas, dejan en ti otro significado. No es la señora B., sino tu primera muerte. A. es un *soundtrack*. *Madame O.*, la juventud perdida. La señora G., simplemente una vecina. Un casi calvo, un actor pasado de moda.

Kin. Todos y nadie lo conocen. Es invisible pero se siente. Llega pero se va sin avisar.

Llegó temprano. Siempre amanece malhumorada y recordarás ese despertar como el mejor de tu vida: Kin sentado a tu lado, mirándote. Iba vestido con una sudadera gris, *jeans* y descalzo. Tomas del buró un chicle de hierbabuena. Salivas.

—¿De dónde vienes que no traes zapatos?

—De tus sueños.

—O de mis pesadillas.

—Estoy desvelado.

—Duerme. Toma este vaso con agua.

Se sigue escuchando la respiración que habita en tu casa. No se duplica cuando Kin está presente. Se hace una sola y se oye más fuerte que lo habitual. Tu pasatiempo: mirarlo dormir. Quieres recordar la imagen por siempre, en este mundo y en el que sigue. Deseas que sea la escena principal y única que se proyecte cuando mueras, mientras caminas hacia la luz a través del consabido túnel.

Kin duerme a tu lado.

Tu madre te habla en inglés de forma cariñosa.

Tú y tus hermanos juegan de niños.

Proteges a Kin por las noches.

W. en casa a la hora de la comida.

Tu padre te abraza.

Pones rímel a alguien que no reconoces.

Soplas una pestaña por la ventana.

J. y M. sonrían.

Algo en una bandeja metálica.

El reflejo de un cuerpo desnudo.

Tus ojos y las pecas de tu cara.

Kin.

Kin.

Kin.

Acostado en tu cama, un rayo de sol lo cubre y protege de la noche tormentosa que debió haber pasado. Quieres captarlo así, aunque odie que le tomen fotografías. Aprovechas que duerme. Los pies descalzos, pálidos y delgados, venas púrpura resaltadas en el empeine. Están sucios, como si hubiese caminado sobre la tierra revuelta de un jardín. Las manos hacia arriba, un poco dobladas, como listas para recibir algún don. Un acercamiento a la cicatriz del brazo. Parece que palpita. La cara está hacia el costado derecho; siempre duerme así. Gracias a ese hemisferio del cerebro es que soñamos, entendemos las metáforas, creamos e imaginamos. Fantasía. Tiene las orejas perfectas, pequeñas y cubiertas de pelusa rubia. La boca semiabierta, deja ver parte de sus dientes blanquísimos. A veces intenta decir algo, pero solamente murmura. Los ojos cerrados no parecen descansar. Por momentos frunce el ceño.

Logras atrapar el gesto.

Clic.

Ahora ha quedado grabado en la memoria de la Minolta de bolsillo que te regaló M.

5:20am

Siéntelo. Recuérdalo. Guárdalo. Uno más para la recopilación de escenas.

Siéntelo. Recuérdalo. Clávalo en tu corazón. No duele.

12:30 pm. Lo despiertas con Daniel Lanois.

*I thought of you in blue and red
I thought of you where you were playing
I thought of you in my bed
You were there bound and chained
I thought of you there next to me
Wearing your pretty face
I thought of everything you could be
Sleeping in the devil's bed*

—Cuéntame lo que soñaste —le pides.

Escuchas a alguien hablar. El volumen es tan bajo que no entiendes lo que dice. Una calle conocida, desierta. Una noche iluminada. No hace frío ni calor. Desde un garaje, el perro de tu infancia. Te mira mientras caminas sin avanzar. ¿Recuerda a su dueño?

La voz te guía. Un eco de palabras ininteligibles retumba en la calle y en tus oídos.

Tienes miedo.

Avanzas: construcciones y casas que nunca has visto. A lo lejos, intentas reconocer a alguien. ¿Quién es?

La voz es ahora más fuerte, repite la misma frase que no comprendes. Te acercas hacia donde no deseas ir. Sientes lo que no quieres sentir.

La calle se hace más angosta y las construcciones más grandes, todo pierde proporción. Desde una ventana, a lo alto de un edificio, tu abuelo. Su rostro es solemne, oscuro y solamente te ve pasar. No reacciona, no ofrece ayuda. Te angustia. Lo dejas atrás.

La voz constante. ¿De dónde viene? El hueco en tu pecho se hace más grande. Quisieras parar.

Vuelta a la derecha, vuelta a la izquierda. La velocidad aumenta a la par del miedo. Sientes mareo.

Alto.

Entiendes las palabras:

*Has mentido.
Has matado, herido y ultrajado.
Has violado,
roto promesas de sangre.
Has olvidado.*

*De espaldas a ti, alguien desnudo. Sentado, se mece hacia delante y hacia atrás.
Te acercas. Se pellizca los brazos, las piernas. Se arranca la piel con cada jalón.
Sangra.*

*Has mentido.
Has matado, herido y ultrajado.
Has violado,
roto promesas de sangre.
Has olvidado.*

*Se sigue meciendo. Cada vértebra de la columna sobresale en la piel del torso
encorvado. Extremidades recogidas, cabeza hacia abajo.*

*Voltea lentamente. Eres tú: es tu cara y tu cuerpo. Falta la quijada. Faltan los
ojos.*

*Desde la oquedad te mira.
Se reconocen.
Tratas de gritar, no puedes.
El dedo índice sobre su boca:
Shhhhhhh.*

—Dibújame lo que viste.

Él sigue en la cama, ojalá se duerma de nuevo. Bajas el volumen del *iPod*. Te diriges a la cocina. Desde niño, Kin puede ser sobornado fácilmente a través de la comida. Piensas en el menú.

No quieres molestarlo con el sonido del extractor. Sacas un tetrapack de jugo de naranja y lo sirves en un vaso. Manzana en rodajas en un plato redondo. Tomas cuatro huevos. Te gusta el crujido de la cáscara al romperse. Ese sonido, ¿tiene un nombre específico? Los mezclas con sal y pimienta. Prendes la estufa y colocas un sartén. Sobre una tabla de madera cortas en cuadros el jamón y el queso. Sin querer rozas la punta del dedo índice de tu mano izquierda. Chupas la herida pero sigue sangrando. Viertes todo sobre la superficie caliente, antes rociada con aceite. Con una pala, bates con movimientos circulares. Varias gotas de sangre caen sobre los huevos, aún crudos. El color rojo se mezcla con el amarillo y el transparente para desaparecer en seguida. Oprimes la cortada, echas más sangre. Sigues revolviendo hasta cocer la mezcla.

Lo sirves en un plato.
—¿Tú qué vas a comer?
—Lo que dejes.

Se dirige al baño y se mete en la regadera. La puerta está entreabierta. Alcanzas a ver una figura borrosa, como una fotografía pixeleada. Un rostro que se difumina entre el chorro de agua. Un cuerpo suspendido entre el espeso vapor. Puedes ver que mira hacia arriba y levanta los brazos. Voltea hacia ti.

Te vas.

Al pasar al lado de tu cama ves la silueta marcada en el colchón: dos cuerpos juntos. Te sientas y con las manos puedes percibir que las sábanas aún están tibias.

Kin sale vestido igual que como llegó el día anterior. Sin zapatos. Vas al baño. Abres la regadera y finges bañarte. Dejas la puerta casi cerrada. Te asomas.

Kin camina en círculos por todo el departamento. Tres vueltas, con pasos lentos. Se asoma por la ventana. La mirada fija hacia fuera. Regresa. Va a tu librero. Recorre libro por libro. Se detiene en Ovidio. Lo huele. Al azar, lo abre en una página y parece leer un párrafo. Lo devuelve a su lugar. Cae al suelo una hoja de papel.

*Apenas puedo estar de pie:
Cansada
de mis palmas cuelga un reloj de arena,
intacto
Estoy
con el rostro embarrado de tiempo.*

Dobla la hoja y la guarda en el bolsillo de sus pantalones. Sabes lo que guardabas en la página 166 de *Las metamorfosis*. ¿Por qué se roba tu escrito?

Parece que busca algo. Todo lo que podría encontrar está hecho cenizas, volando junto con las heces y el smog que respiramos a diario en la ciudad. Cuando quemaste todos tus álbumes azules, Kin te regañó como si hubieras destruido el único Quijote en el mundo.

—Lo que yo soy no solo está en lo tangible, Kin.

—Pero es con lo único que se puede probar tu existencia. No se pueden guardar los pensamientos en cajas de madera.

Murakami. Lo saca y hojea. El aire que sale de las páginas al chocar entre sí le refresca la cara. Cae una foto: W., él y tú. Se las tomó tu mamá el día de tu graduación de preparatoria, antes de salir. Vestido azul, largo, con holanes en la parte de las mangas cortas, tacones plateados, el pelo recogido. W., con un vestido corto y

medias negras. Chongo y pestañas postizas que le aplicaste. Kin no quiso usar traje esa noche: pantalón, camiseta de cuello en V y tenis, todo negro. Sedujo, con todo y su atuendo alternativo, a varias de las presentes. Bailó con una y con otra, sin importar que llevaran pareja. Se suponía que W., él y tú iban juntos.

A la mañana siguiente de la fiesta, amaneciste con náuseas, dolor de cabeza y aliento a tequila. Kin te contó que, pasadas las tres de la madrugada, estabas dormida con la cara sobre la mesa. *You passed out, baby.*

Se detiene en el tocador. Saca un peine y se cepilla el pelo, todavía húmedo. Abre un labial color rosa pálido, tu favorito. Lo huele. Suspira. Un delineador negro. Se acerca al espejo, parece que va a aplicárselo en el borde de los párpados. Se detiene unos segundos. Levanta el lápiz negro y lo devuelve a su lugar. Husmea en los cajones.

Parece cansado y vuelve a recostarse.

Sales del baño. Kin duerme. Desnuda, te quedas parada frente a él.

Mientras se duchaba, él creía que nadie lo estaba viendo. En este momento, tú crees que él no te observa.

Sacas la ropa del *clóset* y comienzas a vestirte, lentamente y sin dejar de mirar directo a sus ojos cerrados. Siempre el mismo orden: tanga primero, luego el *brassier* y enchinas tus pestañas. Falda, camiseta sin mangas y cinco gotas de perfume. Te miras en el espejo: un poco de maquillaje compacto y blistex.

Dejas una nota a su lado: «Voy por chicles y películas».

Pasas a casa de la señora G. y la arreglas rápidamente. Finges que realizas el trabajo con calma. La hija menor pide que la atiendas también. Inventas que tu agenda está llena. Casi una hora de trabajo, media al Blockbuster, cinco minutos a la tienda de la esquina.

A través de la puerta escuchas que habla en voz alta. Está enojado y discute con alguien. Entrás y lo ves hablando por teléfono. No alcanzas a distinguir lo que dice. Te mira y cuelga.

No preguntas. Intuyes.

Víctor, Victoria.

Los amantes del café Fiore.

Los diálogos de las películas sirven como música de fondo. La ventana abierta deja entrar un viento suave que los acaricia mientras descansan.

Lou Reed cantaría:

Just a perfect day,

*Problems all left alone,
Weekenders on our own.
It's such fun.
Just a perfect day,
You made me forget myself.
Thought I was someone else,
Someone good.*

Pizza a domicilio. Comen casi sin hablar. Son una película muda.

—*Ugg niem brant foyg.*
—*Lynt emnix desctingen koid. Um. Itnastafz.*
—*Echst umk.*

Suena su teléfono y se levanta de un brinco.

—Salgo para allá —es lo único que dice.
—¿Te vas sin zapatos? —le preguntas preocupada.
—Préstame unas chanclas, aunque no me queden.

Te diriges al vestidor y sacas unas sandalias. Le quedan chicas y los talones se le salen. Lo abrazas. No quieres dejarlo ir. Con sus dos manos te toma por los extremos de la cabeza y besa tu frente.

—¿Volverás?

Se va tan rápido como oscurece. Y antes de que lo extrañes, regresa el sonido de su respiración.

La pantalla del celular no se enciende. No te atreves a escribirle a Kin. Para eso está F.

Te espero, Lissa. Mi dirección es...

Llegaste al edificio y antes de que tocaras el timbre del acceso principal, se escuchó el sonido para empujar la puerta y entrar. Los pasillos eran angostos y oscuros. F. te estaba esperando afuera de su departamento. Dentro, dos copas de vino y una melosa y repulsiva canción de Barry Manilow.

Vestía unos *jeans* y camiseta negra. Se sentaron en un sofá. No tomaste la copa que te ofreció. Él siguió con las preguntas. Tú volviste a ser la misma muda del día que lo conociste.

El lugar era pequeño y pulcro. Muebles en tonos café claro, una maceta con una pata de elefante grande al lado de la ventana sin cortinas. Una cocineta abierta, una barra de mármol con una canasta con plátanos y peras.

—¿Puedes cambiar la música? Aquí traigo mi *iPod*.

Lo sacaste de tu bolsa. Al dárselo, le entregaste también el paquete con el látex dentro.

Una ráfaga de silencio incómodo. Seleccionó al azar una lista de canciones y colocaba el reproductor digital sobre una bocina.

Le quitas la ropa, empezando por los pantalones. No hace nada y se deja desvestir. Permanece sentado. Tú de pie, te quitas los calzones. Con la falda y el resto de la ropa puestos, te sientas sobre él, con las piernas abiertas. F. fija la mirada en otro lugar menos en ti. Intenta decirte algo, le tapas la boca con la mano. Comienzas a tocarlo a la vez que lo analizas. Primero la cara, luego el pecho forrado de vello. Te sorprende su cuerpo atlético. Entre esa alfombra oscura, reconoces un olor a loción de cítricos. Lo besas en la boca.

Los sentidos te funcionan por separado. Uno a la vez. Cuando no observas, escuchas. Cuando no hueles, pruebas. Cuando tú decides, sientes.

Bajas y tomas su pene. Ya estaba duro. Lo lames de arriba hacia abajo, llenándolo de saliva. Tiene un sabor extraño que no distingues. Eres tú quien hace todo: movimientos, caricias, gemidos. Le colocas el condón. No sabes qué está pasando con F., ni te importa. Subes, bajas, entras, sales. Suspiras. Desde que llegaste hasta el final, veinte minutos pasaron, como máximo. Suficientes. Te levantas, quitas tu *iPod*, das un trago de tinto y sin recoger tus calzones, vas hacia la puerta. Tomas un plátano. Lo muerdes.

—Yo te llamo —le dices—. No lo prometo.

La noche te rodea con sus claroscuros. Los colores se mezclan y no se distinguen: grises, negros, púrpuras. En las grandes ciudades se pierde la individualidad; las personas se convierten en una masa gris que va moviéndose por las banquetas. Los automóviles sirven de camuflaje. Las casas son fortalezas donde los habitantes se sienten protegidos. Vivimos cubiertos de capas de ropa, aluminio y concreto.

Miras fijamente el espejo. Difícil de adivinar: un rostro que prefiere borrarse. Difuminas expresiones, decoloras sentimientos. No ves tu silueta. Lo que resalta en el marco es la pequeña foto de Kin. ¿Acaso el reflejo de ti misma? Tienes ganas de hacer trizas esa foto, de rehacer el hechizo. La vuelves a colocar. Esta vez, boca abajo.

Te metes a la ducha.

Recuerdas.

Durante mucho tiempo, los cuatro hermanos se bañaron juntos. Tu madre ganaba tiempo y se cansaba menos. Después de enjabonarlos y tallarles hasta las orejas, los dejaba jugar un buen rato para luego ir sacando a uno por uno.

Kin con tres niñas, desnudos todos. Hubo un momento en el que J. tenía formados ya sus pequeños pechos, mientras que los de M. apenas parecían unos duraznos

tiernos. No recuerdas los tuyos.

Una vez en la tina, notaron que el pene de Kin estaba erecto. Se rieron. Entre curiosidad y morbo, lo tocaron, lo mallugaron, lo probaron. Era como un juego de laboratorio que se volvió rutina durante el rato que tu mamá los dejaba solos. Examinaban el objeto extraño. Cada una daba su versión de él. A J. le sabía siempre a jabón y dijo que parecía una víbora de juguete. A M., a masa de galleta y le hacía pensar en plastilina. Tú no recuerdas cómo era ni el sabor de aquel primer pene que conociste a fondo. Lo único que recuerdas es que no tenía vello aún. Kin se acostumbró a ser el muñeco de juguete de las tres hermanas mayores.

Una vez estaban tú y él solos en la tina. Y no por la ausencia de tus hermanas dejarías atrás el ritual exploratorio.

—Te lo permito solo si me dejas hacerte lo mismo —te amenazó Kin.

El agua está tibia, te llega a la mitad de la espalda. Los brazos dentro. Estás sentada con las piernas abiertas y ligeramente recogidas. Él enfrente, en la misma posición. Él con su mano derecha, tú con la izquierda. Sin avisar, introduce en tu vagina los dedos índice y medio; pasas saliva en un trago que se escucha. Sientes los dedos arrugados, tibios y suaves. Un ligero ardor, agradable en esa húmeda área. Las yemas en un lugar tan profundo que no sabías que existía. En círculos, en ochos, aún más al interior; primero lento, luego la velocidad aumenta para volver a disminuir. Comienzas a moverte al ritmo que él te marca con su mano. Necesitas cerrar los ojos pero no quieres dejar de verlo. Levantas las piernas y las nalgas mientras tiembles. Arqueada y con la cabeza hacia atrás, sientes que explotas, que vas a morir en ese instante. Logras no gritar. Necesitas detenerte de algo. La cortina y el tubo de metal caen al suelo.

—Lissa y Kin, ¡qué hacen!

Se rieron a carcajadas. Como si hubieran hecho la mejor travesura de sus vidas.

La sala vacía y tú pensando. Esperas a Kin y no llega. Las luces de afuera te ciegan. No escuchas las hojas del árbol sonar con el viento. Te asomas, no hay ninguna carta en la ventana. Un cristal se rompe, sin razón. Sangra tu mano.

El estómago te duele de tanto extrañar. Sales a la calle. Caminas sin saber a dónde. Solo sigues las banquetas. En tus oídos, escuchas música sin entender el mensaje. Buscas a Kin sin hallarlo.

Días de trabajo. De soledad. De ausencia.

Las nubes en el cielo pasan rápido, indicando que los días transcurren. Amaneceres y anoheceres, el mismo paisaje se ilumina y oscurece una y otra vez. ¿Qué otra escena representa el paso del tiempo?

Llegas a su casa. No se ve luz ni se escucha un ruido. Tocas la puerta. Insistes cada vez con más fuerza. Se asoma una vecina y te mira con enojo. Dejas de golpear.

Nadie abre.

Se remata *penthouse*. Interesado comunicarse con la inmobiliaria.

Ausencia

(Del lat. absentia)

1. f. Acción y efecto de ausentarse o de estar ausente.
2. f. Tiempo en que alguien está ausente.
3. f. Falta o privación de algo.
4. f. Der. Condición legal de la persona cuyo paradero se ignora.
- 5. f. Med. Supresión brusca, aunque pasajera, de la conciencia.**
6. f. Psicol. Distracción del ánimo respecto de la situación o acción en que se encuentra el sujeto.

Los días feriados tienen un aire especial desde que amanece. Pasan lento, son soleados y con viento calmo. Puedes ver las hojas de los árboles rodar por las calles vacías. Son días silenciosos.

El centro, uno de los pocos lugares de la ciudad donde es posible caminar. Es viernes y hay mucha gente. Pareces una turista solitaria. Miras el aparador de una tienda de ropa, te detienes en el puesto de un vendedor ambulante de películas pirata. Revisas los aparadores. De pronto, lo reconoces a distancia. Puedes olerlo. Sentirlo. Es la única silueta diferente. Va con prisa. Lentes oscuros, manos en los bolsillos. Corres hasta alcanzarlo. No se da cuenta de que estás detrás de él. Deja una estela de vapor con cada paso. Y tú tratas de agarrar ese humo que contiene su esencia. Lo sigues. No se detiene. Imaginas el hilo invisible que los ha unido siempre. Esa hebra, que va de ombligo a ombligo, se ha tornado delgada y frágil.

Al llegar a una esquina Kin se detiene y mira alrededor. Lo ves desde lejos. Saca una llave y entra a una construcción antigua. Esperas. A los diez minutos sale con una maleta grande. Toma un taxi.

Tu kit de supervivencia:

Cadena de plata con fotografía de Kin.

Un espejo, por si se te olvida quién eres.

iPod y audífonos, para sentirte acompañada.

Las flores del mal, de Kin.

Chicles de hierbabuena, para masticar en vez de hablar.

Un rímel.

No te diste cuenta. No lo anticipaste. Kin salió con W., te lo contó ya después de que habían terminado. No entiendes cómo es que el asunto se dio a tus espaldas. ¿Desde cuándo? Lo extraño es que no lo percibiste en Kin, a quien pensabas que conocías como a la palma de tu propia mano. Jamás notaste algo entre ellos.

Confesión

(Del lat. confessio, -inis).

1. f. Declaración que alguien hace de lo que sabe, espontáneamente o preguntado por otro.
2. f. Parte de la celebración del sacramento de la penitencia o reconciliación, en la que el penitente declara al confesor los pecados cometidos.
3. f. En el catolicismo, sacramento de la penitencia.
- 4. f. Der. Declaración personal del litigante o del reo ante el juez en el juicio.**

Una tarde, los viste de lejos por casualidad. Tomaban café en un lugar rodeado de fuentes. Entre el ruido del agua, él parecía hipnotizarla con palabras y caricias. No alcanzabas a escuchar lo que decían. Te acercaste a unos metros de la pareja. Kin y tú se observaron por unos segundos a través del cristal. Se acercó a ella, como si fuera a decirle algo en secreto. Mientras la abrazaba, te guiñó un ojo. Sentiste que el cuerpo se te vaciaba.

Tu mente borró la escena.

Tú lo decidiste.

DELETE

Y a la papelera.

Hoy ha vuelto el recuerdo: una cafetería, W. y Kin, tú de lejos. Después de esa ocasión, W. y tú y solo se vieron un par de veces más. Se distanciaron de nuevo. La buscabas, pero no podía verte entre consulta y consulta, terminaba tarde y regresaba tus llamadas días después. ¿Seguirían juntos W. y Kin?

Kin absorbe, chupa la energía y no deja espacio para nada más. Quien está con él, vive para él y se olvida del resto del mundo. Se pierde.

Nunca se lo advertiste ni a W. ni a nadie. ¿Cómo hacerlo si tú misma estás atrapada en él?

Supiste que W. volvió a partir. Esta vez no escribió para nada; Kin no la menciona. Le escribes un correo electrónico.

This is an automatically generated Delivery Status Notification.

Delivery to the following recipients failed: ss@psic.com.mx

Te repites una y mil veces que Kin es de carne y hueso. Lo has tocado, y aunque su piel está siempre fría, se siente como cualquier otra. ¿A qué sabe? A metal o a sangre, no se distingue. Su olor, a hierba mojada, a bosque en la noche. Los sonidos que él produce son casi silenciosos, camina como volando y habla en voz baja, con murmullos. Parece que es como cualquier otro humano. Pero tiene algo que no lo hace de este mundo.

Kin es de carne y hueso.

Kin es de carne y hueso.

Kin es de carne y hueso...

Kin llegó sin avisar, como siempre.

—¿Has visto a J. o a M.?

—No. Sabes que a la única que veo es a ti, Lissa.

—Me preguntan siempre qué andas haciendo, que cómo te va.

—Salúdalas de mi parte.

Kin nunca ha considerado a J. y M. como sus hermanas. Las siente ajenas. Las quiere, por supuesto, pero está lejos de considerar su relación como una «hermandad».

Meditas de nuevo sobre las definiciones. En corto, el diccionario define la palabra hermano como dos personas que provienen del mismo padre y/o madre. Así de sencillo. Y de complicado.

Sacó una navaja del bolsillo.

—¿Quieres ser mi hermana de sangre? —te propuso Kin.

—¿Para qué? Ya somos más que eso.

—Para que nuestra sangre se mezcle para siempre.

—Kin, no quiero cortarme, no quiero sangrar.

—No va a doler. Mira.

Sentiste el frío del acero al abrir un surco en la palma de tu mano. La piel se abrió como una boca a punto de besar. Una lengua de sangre se asomó. Se fue haciendo cada vez más gruesa. El suelo comenzó a llenarse de gotas pesadas.

Una serpiente salió presurosa de la piel abierta de Kin. En medio de la superficie plana, se fue deslizado. Fue dejando tras de sí un delgado camino en forma de «S». Un hilito bajó, hasta pisar el suelo.

El animal se acerca. Erguido y sin retroceder, te amenaza con su veneno.

Avanza. Su estrategia es hacerlo con lentitud para que el contrincante baje la guardia. La lucha es seductora. El reptil y la boca se miran frente a frente. Las manos a punto de tocarse. Imposible retroceder.

Las sangres se mezclaron.

La serpiente se coló por la boca.

Y se hicieron uno.

Imaginaste el fluir de las dos sangres. Ardía. Las manos permanecieron unidas por un tiempo que no pertenecía al real. La fuerza con la que te prensaba llegó a lastimarte. Pero lo que más dolió: los ojos de Kin cubiertos de agua.

Una promesa sin palabras. Un contrato sin firma. Un sello invisible. Un tatuaje sin tinta.

Dos hermanos.

Intnastafz.

—Pruébala —te dijo.

—¿Qué?

—La mezcla.

Al teléfono:

—¿A dónde fue?

—No sé, ya sabes que nunca dice.

—Contéstame por favor.

—¡Que no sé!

—Esta vez no serán tres meses.

—¿Cómo sabes?

—Yo soy la que sé.

Vas al consultorio. Alcanzas a ver por los cristales biselados que está desierto. Ni un solo mueble. Nadie. No entiendes cómo un espacio físico puede vaciarse sin dejar rastro de lo que hubo antes.

Nunca habías visitado el hospital donde opera. Lo único que sabías era que estaba en el poniente de la ciudad. Siempre has respetado su espacio de trabajo. Es probable que ahí esté, piensas, no podría abandonar a tantas pacientes anotadas en su agenda siempre llena. El lugar tiene un olor a limpieza y a formol que te da náuseas.

—El doctor no se encuentra.

—¿A qué hora llega?

—Estará fuera del país por un tiempo.

—Pero, ¿a dónde se fue?

—¿Es usted su paciente?

—No. Pariente cercana.

—En ese caso, usted debería saber más que yo.

Caminas por los pasillos, entre batas blancas, camillas y personas conectadas a un recipiente con suero. Te acercas a una doctora, alta y bien parecida. Le preguntas por Kin. Extrañada, te comenta que el grupo de cirujanos plásticos trabaja en conjunto con la Universidad de Birmingham y que Kin pidió licencia para tomar un curso de especialización.

—¿Eres su novia?

—No, su hermana.

—Mucho gusto. No sabía que tenía una hermana, pero en realidad se parecen mucho. ¿Sabes? Vamos a extrañarlo. No será lo mismo sin él.

Sin decir palabra, das la vuelta y te vas.

Palabras a golpes, mensajes que hieren, imágenes como puñales.

Kin, tu hacedor de sueños, ausente.

Visitas a *madame O*. Te dice, con desprecio, que no lo ha visto desde hace tiempo. De pronto ha envejecido. Puedes ver las bolsas que cuelgan debajo de sus ojos y unas patas de gallo que aún sin sonreír son más que evidentes. En la espalda tiene una

ligera joroba que antes no habías notado, cubierta por una larga cabellera gris y crespa. Su voz se escucha diferente, ronca, y tose de cuando en cuando. Los ojos cristalinos, cuando le preguntas por tu hermano, se aguan todavía más.

Penthouse de Kin. Te abre la señora de la limpieza, con los brazos estirados en cada extremo de la puerta, como un soldado protegiendo la alcoba de un rey.

—Nunca dice a dónde va y yo no pregunto. Cuando sale de viaje, me da dinero para pagar la luz, el teléfono y el gas. Esta vez me dejó varios meses por adelantado.

Te permite pasar. El departamento está impecable y con los muebles habituales. La cama tendida. El refrigerador vacío.

Antes de salir revisas el buzón. De la ranura, apenas sale la esquina de un sobre blanco. Sacas unas pinzas de tu cosmetquera y logras sacarlo.

Nombre: Kin. Sin alias.

Derecho o zurdo: derecho

Relaciones: pasajeras

Obsesiones: el cuerpo de las mujeres

Supersticiones: los muertos viven

Prejuicios: x

Historia sexual:...

Pieza de arte insuperable: *El beso IV* de Munch

Alergias: ajo

Principal miedo: la muerte después de la vida

Secretos: son secretos

Talentos: estética

Cicatrices: una en la muñeca izquierda

Crees en la eternidad del alma: sí

Defecto que no puedes dominar: compulsión

Palabra favorita: *unmdisk jinef*

Pendiente: terminar de ser lo que soy

Diseño perfecto: el corazón

Música: *rock gótico* y metal

Algo hermoso: cuando se mete el sol

Estado actual del espíritu: buscando

En tu casa todo está igual pero tú te sientes diferente. Como un animal encerrado, das vueltas por el lugar. Sin música. Buscas y no encuentras señales. No hay cartas, no hay viento. Te sientas por un momento. Acaricias la tela del sillón morado que te regaló Kin. Llevabas apenas unos días aquí cuando lo trajo. Lo subió con la ayuda de las personas de la mudanza. Tardaron horas en elegir dónde iría. Al pie de tu cama, en el centro de la sala, a un lado del escritorio, viendo hacia la ventana. Después de decidir el lugar, se sentaron a mirar el departamento. Con la cabeza recargada en el

respaldo, descansaron sin hablar. Te quedaste dormida y Kin se fue.

Sueñas que estás en un río. Nadas y te sientes ligera. Sumerges la cabeza y puedes respirar bajo el agua. De pronto, la superficie se vuelve rígida. Tocas con tus manos el techo transparente de agua. Puedes mirar hacia fuera y solamente alcanzas a ver el cielo oscuro y opaco. Adentro del agua está iluminado, brillante. No sientes asfixia sino todo lo contrario. Te deslizas libremente. Todo es azul. Afuera ves pasar escenas que te dan escalofríos. Hay sombras de personas entrelazadas, no sabes si pelean o hacen el amor. Comienzas a sentir angustia. Quisieras respirar pero temes salir a la superficie. No hay paso entre ambas divisiones. Estás en una pero necesitas del aire de la otra.

Abres los ojos. Escuchas voces. ¿Eran parte del sueño?

Existe un momento, tan solo unos segundos, en los que no sabrías reconocer si aún duermes o estás despierta. Es un estado intermedio, *duermevela* le llaman atinadamente. Te levantas de la cama. Estás mareada. Tomas un paquete de chicles de hierbabuena. Masticas cuatro a la vez. Caminas deteniéndote de las paredes, cada vez más angostas, como si quisieran encerrarte. Alcanzas a ver por la ventana que está oscureciendo. Faltan tres días para que la luna esté llena.

Toc, toc, toc. ¿Alguien toca o es tu corazón que palpita?

Quieres llamarlo. Que venga a ti. Que regrese. Intentas hacer un ejercicio de telepatía. Kin y tú son uno, son mitades, gemelos, mellizos, siameses que se comunican mentalmente. Indivisibles.

Piensas en él. Lo tienes grabado en tu mente a la perfección. Lo visualizas frente a ti, desnudo, de pie. Tiene los ojos cerrados. Con cuidado, abres sus párpados con tus dedos. Los ojos en blanco. Le hablas.

Le suplicas que regrese. Que venga a ti.

Kin. Kin. Kin.

¿Eres tú quién golpea la puerta?

Ansiedad

(Del lat. *anxiitas, -itis*).

1. f. Estado de agitación, inquietud o zozobra del ánimo.

2. f. **Med. Angustia que suele acompañar a muchas enfermedades, en particular a ciertas neurosis, y que no permite sosiego a los enfermos.**

Escuchas ruidos. No hay mirilla. Reconoces que habla la señora G., además de otras voces masculinas. Insisten. Tocaban cada vez más fuerte. Saben que estás dentro.

—¿Es usted la hermana del doctor Kin?

—Sí. ¿Quiénes son ustedes?

Dos hombres se identifican.

—¿Le ha pasado algo? —Sientes que te tiembla la voz, las manos y la mirada.

—Necesitamos encontrarlo. ¿Nos permite entrar y hacerle unas preguntas? Solo nos tomará unos minutos.

¿Dónde está? No lo sientes ni lejos ni cerca. Te dejó entre la tierra y el cielo. En medio de dos líneas paralelas. Entre la carne y el hueso.

En la nada.

En el principio fuimos, cuando el tiempo aún no era tiempo. Donde éramos dos y resultamos uno. Ahí habitábamos, pero no existíamos.

En nosotros no aplica el verbo soy. Siempre somos. Tú y yo, yo y tú: unas veces ajenos, otras más unidos que las horas al día y la noche. Lissa, Kin; Kin, Lissa.

Siempre juntos.

Melodías al oído, palabras en voz baja, lenguaje privado.

KIN

... Y estás sentado a la derecha del padre. Lissa ocupa tu lugar al momento de levantarte y ahora tu madre está a su izquierda, seguidas de J. y M. Clic. Logras escapar en el momento exacto. Tu imagen no aparece en el único retrato que hay en casa de tus padres, lugar que pertenece a la familia, pero no a ti.

Desde lejos ves que Lissa observa un portarretrato con detenimiento, lo aleja y lo acerca. No parpadea; ni una sola de sus pestañas se mueven. Hace tiempo que no miras esa fotografía. La tomas después de los más de cinco minutos que pasa tu hermana frente a ella. Escuchas la sirena de una ambulancia que aturde tus oídos y te distrae. Fijas la vista en la imagen. No te gusta salir en las fotos. No es que te vayan a robar el alma, como algunos creen. Simplemente prefieres no mirarte. Además, siempre tiendes a salir algo borroso. Te imaginas ahí. Lissa a tu lado. Sentirías la fuerza con la que sostiene tu mano. Tal vez en esta ocasión tu figura tendría los píxeles exactos para salir definido y con luz. Pondrías atención en el paso del tiempo: estás más delgado. La blancura de tu piel sigue igual y contrasta con tu pelo, ahora escaso y con algunas canas. Los ojos idénticos, pero la mirada distinta.

Lissa, con sus ojos cafés que ven más allá. Su expresión siempre te ha inquietado. M., por el contrario, sonrío con una pañoleta sobre el cabello. J., en un mundo tan lejano al tuyo, fumando. Tus padres como ausentes, sin entender mucho de lo que pasa alrededor.

En el segundo en que la Nikon retrató un instante, huiste por la puerta trasera.
Now my hair has turned to silver...

Kin. Dicen que tu nombre significa Sol. Jamás te has identificado con él ni con ningún otro. Algunas veces te has preguntado de qué tienes cara. ¿De José? No. ¿De Antonio? Tampoco. Los nombres son algo que uno mismo debería elegir a la mayoría de edad o por lo menos, a los dos o tres años cuando se tiene conciencia de que somos individuos.

Te despierta el sonido del celular anunciando un correo nuevo. Es de Lissa. A veces le da por contarte, con lujo de detalle, sus sueños. Te narra algo sobre un bosque y unas hojas, ella y tú. En vez de seguir leyendo, volteas a ver su fotografía en tu librero.

—Quiero que la tengas cerca de ti.

—De todas formas estás siempre conmigo.

—Doblemente contigo.

Lissa de cuerpo completo. Viste solamente una camiseta blanca. Se transparenta su ropa interior. Los brazos cruzados por detrás, las piernas, delgadas y pecosas, parecen las de una niña. El pelo rojo recogido en una trenza. No sale mirando directamente al lente. Un centímetro desfasada. La colocó ella misma, clavándola en la parte lateral del mueble, donde puede ser vista desde tu cama.

Te quitas la sudadera gris y los pantalones con los que dormiste.

Vas hacia el librero. Recorres con tu dedo índice los libros y al azar paras en uno. Lo abres como un abanico. Suspiró la voz de Joyce:

Estamos solos, ¡ven! Y sus voces me llaman: Nosotros somos tus allegados. Y pueblan el aire y me llaman a mí, a su semejante, ya prestos a partir, agitando las alas de su exultante y terrible juventud.

Lavas tus dientes, los tallas con fuerza hacia arriba y abajo, cepillas la lengua y terminas con enjuague bucal. Un baño con agua fría, para despertar. Sales hacia el clóset sin toalla, como de costumbre, aún con gotas que se deslizan, rápidas, por todo el cuerpo. Jeans, camisa azul y bata blanca de doctor son el uniforme diario. Te arreglas el pelo con los dedos. Todo sin espejo. ¿Qué te detiene a mirar tu imagen?

Recordar tu rostro de niño, con los ojos pintados de negro.

Descubrir una parte desconocida que solamente se ve a través del reflejo de uno mismo.

Verte por tres horas seguidas, directo a los ojos, buscando una respuesta a una pregunta inexistente.

Atravesarlo y no poder volver.

Probar que el espejo de Lacan también se puede dar en un adulto: volver al instante en que reconoces por vez primera tu reflejo como tu propia imagen.

Notas que en el dedo pulgar de la mano izquierda del paciente porta una argolla de plata. La retiras fácilmente, lo guardas en el bolsillo de la bata. Te deleita ver la figura dormida, un cadáver que respira. Los cuerpos sedados sueñan, estás seguro de ello.

La miras con atención. Quisieras saber los pensamientos de quienes duermen plácidamente bajo los efectos de la anestesia. Le susurras al oído palabras sin sentido. Abres su boca e introduces tu dedo medio. Sientes el aliento ligero y seco. Acaricias los brazos, las piernas. Tocas su ombligo y dibujas un espiral en el abdomen. Lo

haces de una forma que no podrías si estuviera despierta.

La piel morena y firme se asoma entre la delgada sábana azul que la cubre casi por completo. Levantas la tela para mirarla desnuda. Deslizas tu mano por las piernas, en una y en otra. La extiendes para colocarla sobre el pubis y presionas ligeramente. Subes hasta el abdomen para terminar en la escotadura supraesternal. La recorres nuevamente, ahora con los puros ojos. La miras despacio. Te distrae el marcaje preoperatorio, hecho con tinta verde que tú mismo le dibujaste ayer.

Te deslumbra la luz blanca de las lámparas del quirófano. Tallas tus ojos, casi del mismo color de la gorra y el tapabocas que te cubren el resto de la cara. Yodo. Bisturí. Algodón.

Disfrutas la precisión con la que rodeas la parte baja del seno con el filo de acero. La piel se abre, son solo décimas de segundo lo que tarda en sangrar. Te gustaría ver cómo el líquido sale y se convierte en delgados ríos que viajan, fieles al cuerpo que los encerraba, hasta el torso. Te interrumpen las manos envueltas en guantes blancos que con suaves y múltiples toques retiran la sangre y que mecánicamente te entregan instrumentos. Recibes un implante transparente, una concha de silicón rellena de solución salina. Lo introduces por la incisión. Por fuera y por dentro lo manoseas, lo subes y lo bajas hasta dejarlo en la posición perfecta. Dos enfermeros levantan por los hombros a la anestesiada para que quede sentada. La cabeza cae hacia el frente. Esta imagen, de forma inevitable, te recuerda a los herejes de la Edad media. Una vez colgados de la soga, su testa quedaba en una postura similar. La analizas de cerca, de lejos. Con un gesto de aprobación, acuestan a la paciente y la aguja y el hilo hacen el trabajo restante. La cirugía ha terminado. Te acercas al rostro. Ya tendrás oportunidad, cuando se distraiga el resto del personal, de darle un beso que roce rápidamente su boca.

A diario utilizas el coche para ir al consultorio y al hospital. Las puertas metálicas te apartan del resto de la ciudad mientras te trasladas de un punto a otro atrapado en la dimensión del tráfico y el tiempo. Te encierras ahí, por horas, sin música. Es cuando piensas en los procesos de las cirugías del día; pones en orden tu mente, procesas lo que soñaste la noche anterior. Intentas escucharte dentro del ovillo motorizado.

Quisieras vivir en el bosque, donde tú formarías parte del silencio. Pero la demanda de tu oficio no te lo permite: la mayoría de las cirugías plásticas se realizan en las grandes urbes. Preferible vivir entre pinos, musgo, aire templado. Andar a pie, sin techos o muros. Niebla en lugar de smog. Luciérnagas en vez de neón.

Hoy quieres dormir. Apagar el switch de tu cabeza: sin volumen, sin colores, sin anuncios. Ni siquiera en blanco. Simplemente apagada. ¿Y las voces en *off*?

Lo que te quita el sueño es algo que viene de no sabes dónde. Entra por la ventana y te coloca palillos invisibles en los ojos para que no parpadeen ni se cierren. Agita tus pensamientos para que se revuelvan. Te deja la tarea de deshebrarlos, analizarlos para después trenzar cada uno. Los del pasado y los del futuro, mezclados. Todos se vuelven uno, incluyéndote a ti. Te vuelves pensamiento.

Y aquí es cuando entran las voces que no dejan dormir.

Dicen que no van a dejarte en paz por las noches, que te van a perseguir hasta quedarse mudas. Exigen respuestas. Hacen que las coloques en columnas y las clasifiques. ¿Qué quieren decir? Amenazan con entrar al corazón y preguntarle a él. O taladrar tu cerebro hasta hacer que sienta. Hablan a gritos. Aturden.

Duele.

Imitar el vuelo de un ave. Con equilibrio. Si el vuelo es una ecuación matemática, con tu inteligencia, podrías resolver el problema. Las alas del murciélago son más adecuadas porque no se filtra el aire entre ellas. Si divides la fuerza de las alas en cuatro puntos, el cuerpo volador las utiliza a su antojo según la maniobra. Las alas pueden dividirse equitativamente entre las cuatro extremidades para un movimiento regular; si se usan en forma desigual pero continua producirían un vuelo circular. Para facilitar el libre movimiento se debe instalar un timón que pueda mover y dirigir un objeto mayor sin contratiempos.

No tienes clara la edad, tal vez unos doce o trece, pero el recuerdo sigue vivo. Era una tarde soleada y estaban tú y tus hermanas jugando en el parque mientras que tu madre, sentada en una banca cercana, leía una revista y les echaba ojo. J. y M. en la resbaladilla; Lissa y tú en los columpios. Sentías el viento en la cara, en las piernas, en los brazos. Volteabas hacia arriba para ver el cielo azul moverse contigo, las nubes iban y venían. Te mecías cada vez más fuerte, más alto. Tomaste vuelo y brincaste hacia abajo. Pudiste sentir, por segundos, lo que era volar.

El joven Ícaro estaba con él e ignorando que manejaba su propia perdición, con el rostro radiante ahora cogía las plumas que había movido una ligera brisa, ahora reblandecía con su pulgar la dorada cera y con su juego retardaba la obra maravillosa de su padre.

... Vio las plumas sobre las aguas y maldijo sus artes y encerró el cuerpo en un sepulcro. Y la tierra ha tomado el nombre del que allí está sepultado.

La escena: el hospital, tu camisa y pantalones bañados en sangre. Fractura expuesta del codo del brazo izquierdo. Mientras tu mamá hablaba algo con un médico, Lissa lloraba junto a ti. Era un dolor intenso, pero no te salían lágrimas. La sangre te distrajo: la oliste, la probaste, la sentiste. Analizaste el color, la viscosidad. ¿Por qué no es rosa si tiene glóbulos blancos y rojos? ¿Realmente te vincula al parentesco?

¿Qué es eso de «tener sangre fría»? Ese día supiste que eras el único en la familia 0 negativo, entre otras cosas más.

Querías volver a ver sangre. Cuando te quitaron el yeso, comenzaron los experimentos caseros.

Un cuadernillo en el que anotabas que:

Las lagartijas no sangran cuando se les corta la cola.

El corazón de rana que robaste del laboratorio pesó 2.3 gramos, y desangrado, 1.7.

Las tonalidades son las siguientes: rojo brillante, escarlata bermellón, casi morado cuando se trata de coágulos, café cuando es una costra.

La sangre de los conejos dura diez minutos tibia después de la extracción.

La humana, dependiendo del estado de ánimo, tiene diferentes sabores. Pregúntenle a Drácula.

Una gota espesa tarda en secarse, al aire libre, cuarenta y tres minutos. Y en coagular no más de once segundos.

La sangre sale a tiempo y velocidad distintos, dependiendo del tipo de piel que se corte de manera superficial.

Los kótex de tus hermanas no absorben lo suficiente.

Te fuiste adentrando en el cuerpo humano y animal. Parte de tu laboratorio era la cocina. Retirabas las vísceras de los pollos para analizar cada una, explorabas los huesos restantes. Espulgabas los bistecs haciéndoles cortes con el cuchillo, separando la grasa de lo magro. Guardaste restos de T-bone. Quitabas las espinas del pescado para medirlas y acomodarlas por tamaños y rearmar el esqueleto; los ojos y las escamas eran investigados con detenimiento.

Dejaste sin pelo la pata de un gato para mirar el tipo de piel. Tocabas la lengua del perro de la vecina, contaste los dientes y colmillos. Extremidades de arañas patonas, alas de moscas verdes, colas de zarigüeyas y colmillos de serpientes eran tus juguetes favoritos.

Te volviste un experto curando las heridas de Lissa.

Las mujeres de tu familia son agraciadas. Una o dos líneas más arriba de la media, con rasgos delicados mas no necesariamente bellos. J. y M. de cabello castaño claro, ojos cafés y rasgados, nariz recta. Tú, el único con ojos claros como los de tu madre. El color de pelo negro de tu padre solo se quedó contigo, mientras que el de Lissa es cobrizo, tan inusual pero hermoso. Muchas pecas y la barbilla triangular. ¿De dónde salió así? Nadie lo sabe. La situación era que, en cierta forma, comenzaste a tener una fijación por las mujeres y la armonía de sus cuerpos. Las observabas en las calles, en la escuela, en las revistas, en la TV. Narices de todo tipo, bocas chuecas o delgadas, orejas con lóbulos grandes, pechos de todos tamaños y formas, todo con un sinfín de posibilidades para lucir mejor. Aprendiste a distinguir lo que era agradable o no para

tus ojos. En tu cabeza ponías el rostro original en un lado, y al otro el mismo pero con una pequeña modificación que hacía un cambio notable. Desconocías el proceso, pero podías ver con claridad la diferencia. Así ibas por la vida, mentalmente moldeando torsos, afinando narices, aumentando pechos, corrigiendo barbillas, levantando nalgas.

Por un lado, fijación por los cuerpos y su funcionamiento. Por otro, obsesión con lo que podía ser modificado. Hojeaste un sinnúmero de veces el libro que reproduce el papiro de Smith. A pesar de ser un documento del antiguo Egipto, los procedimientos quirúrgicos que ahí se describen son similares a los actuales.

Mientras de niño cazabas animales e insectos, Lissa jugaba al salón de belleza. Ahí fueron los inicios de su extraño oficio. Recuerdas haberte enojado más de un par de veces porque hurtaba de tu colección de restos animales. Además, desordenaba las cajas en las que metías las diferentes partes, acomodadas según la especie. Una vez robó un par de ojos recién extraídos, con los que estabas experimentando. Los introdujo, a la fuerza, a una de sus muñecas. Estaba feliz al ver cómo le daban vitalidad al rostro de plástico. Días después, se escuchó un grito: Lissa se aterró al ver los ojos podridos, como dos uvas secas. Poco faltó para que salieran gusanos. Desde entonces te pidió permiso solamente de tomar muestras de pelo.

Un verano Lissa puso en marcha un plan en el que los cuatro hermanos participaron. Era una distracción para las vacaciones que resultó ser negocio exitoso. Lissa era muy joven y ya sabía que el resto de su vida se dedicaría a ello. Tu deber era colocar en una charola diferentes ejemplares de ojos, en los que no solo había de muñecas sino de uno que otro animalejo que estabas estudiando. No se reconocían unos de otros. M. presentaba la charola al cliente y J. explicaba el procedimiento. Lissa llevaba otra bandeja con muestras de pelo que harían la función de pestañas. Tú, de pie detrás de ellas, sin hablar.

Aún recuerdas a la primera clienta, la que le abrió paso a lo que sería el futuro de tu hermana. Era una vieja con la cara repleta de maquillaje. Parecía una máscara. Ya en la habitación de la anciana, mientras Lissa le colocaba las pestañas, te dedicaste a husmear en los cajones. Un lápiz oscuro llamó tu atención. Habías visto varias fotos de Mick Jagger con los ojos pintados de negro y te pareció divertido imitarlo. Aplicaste también rímel en tus pestañas. Lissa te miraba de reojo, hipnotizada con tu *look* de estrella de *rock*.

Días después, supiste que la vieja murió.

Excepto los tres meses al año fuera de la ciudad, pasas los días entre el hospital, el consultorio y tu departamento. Las noches, otra cosa. No eres la clase de hombre que podría llamarse extrovertido. No eres amigo de la recepcionista o del portero del edificio. Tampoco conservas amistades de la escuela o universidad. Las pacientes serían, si acaso, las personas más cercanas.

Y Lissa.

Tu hermana vive dentro de las cuatro paredes de su mente, donde solo la música y tú pueden penetrar.

Refrescaste de más tu memoria. Solo necesitabas salpicarla, no un chapuzón.

En los últimos semestres de medicina pasabas la mitad del tiempo en la universidad y la otra en la sala de urgencias, en prácticas. Por lo general, los fines de semana era cuando el trabajo aumentaba, el número de accidentes era mucho mayor que entre semana. Fue una época en la que viviste aislado. Era extraño estar sin Lissa. Te visitaba frecuentemente para llevarte algo de comer o distraerte un rato. Le platicabas sobre los pacientes que recibías, sobre las medicinas y parecía encantada de saber esa información que le producía cierto morbo. W. estudió Medicina también, pero en otra universidad. Nunca comentó sus planes y te sorprendió cuando Lissa dio la noticia de que W. estudiaría medicina, como tú. La veías poco y las charlas se reducían a temas relacionados con las materias en común que llevaban. Estuvieron distantes todo el tiempo que pasaron cada uno estudiando por su lado. Dejaste de frecuentarla por completo cuando se fue a hacer una especialidad fuera del país. Nada supiste de ella. Años después, regresó con el título de psiquiatra y con un futuro bastante prometedor en la rama del psicoanálisis. Fue cuando los buscó de nuevo, a Lissa y a ti. Insistía en verlos juntos, ya fuera para un café, para comer o cenar. ¿Por qué no por separado?

—Cuando seas cirujano plástico, ¿vas a operarme? —preguntó W.

—No. No voy a aceptar a nadie cercano. Sería poco ético.

—¿Y eso qué tiene que ver con ética?

Lissa interrumpió:

—Haznos algo.

Inyectar propofol intravenoso. Fue fácil robar un frasco del cuarto de medicinas. El encanto de tus ojos siempre sirven de algo, y la enfermera a cargo fue una presa fácil.

Tratar el dolor agudo o crónico. Bloquear la sensibilidad. Brindar hipnosis. Sufrir de amnesia temporal. Relajar los músculos. Abolir reflejos. Provocar analgesia. Mismo experimento, diferentes personas.

—¿Aceptan el experimento?

Lissa y W. en calzones y brassier. Las dos tendidas juntas en el suelo de tu cuarto: al lado de la cabeza de una están los pies de la otra, y viceversa. Colocas en Lissa unos audífonos con *Berceuse* de Chopin. A W. le vendría bien algo de pop.

El ritmo cardíaco de ambas está en el índice normal de los cuerpos en reposo. Los pechos suben y bajan al mismo tiempo. De pronto, suspiran. Levantas los párpados de la primera, las pupilas se mueven rápidamente, mientras que los de la segunda apenas registran actividad. Una boca está seca y la otra saliva. Pones pausa a la

música y quitas los auriculares. Susurras a cada una las mismas palabras obscenas. Apenas tocas con los labios los lóbulos de los oídos. Sientes que tu aliento tibio vaporiza las palabras mientras viajan hasta el subconsciente. No hay reacción. Subes el tono de voz, suena agresivo. Imaginas que son tus esclavas. Quieres obligarlas a que te dejen entrar en sus pensamientos. El poder te excita. ¿Te escuchan? ¿Quedará un eco paseándose por los conductos auditivos? ¿Con qué palabras se queda cada quién? Lissa se quedará con las voces que la llaman, que a veces no entiende, que les da su propio significado. W., con las que la excitan, con las que significan algo más allá de lo que dice el diccionario.

Una comienza a temblar, levemente y por solo unos segundos. Quisieras tener el registro de la actividad de su cerebro, y saber qué parte es la que se estimula. Otra mueve apenas los dedos de las manos. Caminas con lentos pasos alrededor de la silueta que forman. Soplas en los pies, recorriendo la planta y entre cada uno de los dedos. Lames las rodillas. Notas que los vellos de ambas se erizan. Introduces el dedo índice en los ombligos, uno mucho más profundo que el otro. Una gime.

Para ti son minutos sagrados; para ellas, será como si hubieran cerrado los ojos por cinco segundos.

El tiempo está contado: 10, 9, 8, 7...

—Despierten, chicas.

Cuenta tu madre que naciste un mes antes de lo esperado. Que le doliste más que ninguno de sus hijos. Dos gritos y tu primer llanto sonaron al mismo tiempo. Naciste flaco y largo, y a pesar de la sangre y el vérmix tenías los ojos bien abiertos. Cuentan que la enfermera, al ver tu mirada, se persignó.

Lissa dice que te lleva once meses, y desde niña siempre dice ser mucho mayor. Ella quería protegerte, pero eras tú quien la cuidaba, más que las otras hermanas. Dejabas que te manipulara como a un muñeco, y para ti eso era una postura cómoda. Desde ahí podías observarla, estar junto a ella como un marsupial adosado a su madre durante sus primeros días de vida.

Era común que Lissa pasara días en una especie de trance, ida, con largos periodos de silencio. Nadie lo notaba en casa más que tú. Intentabas conversar, jugar a algo con ella, pero apenas y te contestaba. Tus hermanas estarían haciendo tarea, tus padres dentro de una rutina que no permitía detenerse en detalles como este. Te sentabas junto a ella por las tardes y juntos hacían tarea, veían TV o simplemente «estaban». Vamos a estar, te decía en repetidas ocasiones. Y ese «estar» era sentarse juntos. Sentirse juntos.

De noche, mientras ella dormía, la abrazabas sin que ella se diera cuenta. Cerrabas los ojos, concentrado, y tratabas de hablarle mentalmente. Asegurabas que podía escucharte. Le decías que no tenía por qué preocuparse, que tú estabas junto a ella para cuidarla. Lo repetías miles de veces. Cuando su respiración era pausada y tranquila, sabías que en su inconsciente tus palabras habían dejado huella. Lissa, tan frágil y fuerte a la vez. Hay quienes dicen que tú eres el tímido de la familia, el que casi no habla. Pero no es así.

A pesar de que hoy en día la adivinas, jamás podrás descifrarla.

La imagen de aquella tarde en la que sufriste el accidente del brazo. Pero ahora sueñas que lo que está herido es solamente el dedo índice, del mismo lado. Alcanzas a ver el agujero por donde brota la sangre, a borbotones. Estás en el parque, solo. Miras el cielo, todo azul, sin una nube. Sí hay dolor, pero no sabes de dónde viene. Tu madre succiona la sangre con la boca. Chupa fuerte, como si fuera un bebé con un biberón. Sientes cómo sale a presión, como si quisiera dejarte seco. Al mismo tiempo, tu pene irguiéndose, creciendo rápido. Ya no distingues entre dolor o placer. Se vuelve lo mismo. Una erección termina con el último sorbo de sangre.

Despiertas.

¿Qué hay dentro de un cuerpo que, por el exterior, conoces a la perfección? Podrías cerrar los ojos y dibujar a Lissa. Conoces las medidas, las diferentes texturas, el colorido. Pero, ¿cómo están conformadas sus ideas? ¿Qué partes del cerebro tiene atrofiadas? ¿Cuándo siente, cómo es que reaccionan los químicos que la recorren?

Crees conocerla. Es solo una suposición. Sabes que cuando tiene frío las orejas se le ponen rojas. Cuando se truena los dedos es que tiene hambre. Si acaricia su pelo es

que va a decir algo que no quiere. Si mastica varios chicles a la vez, está pasando por alguna situación que no puede controlar. Si suspira profundo, no está escuchando.

Pero de pronto Lissa, la extensión de ti, se vuelve alguien ajeno.

—Quisiera estar dentro de ti, conocer lo que tú ni siquiera sabes que existe. Pensar lo que tú piensas. Sentir tu dolor. Pero para eso tendría que desmenuzarte. Probarte. Estar dentro de ti. Quitarte la piel.

—Desuéllame, Kin. Métete dentro de mí.

Quirófano. 7:15 am. Paciente: mujer de 38 años, 63 kilogramos, 1.67 cm.

Primera incisión: sobre la piel cubierta con yodo, marcada con plumón; quince centímetros, justo arriba del pubis rasurado, en la parte baja del abdomen, en sentido horizontal. Despegas la piel y la grasa. Quemas los vasos sanguíneos con tu maravilloso e impecable bobby. Ya la sangre mancha guantes y batas. Continúas cauterizando hacia arriba hasta llegar a la parte baja del esternón. Te agrada el olor a carne quemada. Despegas el ombligo hasta su base.

Diseción del colgajo abdominal: recortas la piel que se va a eliminar. La estiras, la jalas, repites el procedimiento hasta que no sobra. Retiras los restos, un corte grueso y cuadrangular. Reconstruyes la aponeurosis del abdomen, varias puntadas con hilo rojo. Es como si abrocharas un corsé interno. Con grapas quirúrgicas enfrentas los bordes para ver el efecto de manera provisional. Eliminas algo de piel en los extremos. Marcas la nueva posición del ombligo, sacándolo y suturándolo. Un abdomen plano y restirado.

Te tallas los ojos. No parpadeaste casi.

La volverás a ver en privado, ya recuperada, dentro de dos meses.

10:12 pm

Seguro me perderé de nuevo pero si me buscas bien sabrás que aún sigo siendo yo. Me buscaré dentro de ti, fuera de ti, cerca de ti, lejos de ti. Pero siempre esperando encontrarte de nuevo.

No le avisas cuándo te vas. Si ella supiera a dónde, te alcanzaría, con su música y maletas, sin tocar la puerta, sin pedir permiso. Te daría un abrazo de bienvenida a pesar de ser tú quien la recibe. Tendría la seguridad de que la estabas esperando, que los meses de tu ausencia la incluían a ella, con todo y viáticos. El iPod bajo su control durante todo ese tiempo.

Al derecho los espejos que tú volteaste hacia la pared, para aplicarse rímel.

La cama ordenada.

Fotografías por todos lados y en lugares extraños.

Ventanas abiertas.

Libros deshojados.

Lissa y su desorden.

Cuando entraste en el tema de los cuerpos humanos, le pediste de favor que te dejara observarla detenidamente. Aceptó. Acordaron no desnudarse por completo.

—Hagamos como si fuéramos espejos. Como si yo fuera tu reflejo, tu copia.

—Voy a seguirte, a donde tú mires, yo miro —te propuso.

—Pero no se vale ver por mucho tiempo a los ojos, ¿sale?

Comienzas de abajo hacia arriba. Tú fuiste quien hace mucho notó que su pie derecho es un poco más grande que el izquierdo. Lo habías notado a simple vista. Tiene pecas hasta en las piernas. Las rodillas, que tú también odias, sobresalen como dos grandes manzanas. Muslos delgados, un tanto flácidos. A través de la ropa interior puede transparentarse un escaso vello rojizo; no esperabas que fuera de otro

color. Sientes cómo ella te está analizando también. Respiras profundo y tomas el control. Subes la vista. Notas que está sumiendo la panza. Cómo si pudiera engañarte. Tienes la foto de su ombligo en los archivos del consultorio. Es perfecto. Es el patrón que sigues en la abdominoplastía; es la imagen que le enseñas a las pacientes para mostrarles cómo les dejarás el suyo. No tiene cintura, podrías tener más tú que ella. Las curvas están en el pecho. Talla, consistencia y gravedad aceptables. Nunca habías visto unos pezones de ese color, rojo-rosado intenso. Los brazos son largos y terminan en unas manos finas, con las uñas cortas; delatan su trabajo minucioso. La yugular palpita, 168 latidos en el minuto que cuentas.

El color blanco de su piel, el mismo que el tuyo. ¿Cómo sería su cuerpo sin pecas? ¿El tuyo sin tatuajes? Hay cosas que son imposibles de imaginar.

La nariz un poco chata, aunque ella diga que es mediana, común y corriente. La piel de su cara es de las más tersas que conoces. Las mejillas se quedaron redondas desde los quince, lo que hace contraste con esa barbilla en forma de triángulo que siempre te ha causado gracia: parece una muñeca antigua. El pelo suelto, echado para atrás, le llega debajo de los hombros. Evitas los ojos.

—¿Qué viste? —le preguntaste.

—Nos vi.

Llegas a tu departamento, agotado después de dos cirugías. Un baño, y el cansancio se va por la coladera. Sacudes el resto de agua y te quedas desnudo.

En la cocina, sacas una bolsa de chocolates y tu Protos. Te tiras en la cama.

Media hora de sueño por más de una hora de pesadilla. El tiempo cronológico y el de cuando duermes se empalman.

Desde siempre has dormido mal y tienes pesadillas. Tiene que ver con las noches, cuando anochece y no se ve claro. A esas horas, lo intangible, lo que no se ve, el subconsciente, sale a pasear. Si se pudiera, trabajarías de noche para descansar de día. Pero dicen que hay que unirse al enemigo: has vuelto tu aliada a la oscuridad. A partir de que se mete el sol piensas, lees y sueñas despierto. Deambulas por tu casa. Sales a respirar la noche. Escribes. Ese es tu descanso.

De niño, te despertabas sobresaltado y, al instante, Lissa aparecía junto a ti. Te pedía que le narraras lo soñado y luego ella te platicaba lo propio. Algo tenían que ver ambas historias. ¿Adivinaba? ¿Ósmosis de sueños?

Una bruja de Salem te persigue.	Un hada de los sueños te alcanza.
El sol quema en el desierto.	Luna llena y viento fresco en el bosque.
Un dragón avienta fuego y chispas por el hocico.	Un unicornio galopa y deja tras de sí destellos luminosos.
Alguien quiere golpearte por detrás, con un mazo.	Él te abraza por delante, desnudo.

Te ahogas en el mar, tu boca sabe a sal. Tienes sed.

Flotas en un lago, das un trago y sabe dulce. Tienes hambre.

Los gemelos que comparten el vientre logran una forma de comunicación especial, telepática. ¿Sucede con el resto de las personas? ¿Con los hermanos?

A veces piensas que tú y ella se engendraron en la misma placenta, que crecieron juntos, compartieron sangre y oxígeno. Tal vez Lissa era el producto dominante y, durante la gestación, absorbió todo el alimento y de milagro sobreviviste. ¿O tú la devoraste a ella? Si hubieran estado juntos desde que son semilla, ¿quién habría salido primero del vientre?

Te gusta y divierte contarle estas historias fantásticas a Lissa.

—¿Sabes? Tú y yo éramos siameses, estábamos pegados de la frente; el cerebro y los pensamientos eran los mismos. Desde la barriga de mamá nos hablábamos por medio de impulsos mentales, inventando el idioma que luego practicamos juntos. Al nacer, salieron tus piernas primero, luego las cabezas unidas, y al final mi cuerpo. Un doctor nos cortó en dos, cuidadosamente, para que nuestra identidad quedara dividida, para que no hubiera rastros de lo que originalmente éramos. Ni siquiera la cicatriz se nota, ¿te fijas? Créelo, Lissa, tal como Siegmundo y Sieglinde. Platón tenía razón, a los humanos nos dividieron en dos. Y tú y yo estamos cumpliendo la condena de buscarnos.

Con Lissa, la comunicación siempre ha sido de una forma distinta. No hablan mucho, pero ambos saben lo que ocurre. Los recuerdos que tienes de la infancia no son risas ni carcajadas, sino miradas y complicidades. El lenguaje normal les quedó corto y parte de las tardes que pasaban solos, las dedicaron a crear un idioma exclusivo entre ustedes, que nadie más conociera. Inventaron una fórmula para comunicarse en secreto. No fue fácil, pero con la práctica y la memoria se volvió una segunda lengua.

Fórmula secreta para la criptolengua:

La letra con la que acaba la palabra original corresponde a un número. Si es la A, es el número uno, si es la B, el número dos, si es la C, el número tres y así sucesivamente.

La primera letra de dicho número será la última letra de la nueva palabra. Si es dos, la palabra creada terminará con D.

A tal número se le sumarán siempre dos dígitos. Y la letra que está aproximadamente a la mitad de dicho número será la primera letra de la nueva palabra. Cuatro=A/T. La segunda será la de en medio, pero de la original.

No habrá artículos que determinen si la palabra es femenina o masculina. Es un lenguaje hermafrodita.

La tercera letra corresponde a la primera de la palabra original y la cuarta, a la última.

La quinta letra siempre es la misma de la palabra original.

Si la palabra es de más de cinco letras, se tomarán la primera, la media y la última de la original y serán las que prosiguen. Si se encuentra dificultad al pronunciarla, introducir siempre las letras Z o L, según suene mejor. Si se requiere de una vocal para pronunciarla mejor, insertarla al azar.

Si es necesario, se pueden añadir letras, siempre y cuando la palabra tenga estética.

Como las reglas eran tan difíciles de aplicar, por lo general las reinventaban sobre la marcha. El milagro era que siempre se entendían. Comprendían más ese lenguaje que el materno. Las palabras no tenían significados «dados» o aprendidos. Cada objeto o verbo era recreado por ustedes. Palabra, imagen y significado eran lo mismo. Todo tenía una correspondencia clara. Y con la facilidad de que se escribe como se escucha.

Códigos entre ambos. Similitudes. Complicidad. Es lo que buscaban y fue lo que encontraron.

Se creían una raza distinta, muy distinta del resto de la familia. El sistema lingüístico artificial los mantuvo aparte.

12:38 am

Lahnd dejnfuev iften Basic poklemf duqtie. Itnastaf, if lievsen walnt dejch izsamn. Detch leftim alvenr, kelwone lendsu petnsimna uklemf. Wahct lemdeak pwuilfne. If wighutid diechgn feltindbm. Wahs ist beingre. Kleinhfe phest luew uqlem. Ist neihm, Lissa. Ist leibdin.

Kin.

Viste el anuncio pegado en los pasillos de la Facultad, que ofrecía un intercambio con una universidad en Londres, especializada en medicina. Realizaste la solicitud y fuiste seleccionado. Lo anunciaste a la familia. Lissa fue la última en enterarse.

Te fuiste un semestre.

En esa época dormías cuatro horas al día, cuando mucho. Por las mañanas, encerrado en un salón de clase estudiando y analizando casos con otros estudiantes. Por las tardes, prácticas en la clínica de la universidad. El departamento que te asignaron quedaba a unas cinco cuadras. Salías siempre de noche, agotado de tanto estudio y concentración. Caminabas por aquellas neblinosas calles, donde casi no había ruido. Sentías siempre que alguien iba detrás de ti, pero todas las veces que volteabas, no había nadie más que tu sombra, a la que tu imaginación comenzaba a darle formas tenebrosas. Te recordaba al pasillo de la casa cuando eras niño. Lissa y tú caminaban de la mano por ese eterno y oscuro recorrido que iba desde su cuarto hasta la cocina. Podían jurar que escuchaban los pasos de alguien detrás de ustedes. Ninguno de los dos volteó jamás. Fueron varias las veces que tus papás los encontraron, ya al día siguiente, dormidos en el piso de la cocina. No se atrevían a volver.

¿Por qué tuvo que regresar esta imagen? Hasta hoy, jamás la habías vuelto a

recordar. Te desespera caminar y sentir que eso te sigue, como si en treinta y tantos años no te hubiera olvidado. ¿Y dónde está Lissa? Está lejos y no puedes darle la mano. No puede cobijarte y dormirse junto a ti hasta el día siguiente.

Piensas en Lissa, la extrañas, y por otro lado, es mejor tenerla lejos para que te permita respirar. A W. hace tiempo que no la ves. No la echas de menos, la echas de más.

Una noche, un grupo de jóvenes, tres mujeres y dos hombres, pasaron junto a ti. Una de ellas, vestida con un atuendo extravagante, de tez morena y ojos verdes, te dio plática. Tu inglés es bueno, hoy se lo agradeces a tu madre. Caminaron un par de cuadras, les contaste lo que estabas haciendo ahí y estaban fascinados con que fueras estudiante de medicina. Ibas vestido de negro y tu rostro estaba tan pálido como el de ellos. La morena te tomó de la mano y llegaron a la puerta donde, instantáneamente, quitaron las cadenas para dejarlos entrar.

El # 69 de *Dean Street. The Batcave.*

Ecos. Voces andróginas y barítonas. Conocías a la banda que tocaba en vivo en el legendario lugar: *Bauhaus* con Bela Lugosi's Dead era inconfundible. Dentro, algunos bailaban, otros se besaban, casi nadie hablaba. Estaban absortos por la música y el ambiente. Una película en una enorme pantalla llamó tu atención; estabas seguro de que era *Les yeux sans visage*. No sabes cuánto tiempo pasaste mirándola. Apenas se asomó el sol y el mismo grupo de amigos te invitaron a la casa donde vivían los cinco. Paredes negras. Pocos muebles. Velas.

Bienvenido al epicentro del *dark rock*.

De día, la blancura de la bata; de noche, el cuero y la gabardina negras. La luz blanca de un quirófano, el ámbar de las velas. El silencio del salón de clase, el bajo que sobresale en la canción. Despierto de noche, ojos abiertos de día. Tocar mujeres vivas en la oscuridad, estudiar cadáveres bajo el chorro luminoso de una lámpara. La levedad de lo blanco, la pesadez de lo negro.

Sé que hay ojos arrasados por la cruel melancolía Que no guardan escondido ningún precioso secreto, Bellos estuches sin joyas, medallones sin reliquias Más vacíos y más lejanos, ¡oh cielos!, que esos dos tuyos.

Baudelaire y los poetas malditos, lecturas y reportes médicos.

Lissa. Lissa.

Está de viaje con W. No responde las cartas que le envías semanalmente. No llama por teléfono y cuando tú hablas, cada domingo, nunca está. A veces te parece verla de lejos, caminando en las calles encharcadas del centro de Londres. Pero, como en las películas, si te acercaras y le tomaras el hombro, voltearía alguien totalmente desconocido. Tendrías que disculparte. Las grandes ciudades son el mejor escondite para alguien que quiere pasar desapercibido.

Sin Lissa te sientes ligero. Te atrae como un imán a distancia pero quieres controlarlo.

Lissa, contesta. Escribe.

Pero no vengas.

Abres los ojos después de dormir profundamente. No recuerdas el sueño. Ahí está Lissa. Te mira con unos ojos que parecen negros por el tamaño de las pupilas. Apenas se ve el color café, y brilla como si fuera el halo de la luna en eclipse. Sonríe con una

expresión fría y sin sentimiento. Está acostada junto a ti. Te susurra al oído: *Dracw isfeneiv iacitrolenz alvenkrom isft.*

No deja de mirarte. Sientes su mano fría que roza tus brazos, tu pecho. Podrías jurar que detiene tu corazón por segundos. No parpadeas y tienes los ojos secos. Necesitas cerrarlos, pero sabes que si lo haces, volverás al sueño.

Blake decía que *Cierta vez un sueño tejió una sombra / sobre mi cama que un ángel protegía: era una hormiga que se había perdido /por la hierba donde yo creía que estaba. / Confundida, perpleja y desesperada, / oscura cercada por tinieblas, exhausta, / tropezaba entre la extendida maraña, / toda desconsolada...*

El sueño con pastillas no es el mismo.

Lissa exige que le escribas. Toleraba que huyeras por tres meses pero no que la dejaras sin saber algo de ti. Se te ha vuelto una costumbre que le envíes notas. No hablan sobre lo que haces, pero sí de ti. Quisieras dejar de escribirle, pero ya es tarde para volver atrás. Es tu ejercicio de introspección. Es recordar lo que son. Ella es la única que escucha lo que hay en lo más profundo de ti y te hace bien. No comenta los textos ni trata de leer entre líneas. Lo agradeces; tienes pacientes que analizan hasta tu tipo de letra en las recetas que les das.

Gracias, Lissa, por solamente leer.

Tu hermana dice que gemelos no son, pues no se parecen casi. No pueden encontrar algo significativo que tengan en común. Esto los angustiaba cuando eran jóvenes. Lissa odiaba parecerse más a J. que a ti y no soportaba que tuvieras rasgos similares a M.

Cuando comenzaste la especialidad en cirugía plástica, te hizo prometerle que le harías alguna operación, la que fuera. Primero pidió que le quitaras una peca que, según ella, era un lunar maligno y crecía constantemente. La revisó un colega dermatólogo y diagnosticó lo contrario. Luego dijo que no podía respirar en las noches y que sufría de sinusitis, por lo que el tabique de su nariz requería una intervención. También se obsesionó con el tamaño de sus senos, los quería más grandes. Le dijiste que su talla era perfecta. Se la creyó.

Nunca vas a intervenirla.

Quiere parecerse a ti. Quiere ser tu versión en femenino.

¿Por qué tener muñecos de peluche cuando puedes tener los cuerpos reales de animales? Le pusiste veneno a un gato callejero que rondaba por tu casa. Durante toda la noche se escuchó el maullido que podía confundirse con el celo del minino. Murió al día siguiente. Lo recogiste del bote de basura y fue tu primer acercamiento con la taxidermia. Removiste los órganos internos, que quedaron dentro de una bolsa que el camión de la basura se llevó al día siguiente. Extraer la sangre fue más complicado, pero lograste que toda se fuera por el lavabo sin dejar manchas. Por dentro, lo rellenaste de cal.

Te pareció una buena idea ponerlo en el juguetero del cuarto de tus hermanas, al lado las muñecas sin ojos de Lissa y varios perros, osos y tigres de poliéster esponjado. Tardaron un par de días en darse cuenta del nuevo inquilino. El proceso de disecar al animal no te salió del todo bien y comenzó a oler a muerto, lo debiste de haber sumergido en formol.

Así se dieron cuenta. Luego de rebuscar entre la habitación, notaron que ese gato no era de juguete. Los ojos se habían ponchado y arrugado, la lengua estaba de fuera, negra, seca y gruesa, el pelambre como púas. M. y J. dieron un grito que se escuchó hasta la cocina. Tu mamá subió corriendo y las miró aterradas. Lissa sabía que habías sido tú y se rió de la situación. Tu madre no entendía cómo el animal había aparecido ahí. Tuviste que confesarle. Estaba desconsolada: no eran las travesuras que esperaba de un niño a esa edad. Luego el bombardeo de preguntas sin respuesta: ¿Cómo lo habías ingeniado? ¿Era magia negra o vudú? ¿Quién te lo enseñó?

Cómo explicarle. Cómo hablar de tantas cosas.

La morgue y el frío ambiental.

Cuerpos etiquetados, listos para abrirse y ver una historia por dentro.

Pieles como plástico, con la sangre aún corriendo. Ojos cerrados a la fuerza, oídos que tal vez quieran escuchar.

Y tú, como en la sala de tu casa.

—¿Existe el término «*necrovoyeurista*»?

—Si miraras lo que yo...

—Enséñame. Ponme tus ojos.

Tu cuarto lo llenaste de animales disecados. En el garaje ya no cabía el automóvil. Colocaste una mesa larga sobre la que descansaban utensilios para cirugías, uñas de gato, plumas de cuervo, colmillos de diferentes mamíferos y una que otra muestra de moldes de restos humanos. Para tu madre era insoportable. O te deshaces de tus experimentos o te vas con ellos, te advirtió un día.

Lissa escuchó esto desde otra habitación y sabes que lloró. Vivir contigo, tenerte cerca, era de película, decía.

Cargar al cadáver no fue problema. La dificultad estaba en que no lo descubrieran. Lo

llevaste al garaje de tu casa.

—Rímel. Gasas y algodón. Bisturí.

Siguió cada procedimiento, atenta, como si te dirigiera con la mente. Te ayudaba como una asistente profesional.

Fue un trabajo bien hecho, casi limpio. Ambos miraron el cuerpo femenino que, a propósito, colocaste acostado del lado derecho. ¿Cuánto tiempo habrán pasado frente a la obra de arte? Bella escultura de material humano.

A veces Lissa y tú platican sobre quién va a morir primero. Va a suceder al mismo tiempo, te dice. Pero, si muere antes que tú, podrías embalsamarla y quedarte con ella. ¿Dónde la colocarías? ¿Sentada en el suelo? ¿Sobre tu cama?

Vuelves la vista a la mujer inerte. Lissa te interrumpe:

—¿Puedo quedarme con las pestañas?

Lissa y su profesión. Claramente tendría que ver con la estética, pero no está hecha de lo mismo que tú como para estudiar medicina. Su futuro siempre fue un tema. Tu padre solía preguntarles qué es lo que serían de grandes. J. y M. cambiaban de respuesta como de peinado. Cuando comenzaron los experimentos con animales, dejaron de preguntarte; eran claras tus fijaciones. Lissa nunca contestaba. Lo único que hizo «profesionalmente» fueron cursos de maquillaje. Era buena y en la familia lo reconocían, tanto que en la boda de J. fue quien maquilló a todas las damas, incluyendo a la novia. No sabes cómo sobrevive poniendo pestañas postizas. ¿Hay alguien más en el mundo que se dedique solamente a tal oficio?

La cirugía plástica deja para comprar un penthouse lujoso y para más. Es un lugar amplio, con mucha luz y parte del norte de la ciudad se ve desde ahí. No quisiste invertir mucho en muebles: un colchón y un librero de madera blanca. En el centro está un cuervo que encontraste, muerto, en el jardín de casa de tus papás. Está disecado, sobre una base con una placa con la frase:

Nevermore

Tus diarios, que comenzaste a escribir desde que entraste a la universidad, ocupan todo un estante. Por cada año, un cuaderno empastado, escrito a mano. Aquí pueden estar a la vista, a tu alcance. Puedes recurrir a ellos cuando quieras, sin tener que sacarlos de un escondite, como hacías antes. La persona que contrataste para la limpieza tiene estrictamente prohibido tocar este mueble. Deberías colocar veneno en cada objeto y en cada página, como en los folios malditos del monasterio de Melk.

Los libros funcionan como un muro extra, rodean todo el departamento. Te protegen con las frases que memorizas.

Al lado del colchón, están los favoritos. Con solo estirar la mano los alcanzas. Tienes separadas tus escenas predilectas, que devoras cuando las noches se alargan.

El resplandor y la escena del laberinto de arbustos. A veces imaginas los enmarañados caminos y lo dibujas. Nunca encuentras la salida.

Kostova, con *El rapto del cisne*. Lissa se robó la portada.

Poe. *Berenice* es, sin duda, tu relato favorito.

A Nietzsche siempre le encuentras una nueva interpretación. Puede volver loco a cualquiera. «Aun el hombre más razonable tiene necesidad de volver a la Naturaleza, es decir, a su relación fundamental ilógica con todas las cosas».

El libreto de Koi Kaze, con las líneas resaltadas con marcador fluorescente. Siempre has querido escribir algo que tenga que ver con la «dictadura» de la genética.

Edgard Gorey, dos tomos de historias ilustradas. Quisieras dibujar como él.

«Existe entre nosotros algo mejor que un amor: una complicidad». La frase de Yourcenar que a diario recuerdas.

Faulkner mientras agoniza.

En la pared, Munch, *The Kiss IV*.

Yo soy Yo

Tú eres Tú.

Yo no estoy en este mundo para cumplir tus expectativas

Tú no estás en este mundo para cumplir las mías.

Tú eres Tú

Yo soy Yo.

Si en algún momento o en algún punto nos encontramos

Será maravilloso

Si no, no puede remediarse.

Falto de amor a Mí mismo

Cuando en el intento de complacerte me traiciono.

Falto de amor a Ti

Cuando intento que seas como yo quiero

En vez de aceptarte como realmente eres.

Tú eres Tú y Yo soy Yo.

Fritz Perls

En el *clóset*, bien escondida, hay una caja grande, de madera, donde colocaste los objetos que podrían por sí mismos contar quién eres. Un llavero del hilo que sobró en tu primera cirugía. Un origami en forma de ave que te regaló W. a tus quince años. Un puñado de tierra en una bolsa de plástico. Una minimuñeca hentai, regalo de una paciente. Una foto de tu cicatriz en el brazo izquierdo, una navaja. Un marco antiguo que compraste en un mercado en Londres; algún día colocarás el retrato de alguien. Tus llaves.

Sus ojos rasgados tienen un solo párpado, es decir, carecen del superior. La piel del área a tratar es más gruesa y tiene depósitos de grasa. Agregarás el pliegue superior a ambos ojos para que estos tengan un aspecto más grande y redondo.

La blefaroplastia empezó a las siete de la mañana y terminó tres horas después. Se utilizó combinación de anestesia local y sedante. La incisión se hizo con láser de CO₂, cauterizando los vasos sanguíneos mientras se realizaba el corte. Extrajiste pequeñas porciones de exceso de piel y tejido subcutáneo, así como una reducida cantidad de grasa. Se suturó el corte.

El resultado fue positivo. Tras las primeras setenta y dos horas, el pliegue nuevo se ubicó un poco más arriba de lo esperado. A los siguientes dos meses se acomodó en el lugar que habías previsto. Ese fue el aspecto definitivo. La paciente de origen asiático quedó satisfecha con su nueva imagen.

El almacén que rentas, a las afueras de la ciudad, lo convertiste en tu museo personal. Es un rectángulo, en el que solamente hay repisas en las paredes y una mesa larga al centro. Te recuerda al garaje de casa de tus padres. Poca luz. Sin ventanas.

Le tapas los ojos con una venda quirúrgica. Salen ya tarde del consultorio y le pides que incline el asiento del coche. Cuarenta minutos de camino, sin tráfico. Una vez adentro, puede mirar. Se pasea ante los estantes, las jaulas de aves y mira cuidadosamente. Su rostro revela curiosidad y morbo. Acaricia a un pájaro muerto, le platica a una ardilla, toca la piel estirada de una iguana. Aquí se parece al museo de *madame Tussauds*. ¿También eres veterinario? ¿Y ese tatuaje qué significa?, pregunta. No contestas. Es increíble la ingenuidad de la rubia que hace un mes estrenó talla 36 C. No siente el más mínimo temor. ¿Lissa lo soportaría?

Quisieras fotografiar la escena: desnuda sobre la mesa del centro, como dispuesta para ser embalsamada.

Le aplicas rímel en las pestañas. Vuelves a vendarle los ojos.

Sacas una paloma de su jaula. Con un bisturí le cortas la garganta. Derramas la sangre tibia sobre todo el cuerpo. Expandes el líquido con las manos, como si estuvieras moldeando una figura de barro. No hay mayor excitación que verla bañada en rojo y sentir su tibieza. Con el pico del animal dibujas líneas, círculos, curvas. En el abdomen, con tu dedo, escribes una letra.

Recortas un mechón de su cabello, tan fino y claro. Su lugar será la vitrina escondida al fondo.

La observas. La hueles. Inhalas.

Entras en ella, manchándote de la mezcla acuosa. Ambos cuerpos resbalan con el movimiento. Ella tiembla, gime, y un grito de placer se convierte en un alarido cuando, al liberarla de la venda, mira su cuerpo cubierto de sangre. En el trayecto de regreso, no habla.

En su balanza está, de un lado, el mayor goce de su vida y un busto hermoso y reconstruido. En el otro, la perversión.

—Doctor, llegó sin cita la señora T.

—Que me espere, por favor.

Siempre regresan, piensas. Pero nunca les ofreces una segunda visita al almacén.

Sabes que es Lissa. ¿Quién más? Nadie, excepto ella, conoce dónde vives. Sigue timbrando. Después de algunos minutos, golpea la puerta. Llevas la maleta a la cocina. Le abres la puerta. Asoma la cabeza como buscando algo en el departamento. La notas asustada. Se observan. ¿Quién aguanta más la mirada fija? Tienes la ventaja de no parpadear. Se da la media vuelta, cierra la puerta y se va.

¿Qué fue eso? Uno de los tantos episodios sin explicación con Lissa.

Nuevamente llega sin avisar, pero esta vez con maletas. ¿Cómo decirle que no? Prometió que sería un mes, nada más. Sabes que en tu ausencia revisará tus cosas, el librero, hojeará los diarios. Lea lo que lea, jamás se atreverá a comentarlo contigo.

A veces le temes. Por razones inexplicables, quieres escapar de ella. Durante esos treinta días casi no estuviste en casa. Del consultorio, al hospital, al almacén. Llegabas tarde y Lissa estaba ya dormida. La mirabas recostada en tu cama, respirando profundo. En paz, como cuando era niña. Besos en la cara, susurros al oído y nada de esto la sacaba del sueño profundo. Entre semana llegabas pasada la media noche, tomabas un baño y, antes de que amaneciera, huías, irónicamente, de tu propio hogar. Sentías remordimiento y los sábados cedías. ¿Qué son veinticuatro horas? Y, no puedes negarlo, las disfrutabas más que nada. Te cocinaba, se sentaban a la mesa y la charla fluía como el vino que tomaban. Otras veces salían a buscar escondites en la ciudad.

La sientes cerca.

Reconocen.

Recuerdan.

Redescubren.

Lissa sabe que ayunas el último día de la semana. No sales, no te vistes. Hubieras preferido permanecer solo. Pero en esos cuatro domingos ofreció leerte en voz alta. Tú solo querías descansar y su voz era un murmullo constante, por lo que fingías dormir. Hubieras querido unos tapones de oídos invisibles.

No, no me quieres, responde ella, sacudiendo la cabeza y sonriendo. Pero me alegro de que lo creas. Estás chiflado, Adam, y cada vez que te veo, estás más tocado que la última vez. Dentro de poco, estarás tan loco como yo.

Cumplido el plazo, encontró un lugar para vivir y se fue. Sin duda hallarás objetos, claves o señuelos que dejó en tu casa para que a fuerzas la recuerdes y la pienses en su ausencia. Típico de Lissa.

Se mudó a exactamente dos cuadras, en un departamento adjunto a la casa de unos clientes suyos. La distancia entre ustedes se puede medir en kilómetros o en letras. Tú la visitas, le dejas postales en la ventana que da hacia la calle o en el buzón. Pero jamás recibirá una invitación de parte tuya. No la quieres en tu espacio físico. Con el mental basta.

Un librero frente a un tocador. En medio, tu hermana. De un lado lo que piensa, del otro lo que siente. Ha recopilado libros, solamente los que tienen significado especial para ella, mientras que en el tocador hay un sinfín de objetos de belleza. ¿Releerá los libros? ¿Utilizará todo el maquillaje, labiales y polvos?

Le regalaste un sillón morado que sobraba en tu consultorio. Es un lugar pequeño

y hay pocos muebles, como en tu casa. Hay dos o tres fotos que atesora. Son como su amuleto. Supiste que quemó unos álbumes azules en los que estaba documentada toda su vida a través de fotografías. Todas las imágenes familiares las había pegado en dichos álbumes. Solamente dejó una, en un portarretratos en casa de tus padres. Desconoces por qué cometió ese crimen a la memoria gráfica; fue un asesinato de recuerdos.

Habrás leído a Susan Sontag. Las imágenes realizadas por la cámara son la entrada principal a realidades de las que no tenemos vivencia directa. En ellas puede haber verdades ocultas, que tú no quieres que se manifiesten.

Desearías volver cenizas las fotos tuyas que tiene Lissa.

No quieres que te recuerden. No deseas volverte mortal.

Reconoce el nuevo espacio, camina desnuda, en círculos, por todo el lugar. Lo está habitando con su silencio, con su olor. Se ve frágil en el territorio blanco, como si levitara.

Entras y la miras dormir. Te acercas a ella y soplas por todo su cuerpo. Los brazos, las piernas, con piel de gallina al sentir tu aliento.

Caminas por su departamento. Lo único que se escucha es tu respiración y la de ella. Tú inhalas, Lissa exhala, nunca al mismo tiempo, aunque quisieras: su respiración es más lenta que la tuya.

Entras al baño. Ahí están unas velas que le regalaste por si un día se iba la luz. Ya las ha usado porque todas están prendidas.

Despierta. Hoy no habla mucho. Masca el usual chicle de hierbabuena y solamente te mira. Sabes que dentro de su cabeza hay todo un repertorio de canciones, que parece elegir cada día. Tal vez por eso es distraída y parece no escuchar cuando alguien le habla. ¿Dónde estará su control remoto? ¿Existe un botón para ponerle pausa?

Pausa

Y luego stop.

Lissa siempre está sola, excepto cuando ve a sus clientes o a ti. Casi no visita a nadie de la familia. Le irrita ver a tu mamá sentada frente a la televisión. Las pocas veces que vas a saludarla, no la apaga ni pone atención a lo poco que le cuentas. No deja que hables, le ha dado por hacerlo en inglés y contarte su historia un sinnúmero de veces, como si fuera una telenovela. ¿Acaso, además de vivir atrapada en las historietas, también se ha trasladado al pasado? Su memoria remota es la que parece no funcionar.

Tu madre te platica que nació en un condado, clásico de Estados Unidos. Por lo que dice, la imaginas de joven y rubia como Marylin, atrapada en la música y en el

cine de la época. Vivía como si fuera varios personajes a la vez. Cuando te cuenta su historia, vienen a tu mente escenas y la ves ahí: las niñas de la familia Engels corriendo en un prado, una pijamada en *Grease*, donde beben alcohol y mascan chicle, los besos apasionados en un *autocinema*, el amor desenfrenado en *West Side Story*. No estaría mal pasarla pensando que eres un personaje de película.

Era una porrista con un novio jugador de fútbol americano. De haberse casado con él, su futuro sería todo menos un *American Dream*.

Huyó del destino mediocre al que estaría condenada en un mundo de celuloide. Sin embargo, años después, está sometida a la hipnosis de las telenovelas latinoamericanas. Irónico.

Tu padre la mira hablar, con cariño y distancia, como si entendiera poco el inglés.

Acapulco: la casa de Howard Hughes y la «zona dorada» comenzaban a volverse el principal centro turístico. Es ahí donde se enamoraron la gringa estudiante de español y el abogado defensor de los indígenas.

Hoy está ella frente a la televisión. Él pasa el día en la universidad, entre los salones y su pequeño cubículo, encerrado entre sueños y leyes imposibles. Juras que será de esos profesores que un día, incluso antes de morir, seguirán impartiendo clase.

¿Qué hubiera pasado si...?

Tu mamá con el futbolista. Tu papá con una abogada experta en el mismo tema. ¿Tú sin Lissa?

Universos paralelos. Destinos alternativos. Diferentes dimensiones. El otro lado del espejo.

Encuentras un chicle de hierbabuena en el bolsillo del pantalón. Quiere que la recuerdes a fuerzas. Estás condenado a que cada vez que veas uno, pienses en Lissa. ¿Qué culpa tienen los chicles de estar, por siempre, ligados a ella? Es como un matrimonio arreglado, tú no lo decidiste. Todos los seres humanos hemos de tener algo que nos sea intrínseco. Lissa y una goma de mascar verde. Mamá y las telenovelas. Papá y los aztecas. J. y el supermercado. M. y una cámara fotográfica. ¿Y W.?

Separar el objeto que te recuerda a la persona es una orden que el cerebro no obedece. Lo has intentado.

Abres la cortina y te asomas por la ventana. Afuera está soleado. Vas al baño, iluminado solamente por velas. Mojas tu cara para despertar. Sabes que hay un reflejo tuyo en las llaves de agua. No quieres mirar. Los ojos parecen tener movimiento propio; quieren voltear a verte. Tapas tu cara con las manos, pero pareciera que alguien las toma con fuerza, las lleva a tu espalda y las sostiene ahí. Giras hacia un lado la cabeza, hacia el otro. Atrás de ti, otro reflejo. Cierras los párpados, pero se abren solos, no tienes poder sobre ellos ni sobre otra parte del cuerpo. Te rindes: el infinito, la incansable repetición de ti. La desconocida y temible vida detrás del espejo.

Respiras el aire. La luna te alumbra. El viento te empuja levemente. Diriges la vista hacia donde vive Lissa. Son solo dos manzanas, pero plagadas de edificios que impiden que veas el suyo. Imaginas una pequeña ventana con la luz prendida. Una sombra que va y viene, inquieta.

Te observa, no sabes desde dónde. Diariamente, antes de la media noche, comienzas a sentirla. Y no es una cercanía agradable, porque te angustia. Es como si el techo estuviera lleno de ojos de Lissa para mirarte. Las paredes repletas de sus manos para estrangularte. Tu cama, con su olor para retenerte.

¿Desde qué momento una actividad se vuelve algo cotidiano? Debería de existir un conteo exacto. «Cuidado: si cierta acción se repite treinta y siete veces, está usted salvado. La trigésima octava repetición se vuelve hábito». ¿Y cuándo es costumbre? ¿Y para que sea vicio, hay que pasar de doscientos?

Es invierno. Puedes ver, en lo alto del cielo, a primeras horas de la noche, la constelación de los Gemelos. Un rectángulo, ligeramente curvado. O lo que en la antigüedad creyeron: gemelos abrazados. Se decía que uno era mortal y el otro inmortal.

Imaginas que Lissa te observa desde su edificio. ¿Por qué camina de un lado a otro? Tiene unos binoculares. ¿De dónde los sacaría? Mira hacia arriba, luego a la calle. De pronto, se detiene. Está nerviosa.

—¿Por qué no nacimos siendo Géminis?

M. insiste en tomar fotografías familiares. Lo ha hecho desde los últimos años para tratar de reponer las que fueron quemadas. Quiere retratar a cada uno y luego a todos juntos. No está conforme con la que tiene, la única, en casa de tus papás. Trata de reunirlos y jamás lo logra. Alguien falta, se acabó la pila de la cámara o no hay suficiente luz. Tú seguirás huyendo antes de que oprima el botón. No ha preguntado aún, pero evitarás explicarle por qué no quieres salir en sus fotos. Además, si te saca unas a ti solo, seguramente Lissa pedirá copias o las hurtará. *Enough is enough.*

¿Qué hace cuando ve tus imágenes? Tiene varias en distintos sitios de su casa. Lo hace para no sentirse sola, tal vez. ¿Te platicará?

Lissa cree en la comunicación telepática. Cuando tenías unos quince años, estuvieron meses ensayando. Dividían un juego de naipes en dos y se encerraban en cuartos distintos. En silencio, cerraban los ojos para concentrarse. Uno tenía que elegir una carta y transmitirle por la mente el número, el color y la figura. El otro tenía que tener la mente abierta para recibir el mensaje. De treinta intentos, solamente tres fueron exitosos.

—Mejor te leo el Tarot. Adivinaré tu pasado, situación actual y el futuro —dijiste en broma.

—¿Quién va a morir primero?

—Tú.

—¿Y qué vas a hacer con mi cuerpo?

—¿Qué quieres que haga?

—Embalsamarme —dice ella.

Dicen que al morir algo de nuestro espíritu se queda vivo, con capacidad para seguir actuando en el mundo físico. Los cadáveres nunca acaban de morir. Clavar una estaca en el corazón. Sembrar matorrales de espinos alrededor de tu almacén. Atravesar el cráneo con un clavo forjado. Quemar los restos y aventar las cenizas al río. Sacar los ojos antes de enterrar.

La paciente llegó para que le quitaras varias cicatrices: una en el pómulo izquierdo, otra que le entristecía la sonrisa, desde la comisura del labio hasta la barbilla y otra bajaba por el cuello como una serpiente. Se llama ética profesional, en este caso médica, y por más que le explicaste el término, no te dijo la causa de las marcas. No lo confesó ni en el consultorio ni en la intimidad de su cama. Imaginaste un mil razones: ni la cicatrización, la forma ni la profundidad te daban una respuesta. Por varias semanas no dejaste de pensarlo. ¿Accidente? ¿Abuso? ¿Ella misma?

En su caso, podrías decir que la proporción de las cicatrices externas corresponde a los daños internos. Usa bufandas, sombreros y un exceso de maquillaje. Algunos de sus músculos faciales están paralizados.

La paciente llegó con marcas graves y profundas en el rostro, producto no solo de las lesiones y la cicatrización queloidea, sino que además era evidente que fue incorrectamente tratada. La piel que rodea el pómulo izquierdo es amplia. Cortas el tejido y realizas un cierre de la cicatriz encima de la herida. Fue necesario cambiar la dirección de la cicatriz para que se aproximara a las líneas que forman algunas arrugas. En la sección del labio y la barbilla, se procedió a poner un injerto de piel extraído del glúteo derecho. Solamente un área pequeña del cuello pudo atenderse; se requirió mover una aleta de piel para suministrar el tejido subyacente al área.

El resultado fue medianamente satisfactorio. Con la cirugía que realizaste, se minimizó el aspecto deformante de las cicatrices, pero no pudieron retirarse por completo.

Untas mirracio en todo el cuerpo. Te agrada el aroma del unguento: sal, alumbre, mirra, acíbar, ajeno, canela, cominos, clavos, parte del árbol sílice, pimienta, vinagre. En el centro de la mesa, dormiré profundamente por un par de horas. Vendados los ojos, como de costumbre. Le quitas fácilmente el vestido corto.

Acaricias el rostro. Pasas el dedo índice por las cejas, la nariz. Aplicas rímel en las pestañas. Las cicatrices se ven poco, pero se sienten bajo la piel de tus dedos, como gusanos escondidos dentro de la dermis.

Descubres una cicatriz en el abdomen. La recorres de un lado a otro, como si con tu tacto fueras a borrarla. ¿Qué más esconde esta mujer? Las uñas largas de la mano están pintadas de negro. Recortas una por una, cuidadosamente, procurando no lastimar la delgada piel de los dedos. Se van hacia el piso. En medio del silencio, podrías jurar que se escucha cuando cada uña cae. Las recoges y las llevas hacia la vitrina de los pequeños objetos. Descansan en un montoncito.

Vuelves a la cicatriz del abdomen. No es resultado de una cesárea, apendicitis o abdominoplastía. La acaricias. Bajas al pubis e introduces el dedo índice y medio por la vagina. El pulgar en el clítoris. Hacia adentro, afuera, en círculos. Toda ella sigue inmóvil. El único movimiento es el de tus dedos. Está mojada. La tocas cada vez más rápido. Sientes unas ligeras contracciones que oprimen tus dedos. Los sacas. Un líquido transparente emana de ella, cáliz de placer.

El aroma de la mezcla y la oscuridad la excitan en sueños. Finalmente despierta; no recuerda cómo llegó ahí. Está confundida, aunque satisfecha.

¿Por qué hablan tanto después de vestirse? Ya no te interesa su confesión. «Mira, esta cicatriz me la hice tal día, cuando estaba en *kjdjkhfuewespaciohgeuyuweyiueyiudweyidhahsfuiufkjvdfcñlaspdoepfibdnb...*». Ya no escuchas ni entiendes. Lissa es distinta. Habla más desnuda que vestida.

¿Cómo pararla? Tendrás que hacer algo al respecto.

—Doctor, el esposo de la paciente de su última cirugía ha estado llamando para preguntar por ella. Dice que el consultorio fue el último lugar que visitó.

—Aquí no vino.

Lissa no está en casa. Lleva tiempo viajando y no sabes nada de ella, ni una llamada, ni una carta. Primera vez que se separan. No te interesa saber dónde está ni qué hace. Pero, ¿piensa en ti? De alguna forma te sientes descansado. No tienes que rendir cuentas a nadie.

Entre los salones, las prácticas y *The Batcave* el tiempo se va volando. *Mephisto Walz* mientras estudias:

*Her mirrors know her whiteness for there
She rose in dreams from other dreams
From other dreams, from other dreams
Her softness as she stood crowned with soft hair
And with his bound heart and his young eyes bent
And blind he feels her presence like shed scent.*

Anatomía patológica, con el doctor Brown, siempre con una pipa apagada en la boca. Bioética, la odias. Cardiología, ¿dónde está el corazón? Citología, la más difícil. Epidemiología clínica, ¿qué demonios es esto? Farmacología, medicina más veneno. Genética, con la doctora Porter, que ya pasó por tu cama. Neurología, ¿quién no tiene un corto circuito?

The Batcave, todos los jueves. Mujeres de pelo oscuro y con las pieles más blancas que has visto. Cubiertas de negro desde los ojos hasta las uñas de los pies, labios rojos o negros también. Atraídas por el estudiante de medicina que vino de lejos para quedarse, por solo una noche, con cada una de ellas.

Soho. Entras al club. Hay humo, luces y poca visibilidad. *Specimen* en el escenario. Algunos bailan, otros solamente escuchan. No se platica mucho. Todos miran hipnotizados al escenario, incluyéndote a ti. En una pantalla, *Videodrome*, de Cronenberg.

Una chica te toma de la mano. Puedes ver los tatuajes que cubren el delgado brazo. Te lleva a una esquina y comienza a besarte. Sientes una argolla en la punta de su lengua. Un beso doloroso. Una mordida dulce.

Londres es el paraíso, piensas. *Heaven on earth*.

Recuerdas cuando viste a W. por primera vez. Estaba con tu hermana en el patio del colegio: ojos profundos, nariz grande y casi sin labios. Mejoraba con el rímel que Lissa le estaba aplicando. De un día para otro estaba siempre en tu casa. Ahí comía o iba en las tardes. A veces se quedaba a dormir. Pasaste tiempo rodeado entre W. y Lissa.

Entendiste por qué a las mujeres les salen lágrimas fácilmente. Descubriste lo que quiere decir cuando se maquillan de más. Adivinaste los secretos que creen esconder. Aprendiste lo que quieren oír siempre. Encontraste cómo, cuándo y dónde.

En una fiesta de la escuela, Lissa hizo negocio contigo. Te pareció fenomenal. Probó primero, para luego ponerle precio. Un beso: diez pesos. Ella se quedaría con la mitad. Fue tu primer trabajo. Nada mal. Besaste a todas menos a W. Lissa se lo prohibió, con todo y que W. ofreció triplicar la cuota. Ni así aceptó.

Quedaron de verse en la cocina, a mitad de la noche. W. tenía el deber de asegurarse de que Lissa dormía. Llegaste primero. No vas a olvidar nunca que fue la primera vez que probaste el Protos. Media botella habían dejado tus padres. Tomaste unos tragos. Si habías ya besado a tantas, ¿por qué necesitabas armarte de valor? No la escuchaste llegar. Se sentó a tu lado y le ofreciste vino. Ni una sola palabra.

W. y tú se besan hasta la madrugada. Intercambian salivas, olores, sabores. No sabes si fue una sola vez, interminable, o fueron más de cien. Tu mente, por momentos, se concentra en la acción y, en otros, se desvía hacia escenas que no tienen coherencia. Segmentos de un rollo de película, independientes unos de otros. Pasa uno y enseguida olvidas el anterior. ¿Recuerdos o imaginación? No lo distingues. Un cuadro tras otro, como si alguien estuviera oprimiendo la tecla *Next* rápidamente. Quieres regresar a W. No distraerte con pensamientos sin sentido. Abres los ojos para lograr un poco de concentración. El rostro de W., a dos centímetros del tuyo, con los ojos cerrados todo el tiempo. Solamente las mejillas se rozan, las bocas se tocan, las lenguas se enredan. Como si ambos tuvieran las manos amarradas por detrás con un listón invisible.

No sabes cómo concluyó aquello. Pero recuerdas a W., sonrojada, al verte en el desayuno del día siguiente.

Te dijeron que Lissa viaja con W. por Estados Unidos. ¿A dónde? ¿Qué están haciendo juntas?

—¿Qué hiciste en mi ausencia? —le preguntas a Lissa.

—¿Qué hiciste tú en la mía?

A pesar de la cercanía, hay espacios oscuros. Mundos interiores a los que jamás se llega. Zonas de silencio que ni tú ni Lissa quieren compartir. Al final, tal vez los grandes secretos pueden ser un crimen o un simple dolor de cabeza. Y no se dicen, por pereza, distracción o por la razón que sea.

Tal vez solo querían mantener distancias.

A los pocos días de tu regreso, enfermaste. Nariz congestionada, temperatura, escalofríos. Una gripa te tumbó todo un fin de semana. Tu mamá te visitó y llenó de medicinas. J. y M. también fueron a verte. Te dijeron que te notaban cambiado. ¿Puede uno cambiar por fuera, cuando algo se transforma por dentro?

Lissa llegó un mes después. No salía de su cuarto, escuchaba música día y noche. La notaste cansada, más delgada. Casi no te habló y tú no preguntaste.

Decidiste ignorarla.

La lipoescultura es una cirugía que remodela el cuerpo, ya que remueve depósitos grasos en abdomen, espalda, caderas, muslos, brazos, papada. Las cicatrices son mínimas, ya que la succión se realiza a través de cánulas o tubos delgados. Este procedimiento mejora dramáticamente el contorno abdominal, sin embargo, no elimina la flacidez de la piel, las estrías o la incompetencia muscular de la pared abdominal. No se recomiendan embarazos posteriores, porque los resultados obtenidos podrían variar. Es fundamental hablar abiertamente con su cirujano plástico y resolver todas las dudas que tenga. Primero, se evaluará su estado general de salud, sus antecedentes médicos y personales que sean de suma importancia (si fuma, consume drogas, infecciones o sangrados recientes). El médico le informará sobre las alternativas quirúrgicas y los posibles riesgos que puedan generar complicaciones. La lipoescultura se puede realizar de forma ambulatoria con anestesia local, peridural y sedación o con anestesia general. El tiempo de la operación puede durar de treinta minutos a cuatro horas. Se introduce una cánula que se conecta a una jeringa o máquina de vacío. Se succionan los depósitos grasos. Esta grasa extraída es posible inyectarla en otras regiones del cuerpo. La técnica puede ser tumescente, ultrasonido interno o externo, etc. Las áreas tratadas serán cubiertas con vendajes o fajas de compresión. El primer día eliminará cúmulos sanguinolentos que mancharán la ropa y las sábanas. Es normal, evite angustiarse. La compresión de la faja debe ser utilizada las veinticuatro horas por treinta días, para dar un óptimo contorneado a su cuerpo. Al segundo día percibirá cansancio y dolor en las zonas tratadas. Tome analgésicos. Alrededor de los diez días se retirarán los puntos de las incisiones. Los resultados son excelentes: obtendrá una nueva apariencia, un nuevo cuerpo.

¿A quienes elige el insomnio como candidatos? ¿Cuántas pruebas no superadas hay que tener?

Eras un experto en fingir el sueño. Recuerdas sentir a Lissa, de cerca, mientras se supone que dormías. A veces te abría los ojos para comprobarlo. Si te volteabas de lado, ella se cambiaba al otro para quedar frente a ti. No te dejaba dormir con esa mirada que tú no veías. ¿Qué tanto te ve a oscuras? Tal vez seguía intentando la comunicación telepática. O quería adivinar tus sueños. Cuando ella, por fin, cerraba los ojos, podías descansar. A Lissa le debes tu insomnio. Cuando te mudaste de habitación, era demasiado tarde. Te acostumbraste a la noche.

Lissa está cubierta de pecas, cuerpo y cara. Ella dice que todas le salieron un día, en la playa. Que antes su piel era blanca como la leche. Pero todos cuentan que nació así. Sabes que utiliza cremas blanqueadoras pero no has visto ni el más mínimo resultado. Se ha resignado.

Te pidió que unieras cada una de ellas. Parecía trabajo imposible pero fue menos laborioso de lo que pensabas. Desnuda, te ofreció un plumón permanente y una pluma Bic.

—He contado todas las pecas y lunares que tengo. Cuéntalos tú también, a ver si coincidimos.

Inicias en la entrepierna. Bajas el plumón por el muslo izquierdo haciendo una curva hasta la pantorrilla y pasas a la otra; varios círculos en los empeines. Subes por la parte de atrás de las piernas, hasta llegar a las nalgas, donde además hay lunares. La espalda baja está casi libre, excepto por una especie de triángulo; rodeas la cintura y sigues en zig-zag por el abdomen. Arriba y abajo del ombligo, parece que la cortan en dos. En el pecho, muchas se aglomeran, tratas de descubrir alguna figura oculta. En los hombros hay tantas que parecen una sola mancha. En línea recta, en el antebrazo izquierdo, en el derecho se forman medias lunas.

El cuello es el punto final. Utilizas la Bic.

—Hazme un tatuaje ahí. Presiona la punta de la pluma para que se abra la piel y la tinta penetre.

Lissa, cuando dice que tiene un tatuaje, se refiere al del cuello. Si alguien le pide verlo, va a decepcionarse. Es solo una marca mínima, en forma de ovalo, en la que se mezcló el color de la tinta y de la sangre dejando un morado extraño. Te dijo que se iba a tatuar una constelación en la espalda. Sabes que no lo hará.

Lissa te presentó a *madame O.*, exbailarina que ahora tiene una escuela de *ballet*. Es su clienta y, al parecer, no acepta el paso de la edad. Llegaron juntas al consultorio. Diagnóstico: trastorno dismórfico corporal (TDC).

Ves los implantes del pecho ya caídos, estás seguro que han pasado más de veinte años desde que se los puso. Algo de barriga le resalta por la camisa. La piel de los brazos y rodillas, colgada. En la cara se forman líneas de expresión alrededor de los ojos, boca; en la frente un gesto que no deja de estar fruncido.

—Doctor, hace diez años me restiré la cara y creo que ya es momento de hacerlo de nuevo. Quiero que me remodele.

—Primero tenemos que hacerle algunos exámenes y ver por dónde empezamos.

—Si Cher se ha hecho no sé cuántas operaciones, ¿por qué yo no?

Llegaste tarde a la boda de J. y ella nunca va a perdonártelo. El día anterior te quedaste a dormir en el almacén; tuviste que limpiar y recoger el lugar. No tienes claros recuerdos de lo sucedido, la falta de sueño te afecta la memoria y hasta perjudica tu comportamiento social. Acudiste después de la ceremonia nupcial,

cuando estaban sirviendo el banquete y la orquesta tocaba alguna melodía pasada de moda. J. llevaba un vestido blanco con crinolina; a su lado el esposo, a quien casi no habías tratado; ambos inmóviles como las figuras del pastel tradicional.

Recuerdas a Lissa con vestido. Era sin mangas, largo, por debajo de las rodillas, de tela suave y volátil, color claro, como si se hubieran combinado el rojo del pelo con su blanco de piel. Compartía mesa con un grupo de invitadas. Te hizo una seña para que te sentaras en medio de ella y de W. Estabas rodeado de mujeres ataviadas de forma idéntica y con peinados exuberantes. A una trigueña voluptuosa se le cayeron las pestañas postizas en la sopa. Lissa no traía repuestos. Luego, en el momento del baile de los novios, a una de pelo claro se le despegaron las suyas, a causa de las lágrimas que soltó. A otra se le salieron volando mientras bailaba. Lissa, la culpable de esos pequeños incidentes.

La mujer castaña fue a los tocadores. Y tú con ella. Te perdiste del baile nupcial pero ganaste un buen rato, pensando en el cliché de tirarte a una de las damas de la boda, que regresaría al salón de la fiesta sin medias. W. y Lissa se dieron cuenta de que desapareciste un rato. Ninguna de las dos dijo nada.

Nunca imaginaron lo que en verdad hiciste.

Te levantas de la cama. El reloj marca que dormiste dos horas. Compruebas nuevamente que la cronología entre las pesadillas y la realidad no coinciden. En ambos hay día y noche, luz y oscuridad, texturas y formas, colores, blanco y negro. Pero, ¿cómo llamarle al tiempo de los sueños? Si sale el sol o se esconde, ¿puede llamársele también amanecer o anochecer?

Lo que pasó detrás de tus ojos cerrados nadie, ni tú, lo sabrá: es el recuerdo del sueño con lo que uno se queda. Y nada tiene que ver con lo soñado. Nunca sabremos si mejoramos o no la versión primera. ¿Qué fue lo que realmente ocurrió? Quisieras saberlo, a detalle, aunque te vuelvas loco después. Dímelo.

Íncubo

(Del latín, incubus)

1. adj. Se decía del diablo que, según la opinión vulgar, con apariencia de varón, tenía comercio carnal con una mujer.

Estás en un bosque solo, desnudo. La luna te alumbra y un lobo con piernas de mujer te acompaña.

No puedes salir de un laberinto de ladrillo. Crees ver la salida, pero vuelves a tropezar con una pared. No hay cielo, estás cubierto por una gran lona.

En el consultorio, tomas un bisturí y te cortas un pedazo de piel del brazo. Sientes el dolor. Abres una hielera para mantener la herida fresca, pero dentro ves unos ojos y un riñón que te parecen conocidos.

Lissa te mira fijamente. No tiene boca. Intenta decirte algo.

Otras veces, dentro del sueño sueñas que sueñas.

El consultorio está en el sexto piso del hospital. Tú mismo lo decoraste. En la sala de espera hay paredes blancas, sillones grises y una recepcionista talla 36-C que anima a las mujeres a operarse. A un volumen bajo, suena tu selección de música favorita. Dentro hay un escritorio y un par de sillas. En la pared, fotografías de tus mejores creaciones. Al centro, una mesa baja. Las pacientes se suben para ser examinadas a fondo. Miras los cuerpos, tocas los bustos, pellizcas cinturas. Te deleitas viendo lo que será transformado por la ciencia de la cirugía plástica, la precisión de los instrumentos y la delicadeza de tus manos.

A menudo te piden ver las diferencias entre el antes y después.

—No confíes en los reflejos, sino en mí. Yo, además de ser tu doctor, seré tu espejo —les respondes—. Además, no se te vaya a aparecer Bloody Mary —les dices en tono de broma.

W. hizo cita como cualquier otra paciente. Hacía un par de años que no sabías de ella. Llegó quince minutos antes. Entró al consultorio y sin que le dijeras algo, se quitó la blusa.

—Arréglame esto y de paso la nariz —te dijo.

—Solo si tú me arreglas la cabeza.

Viene a ti la memoria de cuando la viste por primera vez, mientras Lissa le aplicaba labial y rímel en el patio de la escuela. Hoy en día, la reconocida psiquiatra, ¿se dejaría maquillar otra vez por su amiga?

Sabías que era hija única y que sus padres, ambos médicos, trabajaban de sol a

sol, de ahí que se volviera parte de tu familia. De adolescentes, siempre estaban juntos los tres. Al año de que entraste a estudiar medicina, ella empezó el primer semestre de la misma carrera, pero en diferente universidad. De vez en cuando quedaban para un café; hablaban de las materias, de los profesores. Apenas tocaban el tema de Lissa. Fue una época de distanciamiento entre los tres. W. y tú vivían entre libros, cuerpos, casos y cabezas; Lissa era la única con tiempo libre.

De W. tienes muchos recuerdos, pero todos compartidos con Lissa, excepto los cafés en la universidad o la noche del beso en la cocina. No tienes un espacio mental —o mundo posible— que le pertenezca solamente a ella, siempre ha estado ligada a tu hermana —como el chicle de hierbabuena. La memoria elige por sí sola lo que guarda o no. Sabes que es como un vaso de agua que, conforme se va llenando, derrama lo que considera inútil. ¿Y si para ti no lo es? Se elimina cierta información o se queda bajo el umbral de lo que conocemos. El inconsciente es, tal vez, una especie de disco duro que necesita contraseña para abrirse. Agradeces que nadie te la haya proporcionado aún.

W., ¿habitará en tu preconscious o Lissa la habrá exiliado también de ahí?

Llegas temprano. La ventana abierta, como era usual. Lissa duerme. No hace ruido al respirar. Ella te ha dicho que tu respiración es ruidosa, cuando te vas se sigue escuchando, su hogar se queda sonando a ti.

Está teniendo pesadillas. Con un gesto de angustia intenta hablar, pero cuando abre la boca no sale más que un gemido casi silencioso. Que recuerdes, eras tú el de los malos sueños. Quisieras tenerle un remedio, así podrías corresponderle por las tantas noches que ella te salvó. En este momento te gustaría haber dominado la telepatía.

—¿Cómo adivinar tus sueños, Lissa, si no me los cuentas? —le susurras al oído.

Notas que está vestida con la ropa del día anterior.

—¿Por qué haces tanto ruido al respirar? Me despertaste.

No quieres hablar con ella. Huele a alguien más. Te preguntas si W. tendrá impregnado también otro aroma.

Te vas por un tiempo, como cada año. Sabes que Lissa se pone mal en tu ausencia, pero a ti te hace bien. Tienes que tener una vida aparte, lejos de todos los convencionalismos que aquí te rodean. Para ti, los días allá son siempre noches. Los pensamientos, hechos. Las palabras, acciones. En el bosque, entre la niebla, estás tú. Allá, donde solamente eres, donde no te llamas.

Hablas poco, solo cuando es necesario. Mejor escribes en tus diarios. Pero hay tanto que se te queda dentro, que solo con sangre sale.

Que haya silencio no quiere decir que no haya comunicación.

¿Dónde guardas lo que no se externa? ¿Se pudre dentro? Se evapora tal vez. O quizá es lo que no te deja dormir.

En consulta, aparte de lo que tiene que ver estrictamente con la cirugía plástica, sueltas la lengua de más; a las pacientes les da por platicar y de cuando en cuando les haces comentarios que llevan a una charla. Te sorprendes a ti mismo con sonrisas, cumplidos, caricias, mientras que por dentro piensas otras cosas que nada tienen que ver con ello. Si pensaras en voz alta...

Estimadas señoras Briggs y Myers, califiquen mis pensamientos, si son tan amables. ¿INTP o ISTP?

Estiramiento facial, ritidoplastia o *lifting*: estirar la piel, tratar las arrugas (*rítidos*) y elevar las estructuras que han caído (*lifting*). Requieren los mismos cuidados de la cirugía plástica pero exigen minuciosidad en los detalles. Para eliminar las arrugas, es necesario que lo que está por debajo de la piel, grasa y músculos, mantenga la forma; se requiere tensar el sistema músculo aponeurótico superficial. Al levantarse la piel, se acompaña de una capa de grasa con vasos sanguíneos que alimentan el colgajo. Después de la intervención, habrá inflamación de todo el rostro, insensibilidad y leves equimosis; todo desaparecerá progresivamente.

Madame O. luce más joven. Sigue aún con anestesia. La miras con cuidado. A pesar de que está hinchada y con moretones, la anatomía de su rostro cambió. ¿A quién te recuerda? Ella aún no se ve en el espejo.

Lissa te pidió prestado tu coche. Ella solamente camina, pero esta vez quiso manejar y no te dijo a dónde.

—Te voy a regalar un poco de aislamiento. Siempre andas buscando estar solo, ¿no?

Hasta donde sabes, la soledad se da por propia elección del individuo para buscar privacidad, por una enfermedad contagiosa o por hábitos socialmente no aceptados. Puede ser impuesta mas no regalada. Pero si Lissa quiere pensar que te está obsequiando algo, adelante. A solas y de noche se te salen los pensamientos, unos callados, otros a gritos. Lo interno, brota como raíces de árbol que revuelven la tierra y rompen el suelo. Se arranca la oscuridad que hay en ti y sales volando con ella.

No entiendes por qué te vendó los ojos, fue como si te hubieran tapado la boca también, pues no hablas durante todo el camino. Sientes el frío que aumenta mientras suben cuesta arriba.

Es imposible que sepa del almacén, piensas.

Tratas de sacarte esa idea de la cabeza. Estás nervioso y ella lo nota. Finges estar tranquilo pero tienes frío, luego calor; la música clásica se supone que calma pero te suena estridente. Bach no ayuda en estos momentos.

¿Será una especie de aislamiento protector? Lissa siempre ha querido experimentar contigo.

Detiene el automóvil. Te ayuda a bajarte y caminan derecho por varios minutos. Puedes sentir cómo la neblina entra hasta tus pulmones. Reconoces el olor de los

pinos, te caen gotas de rocío desde las hojas de los árboles, sientes el musgo resbaloso en el suelo.

Te quita la venda y se para frente a ti. Miras al cielo. Hay poca luz. No reconoces el lugar. Puedes respirar tranquilo, el almacén no está cerca. Ninguno de los dos habla, sigues sin comprender el propósito de que te llevara ahí. Caminas bosque adentro, despacio y con pasos seguros. No volteas hacia atrás. Nunca hay que hacerlo.

Ella te sigue. Algo pasa entre ustedes.

No regrets.

Alguien llama a la puerta. No es Lissa. Abres y saludas: es el Dolor, que vuelve otra vez.

Pain, my favorite and long time friend.

Te visita cada semana, si no es que cada noche. Lo invitas a pasar, se sientan, toman un Protos, platican como los grandes amigos que son. Sientes que a veces no te escucha. Cada quién sabe su lugar: él manda, te lastima. ¿Desde cuándo te visita? Desde siempre.

Madame O. fue a buscarte al consultorio. Diste indicaciones para no recibirla hasta la semana siguiente. Hay ocasiones en las que los rostros cambian y los pacientes no pueden reconocerse. Siempre culpan, primero, al espejo o a sus ojos, y luego al cirujano.

Lissa en tus pensamientos. Realizas incisiones y crees que la sangre que brota es de ella. Salivas. Su rostro en tu mente, clavado con una tachuela. Quieres sacarlo. Necesitas concentración. No parpadeas.

Tapabocas. Gasas. Yodo. Lissa. Te dan guantes blancos y quitan instrumentos. Bisturí. Cortes. Sangre. Doctor, ¿se encuentra usted bien? Separador de Farabeuf. Gillies. Aguja conductora Lifboy. Lissa. Doctor. Doctor. ¡Doctor! Titanio. Cobre. Aluminio. Lissa. Tijeras de hilo. Pinza de Nelly. El rostro de Lissa.

Te lavas las manos. Te quitas la ropa quirúrgica con prisa.

Visitas el almacén. Todo en orden. Al salir, te das cuenta de que llovió. La tierra está removida. Sientes que te hundes en el lodo.

Entras por la ventana. Escuchas cascabeles. Lissa duerme. Te sientas a su lado. La miras. Abre los ojos. Toma un chicle del buró.

—Me despertaste con tu respiración. ¿De dónde vienes, sin zapatos?

—De una pesadilla.

—O de mis sueños.

—Estoy cansado.

—Duerme. Toma este vaso con agua.

En su cama, finges el sueño; no querías hablar ni dar explicaciones. Sientes cómo te escudriña, con esa mirada que atraviesa tus párpados. ¿Qué tanto te ve? Sientes un rayo de luz. No quieres fruncir el ceño, nadie siente el sol cuando está dormido. Escuchas que se para, da unos pasos y enseguida regresa. Te sigue observando, sientes su aliento cerca de tus pies, manos, luego el rostro. Tienes deseos de decirle que se aleje. Abres la boca, pero solamente sale aire sordo. Más sol en los ojos.

Clic.

Escuchas el sonido de la cámara. Carajo, Lissa. Bien sabes que odio las fotos, le reprochas en silencio.

Te despiertas hasta pasado el medio día. ¿Cómo pudiste dormir tanto? Lissa sigue a tu lado. Le cuentas tu sueño. Dicen que al hacerlo el recuerdo se va. ¿O se transmite al oyente?

Escuchas que alguien habla en voz baja. No entiendes lo que dice. Es de noche, pero hay luz, no te molesta los ojos. Caminas por la calle de casa de tus padres. Hay un perro en el garaje. ¿Es el que tenían cuando naciste?

Sigues la voz. Suena como si surgiera desde un vacío.

¿Tienes miedo?

Sigues el mismo camino pero no lo reconoces. Alguien está al fondo. ¿Eres tú, Lissa o soy yo?

Las palabras se acercan, se escuchan más fuerte, aunque ininteligibles. Algo te lleva hacia donde no quieres ir. Te hace sentir algo extraño.

La calle y las construcciones del rededor pierden proporción. Miras hacia arriba. Desde una ventana, se asoma tu abuelo con rostro difuminado, sin expresión. No sientes nada al verlo. Se queda atrás.

La voz persiste. ¿De dónde viene? Hay angustia en tu pecho. No puedes parar.

Un laberinto en la ciudad. Te mareas.

ALTO.

Me has mentido.

Me has matado, herido y ultrajado.

Me has violado,

rompiste promesas de sangre.

Me has olvidado.

Una mecedora detrás de ti. Alguien está sentado, desnudo, hiriéndose. Pedazos de piel alrededor. Sangra.

Me has mentido.

Me has matado, herido y ultrajado.

*Me has violado,
rompiste promesas de sangre.
Me has olvidado.*

*¿Eres tú o soy yo? El cuerpo en postura fetal sobre la silla.
Es Lissa, sin ojos, sin quijada.
Desde la oquedad te mira.
Parece no reconocerte.*

*Quieres gritar. A través de las órbitas huecas puedes ver su cerebro.
El dedo índice sobre su boca deforme:
—Shhhhhhhhhhh.*

—Dibújame lo que sentiste.

Te quedas en la cama, quisieras volver a dormir. Mientras Lissa cocina, revisas el cajón de su buró y encuentras una foto tuya. En la parte de atrás:

*Liectbin oplensf djuak.
Istrea medien bmun.
Kin*

Tendrías unos veinte, veintidós años y te retrataste, por fuerza, para algún trámite. Lo que no recuerdas es habérsela dedicado.

La fotografía es lo único que hay dentro del cajón. No entiendes cómo puede ser que no guarde unos *kleenex*, una medicina o algo. Lissa y sus vacíos.

¿Tendrá el cajón un doble fondo con un álbum azul que haya sobrevivido a la quema de memorias?

El olor de la cocina llega hasta ti. ¿A qué huele? Sientes de pronto unas ganas incontrolables de comer, sea lo que sea que ella esté preparando. Salivas, como un lobo que olfatea cerca la presa. Quieres controlar la ansiedad, pero tienes una extraña necesidad de ingerir el platillo que Lissa prepara.

Dejas vacío el plato.

Tomas un baño. Sientes el agua caliente recorrer todo tu cuerpo. Levantas los brazos para estirarte. Cierras los ojos por varios minutos. Se escucha un sonido. No puedes ver con tanto vapor.

Mientras Lissa se baña, recorres la habitación. Caminas, pensativo. Te diriges al librero. Ovidio:

Están conmigo los votos de mi hermana, el más grande dios dentro de mí está. No grandes cosas atrás dejaré, grandes cosas seguiré: el título de haber salvado la

juventud aquea y el conocimiento de un lugar mejor y fortalezas cuya fama aquí incluso florece, y el cultivo y artes de esos lugares, y aquel que yo con las cosas que todo posee el orbe, el Esónida, mutar querría, con el cual, como esposo, feliz y querida a los dioses se me diga y con mi cabeza las estrellas toque.

Al regresar el libro a su lugar, cae una hoja de papel. Reconoces el texto, es tuyo. ¿Por qué está firmado con su nombre, como si ella lo hubiese escrito?

Lissa debe tener uno de tus diarios por ahí. Buscas entre los libros, detrás de ellos, en los rincones de cada estante. No encuentras nada. Te detienes en Murakami. La obra huele a humedad. De entre sus páginas se desliza una fotografía: W., Lissa y tú en la noche de su graduación de preparatoria. Ellas, con vestidos elegantes. Tú de negro. Al dorso, un texto del autor:

You can look all you want, but you can't say a thing. You can't do a thing. Your existence is over, finished, done. Soon the eyes dissolved into emptiness, and the room filled with the darkness of the night.

No tenías ganas de ir a la fiesta. Fracs, tacones, mala música, comida.

—Kin, no puedes fallarnos. Ve y arréglate ya —dijo Lissa, algo furiosa.

—Anda. Seremos tu mejor «pareja».

—Hay demasiados humanos —respondiste.

Para tu sorpresa, la pasaste de maravilla. Pusiste atención en los *strapless* y en los vestidos cortos de varias de las presentes —algunas estarían en tu consultorio años después—. Bailaste con todas. Ya en la madrugada, Lissa estaba tan borracha que se quedó dormida debajo de una mesa. W. y tú la subieron al coche, inconsciente, y ya en tu casa la desvistieron y acostaron en un sillón. Luego, ¿qué pasa en las noches de graduaciones, con las festejadas?

Te diriges al tocador. Abierto está el labial favorito de Lissa. Es del mismo color que sus labios y huele a ella. Encuentras un delineador, igual al que te pusiste una vez cuando eras niño. Qué ganas de pintarte de negro otra vez, y poder mirar con los mismos ojos de aquel entonces. Sigues husmeando: polvos, rímel, brillos. Y otra foto tuya. Alcanzas a ver que tu imagen está difuminada. No sabes si eres tú o restos de polvo traslúcido.

En el espejo de su clóset.

Adentro y afuera del refrigerador.

En su buró.

En el techo, arriba de su cama.

Empiezas a creer que algo te roba en cada fotografía.

Vuelves a recostarte. Escuchas que Lissa sale del baño. A lo lejos, alcanzas a ver que camina desnuda. En ese instante cierras los ojos. Intentas respirar suavemente, como

cuando duermes. Se para frente a ti. No necesitas mirar para saber que está siguiendo una de sus rutinas: primero la tanga, luego el brassier y a continuación se enchina las pestañas. Después los pantalones, camiseta y el perfume que tanto odias. Al final, maquillaje compacto y blistex.

Se va del departamento. Abres los ojos por fin. ¿Por qué te deja solo? Lees una nota: «Voy por películas».

1:49 am

Ficcionémonos, allá donde la muerte no es sino vida. Donde soy pero no me llamo. Donde somos metáforas de nosotros mismos.

Muéstrame nuestra inmortalidad.

Miras a Lissa desde la ventana. Cruza rápidamente el jardín y se dirige a casa de la señora G. ¿Acaso no iba por películas?

A veces dudas de la palabra de Lissa. Hay ocasiones en las que confunde lo que piensa con lo que hace. O eso sospechas. En su cabeza habitan ideas, pero no siempre existen en el mundo real, son independientes unas de otras. Es platónica tu hermana. Le sucede con pequeñas cotidianidades. Las piensa y las dice, pero ni tú mismo puedes atribuirles un concepto. Ir *por películas* tal vez quiere decir ir a la tienda por chicles. Salir a caminar, tal vez sea visitar a tus padres. Cuando le cuestionas el porqué de la diferencia entre las cosas que piensa y hace, recurre al diccionario de la Real Academia Española, cuyas definiciones considera como verdad absoluta. No sabes si lo hace para no pensar menos o más o hacerlo menos. Se va directamente a la palabra y lee el significado, con todas sus acepciones. Elige el que va de acuerdo con la ocasión, aún si nada tiene que ver con lo que sucede.

Te llaman por teléfono.

Antes de cada cirugía, explicas a las pacientes que se trata de una metamorfosis corporal. Pules imperfecciones, amoldas la grasa, diseñas las curvas, cortas excesos, restiras arrugas, modificas cartílagos. Los cuerpos se vuelven artificialmente naturales después de tu intervención. Prótesis, sustancias químicas y sintéticas, soportes artificiales. Diferir su vejez, ralentizar la relación con el tiempo, postergar la existencia. Inversión narcisista.

Algún día la genética se rendirá. El mediador es el bisturí. Tú eres el dios.

Tú, eterno. Tú y la eternidad. Tú eternamente.

Metamorfosis

(Del lat. *metamorphosis*,
y este del gr. *μεταμρφωσις*, *transformación*).

1. f. Transformación de algo en otra cosa.

2. f. Mudanza que hace alguien o algo de un estado a otro, como de la avaricia a la liberalidad o de la pobreza a la riqueza.

3. f. Zool. Cambio que experimentan muchos animales durante su desarrollo, y que se manifiesta no solo en la variación de forma, sino también en las funciones y en el género de vida.

¡Lo que habrá sentido Gregorio Samsa! Nadie le avisó; una mañana despertó con un caparazón en la espalda. Tus pacientes, por lo menos, saben lo que va a sucederles.

Regresa con dos películas. Recostados en el sofá, el tiempo transcurre entre el ambiguo límite de lo virtual y lo real. ¿Quién copia a quién? Las fronteras de la pantalla se difuminan. Dos hermanos que habitan un espacio y un escenario que les pertenece, sin tener muy claro cuál es el vehículo por el que circulan sus referencias, casi extinguidas. Signos híbridos. Dualidades. Oposiciones binarias.

Las imágenes entre la ficción reemplazan las de la vida diaria y viceversa. Limbos virtuales. Cercanías. Abolición de distancias —bien y mal; objeto y sujeto, verdad y mentira; claridad y confusión; posibilidad y quimera.

Dicotomías. Diálogos y *soundtracks*. Música y silencio.

Un aire suave los abraza, como si ambos estuvieran en un nido, separados del resto del mundo. Lissa canta mientras come *pizza*.

—*Lynt emnix desctingen koid. Um. Itnastafz.*

—*Echst umk.*

—*Ugg niem brant foyg.*

Suena el teléfono otra vez.

Tienes que partir. Un abrazo. Después de varios segundos, intentas alejarla, pero te sujeta con más fuerza aún. Parece que, dolorosamente, estuvieras despegándote de algo que te ha pertenecido por siempre. Dejarla ir o que ella permita tu huida, se siente igual. Es como la separación de una célula diploide, del cielo y del infierno, de Chang y Eng.

—¿Volverás? —pregunta Lissa. No respondes.

Besas su frente y te vas.

¿Qué va a hacer Lissa en tu ausencia?

La noche te rodea, mas no la oscuridad. El color negro domina el paisaje. ¿Qué lugar ocupas en el mundo? ¿Podrás perderte en la inmensidad de un bosque? Los árboles sirven de camuflaje. Las cuevas, tu fortaleza, donde te sientes protegido. Vives cubierto de capas de piel, de ti mismo, de lo que eres, de cuanto crees.

*Dancer in the night
Rapist of my dreams
Kill me with your sight
Immortalize me with your bite*

Te persigue desde la distancia. Sabes que te busca. Te acecha, como un animal a su presa.

Hueles su sangre.

—Quiero probarte, pero viviría intoxicado de ti —murmuras.

Debes huir. No puedes volver.

Lissa. Perdóname, Lissa.

Tu espectáculo diario era verla todas las mañanas frente al espejo. Sin hablar, cada mañana te sentabas en el inodoro para admirarla: chupaba el dedo índice, mojándolo de saliva para luego peinar sus pestañas. Al terminar, se miraba y luego te cerraba el ojo. Con ello sabías que era el final del *show* y que tú eras cómplice de ello.

Observas desde siempre cada uno de sus gestos, miradas, actitudes. Lissa sabe que conoces las cosas más profundas de ella.

Puedes escuchar el llanto sordo, los gritos apagados. Le habla a tus fotografías, a la más antigua, tal vez, la que tiene en un espejo. Cree que la observas desde ahí. Por momentos, quiere hacer trizas tu foto y así romper el hechizo. Ella es una silueta que apenas se refleja. Un cuerpo sin expresión, difuminado. No distingue entre sí misma y la imagen.

Lissa se mira y te mira.

Lissa te dejó un sobre con el portero. Era un cuestionario. ¿Quiere conocerte más? ¿Retenerte? Fuiste breve al responder; entiendes que eso iba a decepcionarla, pero no le encuentras sentido a contestar lo que piensas sobre ciertos temas. Si acaso, lo único que sabes con certeza es tu nombre.

Te hubiera gustado copiar las respuestas de Proust. ¿Se daría cuenta de que no eres tú?

—¿Cuál es su personaje histórico favorito?

Un término medio entre Sócrates, Pericles, Mahoma, Musset, Plinio el joven y Agustín Thierry.

—¿Sus heroínas favoritas en la vida real?

Una mujer genial que lleve la existencia de una mujer corriente.

—¿Su músico favorito?

Mozart.

—¿La cualidad que prefiere en un hombre?

Los encantos femeninos.

—¿El color que prefiere?

La belleza no está en los colores, sino en su armonía.

—¿Sus poetas predilectos?

Baudelaire y Alfred de Vigny.

Quiere conocer tus prejuicios, supersticiones, talentos, defectos. Como si no los supiera.

Sonido —palabra— captado por el aparato auditivo: estímulo de origen externo. Las neuronas sensitivas reciben la señal energética de varias células receptoras, luego transmiten la frecuencia. Llegan al encéfalo los impulsos de tipo electro-químico. Se recibe la señal y, ¿se hace un corto circuito? ¿Ritmos alfa, beta, delta o theta? ¿Qué parte se ilumina en un mapa cerebral? En ese momento el cerebro relaciona el término con alguna imagen o sentimiento, según las experiencias de la persona en cuestión.

Si lo que quiere es cuestionarte, lo hubiera hecho como examen oral, con límite de tiempo para responder, solo unos segundos, para no racionalizar de más. Las palabras harían la función de estímulo que viaja hasta el cerebro, busca la cajita correspondiente y encuentra una relación lógica. Lissa pregunta, tú escuchas y contestas lo que te viene a la mente. Ella es la emisora, tú el receptor.

—*Reloj.*

¿Reloj? Apenas es de día.

—*Televisión.*

Túnel.

—*Lagartija.*

Experimento.

—*Bosque.*

Hogar.

—*Rímel.*

¿Se dice *mascara* en inglés?

Letras o palabras. Tinta y voz. La diferencia no radica en la pluma o en el habla. El significado es lo que importa.

Si no tienes nada que decir, ¿cómo escribes el silencio? ¿Con puntos suspensivos, con espacios en blanco, con una sola palabra o con ninguna?

—Quisiera ver a J. y a M. Hace tiempo no sé de ellas.

—Yo al único que veo es a ti.

—Si las visito, las saludo de tu parte.

Es extraña la relación entre los cuatro hermanos. J. y M. en un bloque, y Lissa y tú en otro aparte. Alguien los habrá puesto ahí juntos. Nunca te has sentido cerca de las mayores, a pesar de que te cuidaban cuando eras pequeño. En cambio, tus primeros recuerdos se remiten a Lissa. Y por la corta diferencia de edad entre ustedes, es posible que a ella le pase lo mismo. La definición de individuos no cabe en ustedes. Ni la de hermanos.

En su idioma, se inventaron. Crearon su palabra; la palabra exacta, el instante esperado.

Itnastafz.

Un último acuerdo: si llegaran a escribirla, siempre habrían de hacerlo con tinta roja.

—Vamos a hacernos hermanos de sangre —te propuso.

No quieres ver su sangre. No quieres sentirla cerca. No debes.

La navaja abrió primero tu piel. En cámara lenta, los dos pliegues de carne, como si fueran labios de una boca, tardaron en despegarse para luego dejar brotar lo que dentro hierve. Tu mano se cubrió de rojo y varios hilos del mismo color fueron resbalando lentamente por el antebrazo. Sentías el cosquilleo del líquido al salir, también podías escuchar el sonido hueco de las gotas al tocar el suelo.

Lissa se estremeció al sentir el filo del metal cerca de ella. La sangre salió violenta, como una serpiente que emerge de la tierra. El líquido viscoso tardó en caer.

Las manos cerca, mirándose frente a frente. La boca pasiva quiere retraerse a probar lo prohibido. La víbora se acerca, se aleja. El tósigo tiene un olor dulce que anuncia su sabor.

En medio del juego seductor, se escuchan susurros que no comprendes.

—*Zaftenj. Isjuenz. Kobaltej. Itnastafz. Itnastafz.*

El áspid escupió el veneno a la boca abierta: las dos manos se enlazan con fuerza.

La sangre penetra, se confunde con la tuya. La mezcla fluye por dentro.

Todo está oscuro y en silencio. Apenas se oyen las cigarras, las hojas que susurran con el viento. Sigues caminando. Escuchas a lo lejos: *London After Midnight* con *Your best nightmare*. Estás nervioso, confundido. Enojado. Conforme te acercas, el volumen de la música aumenta. Percibes un olor extraño, que te atrae y repele. Aceleras el paso. La canción termina y vuelve a empezar. ¿Cuánto tiempo ha estado sonando? Llegas al almacén. Encuentras el candado roto. Entrás despacio. Alguien ha estado aquí. Pisas algo. Miras hacia abajo y encuentras varias palomas degolladas. Todo el suelo está cubierto de sangre. Los instrumentos están regados también: tijeras, lupas, pinzas, escalpelos. Encuentras las bocinas y las desconectas. Silencio.

Sobre la mesa yace el cuerpo. En la mano derecha tiene un bisturí. Cortes verticales en las piernas, horizontales en brazos. Gotas de sangre escurren todavía.

Las líneas de la vida en la palma de la mano izquierda fueron remarcadas. Del ombligo sale un líquido viscoso, entre rojo y blanquecino, a borbotones. Una cruz profunda, marcada en cada pecho. Los pezones divididos en cuatro partes. El rostro, desfigurado. Incisiones en los pómulos, en la barbilla. En la frente, líneas que se cruzan entre sí, como si fueran iniciales sobrepuestas.

Las pocas pestañas que quedan, sin rímel.

... Y estás sentada frente al escritorio, en la fotografía apareces con un vestido rojo, medias negras, un chongo y pestañas postizas. Era el día de tu graduación de preparatoria. A tu lado, la misma persona que en este momento se encuentra sentada frente a ti. Han pasado los años y desde entonces su mirada, anfitriona de un mundo acaso indescifrable, no ha cambiado en lo absoluto.

Desde hace unos días se internó en la unidad del hospital en el que ejerces tu profesión de psiquiatra. Según la Hoja Clínica, presenta cambios importantes en el comportamiento, así como alteraciones del sueño. Te entregaron por escrito la valoración que realizó el residente en turno. Cuando leíste su nombre, un escalofrío viajó por tu cuerpo y llegó a la cabeza para rematar con un mareo.

—Doctora, ¿se siente usted bien?

—Estaré en mi consultorio. Yo atenderé este caso.

Caminas por el pasillo largo, iluminado por una luz demasiado blanca, aséptica e impersonal. Más frío que nunca. Al fondo está la puerta por la que entras todos los días a tu cubículo. El espacio es rectangular, con una silla, un escritorio y, al frente, un sillón individual. Dos paredes desnudas, sin cuadros; dos ventanas por donde se atisba la ciudad gris. Ahí te espera la imagen del pasado. Presencia irreconocible. Te entran deseos de huir, de no toparte cara a cara con los recuerdos vueltos carne, sangre y hueso, persona y paciente a la vez. Hace tiempo que hundiste esos detalles en el plano de la memoria diferida, incluso autística, sumergida en el inconsciente. Tomas valor para sacarlo todo a flote.

Abres la puerta. No se inmuta. Te sientas, tomas un cuaderno y una pluma.

Permanece en la silla, sin movimientos involuntarios o anormales.

—¿Cuánto tiempo ha pasado sin vernos?

—Si buscas en el diccionario, ausencia es el tiempo en que alguien o algo está ausente —contesta, mirando hacia la ventana.

Responde al saludo inicial, aunque sin precisión.

Guardas silencio por unos segundos, meditando en la definición. Te mira a los ojos y luego desvía los suyos para recorrer el lugar.

Muestra excesiva atención al medio.

¿Te reconoce? Tú podrías hacerlo hasta con los párpados cerrados. Trae el pelo húmedo; puedes percibir un ligero aroma a jabón. Deja en el suelo una bolsa ziploc transparente, en su interior lleva varios objetos que no logras identificar. Se lleva a la boca una cadena antigua, de plata, que le cuelga al pecho. No parpadea, masca chicle, se rasca la oreja derecha, acaricia su cabello. ¿Trae rímel?

Edad aparente igual a la cronológica. Está en perfecto estado de higiene y aliño. La sintomatología por afectación en regiones frontobasales y frontales mediales, presenta actitudes que incluyen mascar chicle, coleccionar cosas compulsivamente y el desarrollo de rituales obsesivos.

—¿Qué desayunaste hoy? —preguntas.

—Leche.

—¿Dónde vives?

—En la Ciudad de México.

Ofrece poca cooperación al interrogatorio; tiene orientación en tiempo, menciona la fecha y el lugar en donde se encuentra. Memoria reciente conservada, refiriendo lo que desayunó en el día; memoria remota conservada, mencionando la ciudad donde vive.

Murmura algo que no entiendes. Le pides que lo repita. Vuelve a decir lo mismo, en susurros. Poco a poco aumenta el tono de voz y comienza a decir palabras que no comprendes. Habla cada vez más rápido. Caes en cuenta: es el lenguaje inventado que usaba para comunicarse con alguien distinto. Jamás lograste descifrar las palabras ni los sonidos. ¿Qué te está queriendo decir ahora?

Lenguaje en tono, volumen y velocidad aumentados. No hay facilidad para guiar la conversación. Habla en un idioma o dialecto no identificado.

Tararea una y otra vez las frases de una canción que desconoces:

Cuántas veces tenía una razón,

cuántas veces... fueron dos.

Si el otoño no te quiere dejar,

el invierno llegará.

Emplea estereotipos verbales y estereotipos verbales musicales. En ocasiones desarrolla mutismo.

Observas su rostro. Por fuera, tan diferente a lo que era, tan parecido a lo que recuerdas. ¿Cómo se verá por dentro? Quisieras desenredar la memoria, desmenuzar las fantasías. Apartarte profesionalmente de tus recuerdos.

Tienes a la vista el resultado del examen clínico. TA 100/60 mmHg FC 85 x min FR 37 x min T° 35.4°C Cráneo normocéfalo, sin hundimientos óseos ni exostosis, con adecuada implantación de cabello y pabellones auriculares. Conductos auditivos externos limpios, membranas timpánicas bilaterales sin alteraciones. Cavidad oral en buen estado de hidratación de mucosas, sin movimientos involuntarios de la lengua. Al hacer la evaluación oral del paciente, se encuentra que los órganos dentales 13, 23, 33 y 43 son de un tamaño más grande de lo normal. Cuello cilíndrico, pulsos carotídeos adecuados. Tórax en tonel, con movimientos de amplexión y amplexación ligeramente disminuidos. Ruidos cardíacos arrítmicos, no adecuados en frecuencia ni en intensidad.

Cuando se conocieron estabas en el patio de la escuela. Se acercó a ti, charlaron un poco y desde entonces no solo se veían en los recreos, sino muchas tardes y noches. La soledad, amigo en común, fue quien los unió. Estarás siempre agradecida con su familia por acogerte. Aunque, en retrospectiva, siempre hubo algo, una inercia que

venía de no sabes dónde, que te hacía a un lado, te alejaba incluso cuando creías estar más cerca.

La anamnesis del caso revela una infancia en un hogar de clase media alta, en una zona urbana del país. Abuelos finados sin antecedentes relevantes para padecimiento actual. Los padres, aún vivos, estuvieron presentes durante su infancia y juventud, pero no significaron un modelo a seguir. No muestra fuertes lazos afectivos hacia ellos. En cuanto a la madre, presenta rasgos de alteraciones en la percepción y expresión de la realidad. El padre tuvo cierta importancia en la adolescencia. Hoy en día, su figura es secundaria. Una situación similar sucede con las dos hermanas mayores; tampoco hay lazos afectivos.

—¿Cómo naciste? —te pregunta, en un giro sorpresivo de la entrevista.

—Supongo que como todos, como tú, como cualquiera.

—Yo me acuerdo de cuando nací, de antes de ser.

Con frecuencia, te quedabas a dormir en su casa. A oscuras, contaba su historia, que parecía una leyenda sacada de un libro esotérico. Hablaba del destino, de los signos zodiacales, de las decisiones que uno puede tomar aún estando dentro del vientre materno. Decía que tenía memoria desde entonces; que recordaba el momento en el que se fragmentó y que esto aún le dolía. Ojalá tuvieras en mente los detalles de aquellas conversaciones.

Nace en la Ciudad de México, aparentemente tras un embarazo propio del quimerismo, a los 8 meses de evolución. Se desconoce el peso al nacer, así como las escalas de Apgar y Silverman. Alimentado al seno materno, no se sabe la edad de ablactación ni los detalles del desarrollo psicomotor durante los primeros meses de vida. No se obtiene información sobre si presentó problemas de enuresis, encopresis, tics, fobias, periodos de tristeza o hiperactividad durante su infancia.

—¿Cómo has dormido últimamente?

—Mal. Es costumbre —responde.

—¿Te han recetado algo? ¿Te has automedicado?

—Prefiero no tomar nada. Si duermo, tengo pesadillas.

No era difícil detectar los trastornos del sueño que sufría desde joven. La pasaba en vela, cerrando los ojos, *mirando hacia adentro y hacia afuera, en un estado intermedio*, decía. En ocasiones lo lograba por solo unas horas. Despertaba y contaba lo soñado en voz alta. A veces, te narraba la misma historia de la noche anterior pero contada al revés. Producto de su inconsciente o de su imaginación, te divertía escuchar las escenas y tratabas de analizarlas. Cuántas noches sin dormir, solo escuchando...

Se encuentran alteraciones del estado de vigilia.

—¿Quién te trajo aquí?

No contesta.

Aunque nunca hablaba de las relaciones o parejas que tenía, sabías de su existencia. Tú respetabas eso y jamás preguntaste más allá de lo básico. De haberte compartido los cómo, los cuándo y los por qué de sus gustos, hoy sería mucho más fácil explicar tantas cosas.

En el plano afectivo-sexual, revela haber padecido dificultades en su vida. Nunca ha sostenido una relación estable; las interacciones son de carácter intermitente, superficial y de poca duración. El interés es puramente de placer. Menciona no llevar ni querer recordar la cuenta de las varias parejas sexuales que ha tenido. No se pudieron obtener más detalles en la historia del desarrollo por la patología de base del paciente.

Están casi tan cerca como hace años. Pero ahora parece tan lejos, que tal vez ni siquiera te recuerde.

Suena la alarma. Ha pasado una hora. *El tiempo se estira y se encoge según las necesidades del usuario; transcurrimos entre el ambiguo límite de lo virtual y lo real, solía decir.*

Tocan a la puerta. Son dos enfermeros. Sin que le avises que la sesión ha terminado, se levanta del sillón. Se paran frente a frente por unos segundos. Se despiden.

—*Voy a cuidar de tu cuerpo y de tu mente* —le dices al oído.

CONFIDENCIAL

Paciente: A9573-2

Lugar y fecha del diagnóstico psiquiátrico:

México, D.F., a 17 de julio de 2011

Residencia: Ciudad de México

Fecha de ingreso: 01/07/11

Fecha de egreso: Actualmente en hospitalización

Médico tratante: Dra. W.

El motivo de consulta inicial correspondió a un estado de ansiedad asociado específicamente a las condiciones determinadas de su vida en el pasado y actual. Refería haber padecido síntomas psicósomáticos de tensión, episodios maníacos aislados, ansiedad, sensación esporádica de ahogo e insomnio. Se unía a esta queja inicial, como síntoma adyacente, una constante búsqueda de algo que no podía definir.

La nosología parece estar relacionada con fuertes pulsiones orales y escópicas a la vez.

Se obtiene información del caso, incompleta y parcialmente confiable por interferencia de patología de base. Se carece de suficiente experiencia directa porque, a pesar de una previa relación de amistad, no se han tenido contactos permanentes, ni se ha interactuado con la persona en los últimos años.

En la realización del análisis de este caso, cabe cuestionar el diagnóstico de bipolaridad. Según las pruebas de AND, el paciente A9573-2 posee doble información genética. Cumple algunos de los síntomas del criterio A para esquizofrenia, como ideas delirantes, alucinaciones, lenguaje desorganizado, comportamiento catatónico o síntomas negativos, contándose también con antecedentes importantes de cuadros afectivos de tipo depresivo.

Pudiendo encontrar algunas de las características antes mencionadas, en el paciente A9573-2 no se puede realizar el diagnóstico definitivo, pero sí logra orientarnos hacia una posibilidad que permita prever el manejo y ayudar a estructurar una red de apoyo para que mejore su calidad de vida.

Pronóstico: Reservado a evolución.

Tratamiento de psiquiátrico: los resultados podrán obtenerse a través de una terapia centrada en la palabra, en la remoción de los conflictos emocionales y de los síntomas no agravados que presenta. Se determinó enfocar los patrones repetitivos de reacción ante los eventos traumáticos o difíciles de su vida, y apoyarnos en las

partes más sólidas de su personalidad.

En consulta se proseguirá con el trabajo psiquiátrico.

Por un momento, te preguntas a cuál de las dos personalidades conociste realmente. Tomas la pluma para firmar el diagnóstico. En el espacio vacío que está arriba de tu nombre, una pestaña.

Quimerismo

Trastorno genético cuya teoría postula que dos cigotos, tras la fecundación, se combinan formando uno solo que se desarrolla normalmente. El ser vivo resultante posee entonces dos tipos de células, cada una con diferente constitución genética. En la mayoría de los casos reportados, las células de ciertos órganos o zonas del cuerpo tienen AND distinto, como si fueran dos personas en una sola.

Agradezco a mi maestro y amigo
Miguel Cossío Woodward
por su apoyo y dedicación.
Que los viernes literarios nunca acaben.